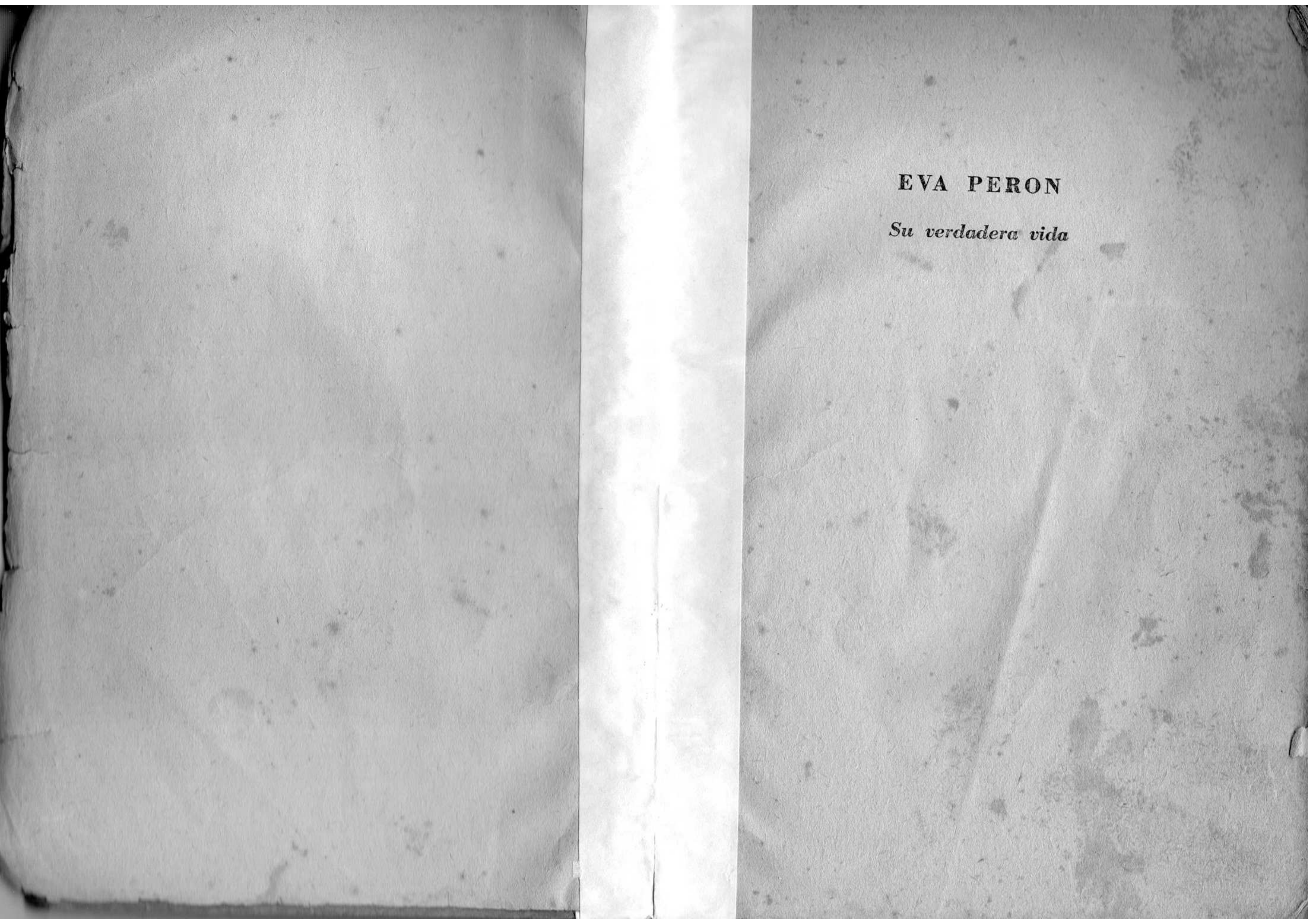
INDICE DE CAPITULOS



EVA PERON

Su verdadera vida

BENIGNO ACOSSANO

EVA PERON

Su verdadera vida

1ª Edición

Donación de Francisco A Gallo
6-2-96

ESTE LIBRO PERTENECE A LA:
BIBLIOTECA POPULAR MANUEL BELGRANO

Editorial LAMAS
Buenos Aires
1955

EDITORIAL LAMAS
Cangallo 1885 — Piso 1º

1ª Edición, Noviembre
20.000 ejemplares

Hecho el depósio que previene la ley 11.723

Printed in Argentina - Impreso en la Argentina

A MANERA DE PROLOGO

Fue el maestro español Rafael Altamira el primero que observó la frecuente tendencia a sustituir las cosas *por los* libros. *Puso en evidencia que, para una inmensa mayoría de individuos, existe "la extrañeza de que los actos de la vida actual del sujeto constituyan* historia, *o de que tengan importancia para ellas las noticias diarias de los periódicos, negando con una especie de romanticismo, al momento presente, la condición de histórico". Y, fue también ese ilustre profesor quien mostró la tendencia a ensayar una aguda reacción frente a ese falso concepto por parte de historiadores y pedagogos.*

Esas revelaciones —que no es aventurado calificar de científicas— datan de fines del siglo pasado. Mas adelante, a partir de la generación de nuestros padres, el Siglo XX, con sus milagros técnicos acercó a las multitudes, con la vivaz y dramática información transmitida por medios que hace cincuenta años eran desconocidos al desarrollo de los sucesos, poniéndose así al alcance del mundo entero, con secuencia inmediata, el desarrollo de los hechos y hasta las mas íntimas modalidades de los protagonistas.

Un periodismo dinámico e implacable, servido por recursos de difusión en permanente proceso de perfeccionamiento contribuye a dar a los pueblos una intervención tensa en el desarrollo de episodios que se desarrollan a millares de kilómetros. Es natural que esa manera de par-

ticipar, minuto a minuto, de los acontecimientos que generan, en constante devenir, la mutable fisonomía del futuro crea, a la vez, plausible curiosidad por penetrar mas hondo en la psicología de los conductores, en los móviles que los impulsan u en los frutos de sus actitudes.

En realidad se trata de un error colectivo de apreciación, por los menos en ese especial aspecto de atribuir a los líderes una fuerza creadora de eventos cuya etiología es mucho mas general y tiene raíces hundidas, muy adentro, en los estratos de la muchedumbre y en la correlación de causas y efectos, a menudo no del todo visible, por culpa de su propia personalidad. Ya en el Siglo XVII, Cordemoy admitió que, si bien es cierto que los reyes sean las personas mas notables de la Historia, el verdadero asunto de ésta lo constituyen los grandes cambios sociales.

Mas tarde, la revolución francesa, como lo previno Voltaire, rompió de hecho el ciclo de las crónicas concebidas en torno de la vida de los monarcas, que tanto han favorecido su artificioso encumbramiento en el recuerdo, hasta constituir mitos tradicionalmente aceptados. No parece preciso renovar la evocación de la trayectoria de la Humanidad en los últimos diez lustros, sacudida por dos guerras de repercusión mundial y su secuela de transformaciones en los credos políticos de los pueblos. Se trata de una serie de fenómenos mas o menos económicamente coordenados, cuya presencia por reciente, cobra incisiva actualidad. De la revisión de todos y cada uno de ellos, sin embargo, fluye una comprobación que, para un espíritu no alertado, podría ser fuente de premisas desorientadoras. Porque se ha producido una paradoja, mas aparente que real: pese a cuanto afirmamos al principio, todos los movimientos de verdadera trascendencia, registrados en este siglo, tienen nombre y apellido. Si la substancia la proveyó el descontento de las masas, el índice regulador de

sus movilizaciones siempre fue el de una mano mas o menos fuerte. Aún al frente de causas de sentido francamente contrario a todo predominio individualista, se ha visto levantar una figura monitora, como si la comunidad no pudiera desenvolver sus aspiraciones sin la voz decisiva de un caudillo que, a la postre, las administra según su capricho.

No es este libro, por el apremio de la edición y por la esencia del propósito, el mas indicado para dilucidar las razones por las cuáles se produce esa perniciosa hipertrofia del factor personal, a pesar de que se esgrimen postulados contrarios a ese fin y se levantan banderas de lucha que debían comportar, lógicamente, gobiernos democráticos.

Retornando a las reflexiones del comienzo diremos que, por ahora, aspiramos a proveer material informativo para que nuestros lectores tengan y conserven una documentación extraída del rico acervo de lo cotidiano y destinada a ilustrar el cinemático cuadro de la Historia en marcha, contribuyendo a interpretarlo con sano criterio. Esta vez, tomamos un personaje femenino cercano en el tiempo, al cual rodea ya el aura de infinita distancia que le aporta la ausencia definitiva. Fue Lope de Vega quien advirtió que mar y mujer no se detienen con frenos. En el uno y en la otra, empujan potencias que desbordan los límites, en cuanto un viento de sacudidas ráfagas moviliza su oleaje. He ahí el asunto para una densa biografía. Nosotros solo nos preocupamos por facilitar el estudio de lo que ocurrió durante una década en la Argentina, en torno a una de las figuras de mayor notoriedad durante dicho período; con ese exclusivo objeto hemos reunido estas páginas que de ninguna manera pretenden agotar el tema, sinó de contribuir a que permanezcan en el ánimo público ciertos elementos de juicio que el país puede necesitar

para ulteriores evoluciones ideológicas y como base firme de acertados pronunciamientos. El pasado es un venero de enseñanzas. Detengamos los ojos en él para analizar sus vicisitudes, sus contingencias, sus posibilidades frustradas..., y meditemos luego libremente.

EL AUTOR

CAPITULO I

UNA CHICA TRISTE...

La chica volvió sus grandes ojos negros hacia la izquierda. Allá en el confín de la calle, por entre los árboles que se van espesando en dirección a la avenida Progreso, la luz del crepúsculo había encendido en un rosa violento las nubes que parecían hundirse en el horizonte como un manto de terciopelo rojo.

Evita sintió la fría brisa de la tarde en sus piernas delgadas, en el pecho, y se abotonó su chaleco tejido. Estaba de pie frente a la casa, saltando ya sobre un pie, ya sobre el otro, subiendo y bajando alternativamente el cordón de la acera.

Volvió su mirada hacia la verja de cemento de gruesas barras entrecruzadas que limita por el frente la casa de la calle Winter 90, y paseó los ojos por la fachada del edificio. Le era totalmente indiferente. No había novedad en ese frente igual a tantos otros del pueblo de Junín, donde la familia vivía desde hacía años, desde el tiempo en que comenzaban sus primeros recuerdos, nunca claros y precisos, sino desdibujados en la lejanía, a veces mezclados con sensaciones de campo y de distancia, de soledad, de palabras dichas a sus espaldas, de conciliábulos discretos que aún proseguían, a los ocho, a los nueve, a los once años.

En ese momento su madre, sus hermanas estaban den-

tro de la casa. Juancito, su hermano, habría de volver a esa hora de la farmacia, con su guardapolvo gris. Lo hacía a veces en una bicicleta, otras a pie, si no tenía que llevar algún paquete a la mañana siguiente, temprano.

Sintió, inexplicablemente todavía para ella, que todo era lejano a su alrededor, ajeno e impreciso. No había nada allí, ni en la casa ni en la calle que atrajera su atención de un modo especial. Estaba de pie, envuelta en la fresca brisa del atardecer, sin tener a su lado a una amiga o a algún chico vecino. Siempre solía quedar separada de todos, aunque a veces hubiera tratado de acercarse a otros chicos y chicas, y esa hora del crepúsculo, la más melancólica del día, sus ojos se volvían a mirar las últimas luces de la tarde.

Era la hora en que comenzaban a formársele, primero vagos e imprecisos, luego cada vez más claros pero al mismo tiempo más irrealizables, los grandes sueños que a nadie confesaba, y que la acompañaban hasta las nueve o diez de la noche cuando por lo común debía acostarse, muchas veces desvelada a pesar de su corta edad, para seguir revolviendo entre las sábanas la inquietud de sus proyectos, de las ilusiones que más acariciaba.

Doña Juan Ibarguren de Duarte, su madre, evidentemente los quería a todos. Talvez no por igual. Tenía una marcada preferencia por Juancito, su hermano, pálido, delgado, con su guardapolvo gris de dependiente de la farmacia Blassi. Para él eran casi todas las atenciones, las reconvenciones, los mimos. Con Elisa, la hermana mayor, que trabajaba en el correo en Viamonte, su madre observaba una conducta diferente.

No le era fácil advertir la oculta causa de esas diferencias, pero las sentía. Con Juancito, su madre se portaba un poco como lo hacen las madres con los hijos únicos. Con Elisa, en cambio, era un poco más severa, más terminante.

Como si Elisa hubiera estado más preparada, naturalmente, para defenderse en la vida, que su hermano. Consecuentemente, doña Juana era bondadosa y comprensiva para con Blanca y Herminda, sus dos hermanas menores, a las que cuidaba y quería, como a todos, sí, pero menos, mucho menos que a Juan. ¿Y con ella? ¿Cómo era con ella?

No se fijaba mucho en eso. Sentía algo así como si todas las cosas del mundo, incluyendo a su madre, estuvieran separadas, divididas de su alma. De un lado estaba su persona, y entre ella y todo lo demás, había un abismo tan ancho como profundo. ¿Qué había del otro lado? No lo sabía. Pero lo que sí sabía era que su madre no lo franqueaba. ¿Y Juancito? ¿Y Elisa? No. Sus preguntas interiores no iban a ser respondidas por sus hermanas ni por su hermano. ¡Cómo los quería! Pero ¡qué lejos estaban de ella! El sol se hundió entre los árboles, y las sombras comenzaron a crecer por el este. Evita miró hacia las tinieblas.

—Ya debe ser de noche en la laguna del Carpincho— pensó, y cruzando lentamente la acera, se sentó en la losa del zaguán, sosteniéndose la carita entre las manos. La penumbra del atardecer confundía y desdibujaba todas las cosas. En su rostro pálido refulgieron con insólita intensidad sus grandes ojos negros. Mirando uno de los árboles de enfrente, siguió pensando. ¿Por qué no jugaban con ella los chicos de las otras casas? ¿Por qué su madre no tenía amigas que la visitaran con frecuencia, como otras señoras que vivían en Junín? ¿Por qué esas extrañas expresiones de su hermana Elisa y de su madre, a veces cuando hablaban en voz baja de las cosas que ella no entendía? ¿Y los amigos? ¿Y los señores?

Junín, ella no lo sabía, era ya una de las ciudades más hermosas y poderosas de la provincia de Buenos Aires. Formada por residentes franceses, irlandeses, vascos, italianos, y en el centro de confluencia de una intensísima acti-

vidad agropecuaria, poseía ya la fisonomía simpática y floreciente de los pueblos enclavados en campos fértiles cuyos pobladores saben y tienen capacidad para hacerles rendir su fruto.

Las calles de Junín son anchas y bien pavimentadas. Hay árboles, hay preocupación por el cuidado y la conservación de los edificios y las aceras. Sus habitantes se mueven con esa bonhomía y ese sentido general de solidaridad y convivencia, que ponen en el rostro una inconfundible expresión de satisfacción y alegría. La gente es amiga entre sí. hay reuniones, fiestas, bailes. La vida merece ser vivida, y ese concepto está presente en la conducta de hombres y de las mujeres. Además, Junín es una ciudad de mujeres hermosas, y ello contribuye no poco a su color intenso, a su poderoso impulso vital.

Pero Evita no sabía de esas cosas todavía.

No conocía tampoco las razones —sabidas aunque públicamente ocultas, por lo menos en el ámbito de la vida familiar—, por las cuáles la familia se debió trasladar a Junín desde la población de Los Toldos, cuando ella era aún muy pequeña, cuando sólo contaba dos años.

Ignoraba que en la casa de Los Toldos se había producido en forma harto extraña la muerte de un hombre, episodio que degeneró en un escándalo de proyecciones al ser retirado el cadáver por sus deudos. Nadie le había comunicado —y no estaba aún en edad de saber— que el ambiente creado en torno a ese hecho había imposibilitado a su madre, y a sus hermanas y hermano el seguir viviendo en aquella población. Su padre además. —otro detalle confuso y celosamente velado—, era un hacendado de Chivilcoy, y tanto ella como los otros hijos de doña Juana, eran adulterinos. Su padre verdadero era un hombre casado.

Muchas cosas se escondían tras el porte y el rostro imperturbable de doña Juana Ibarguren de Duarte, que así

se daba en llamar aunque el vínculo *de Duarte* fuera totalmente ficticio en cuanto a los efectos legales. Doña Juana era en aquella época y lo siguió siendo siempre, una mujer en la que combinaban características contradictorias. Era gruesa, de mediana estatura, usaba lentes con una cadenita, era enérgica y de buen aspecto, discreta, de pocas palabras. Una mujer que se levantaba temprano, por más mal que hubiese pasado la noche, y por más tarde que se hubiese acostado, ya por atender a sus hijos, enfermos de cualquiera de las afecciones que jalonan la vida de la niñez o la adolescencia, o por otra razón cualquiera.

Una mujer que con lluvia o sol sale a hacer compras, y elige los comercios donde se venden las cosas a mejor precio; una organizadora, una mujer que sabe medir con una mirada penetrante en sus ojillos vivaces, apta para perforar la velada intención de los hombres, rápida para atraerlos hacia sí, poseedora de ese don inconmutable, que puede darse o no en una mujer de cualquier clase, y que es el don de la atracción y la seducción, más sutil que la belleza, y tan inexplicable como la simpatía. Doña Juana fué siempre una mujer rápida para el cálculo de sus posibilidades, a veces bondadosa, que amaba fundamentalmente a sus hijos.

Sus errores, su sentido especial de las normas, toda su conducta, en fin, recibían en aquellos años lejanos, y aún después, cuando por un juego progresivo y arrollador de las circunstancias, llegó a alcanzar un grado de poder pocas veces ni siquiera imaginado para la madre de una actriz, una sentencia común de quienes la conocieron y la vieron actuar:

—Todo lo hace por los chicos.

Cuando después del escándalo de Los Toldos, la familia llegó a Junín, se alojó en una casa de huéspedes de la

calle San Martín 70. Elisa Duarte quedó en Los Toldos, donde era ya empleada de correos, desde 1929.

Doña Juana progresó rápidamente. Conoció hacendados y comisionistas de hacienda. Instaló una pensión en la calle Julio A. Roca. Elegía los clientes de su pensión con criterio hábil. Pocos hombres sin dinero se alojaron allí. Para complementar sus ingresos, participó en la red de agentes de capitalistas de un juego prohibido: la 'quiniela", con lo que sus entradas nunca fueron pequeñas, y pudo atender a la educación de sus hijos. Blanca, por ejemplo, cursó estudios en la Escuela Normal de Junín, donde se graduó en 1930. A Elisa no le gustaba estudiar; a Juancito tampoco. Evita fué a la escuela, hizo todo el curso primario, y alguien la vió concurrir algunas veces a las clases del Colegio Nacional, tal vez en calidad de oyente. Nunca estuvo registrada en las listas oficiales de alumnos de los cursos secundarios. Herminda, la hermana menor, tampoco.

Elisa, la mayor de las hermanas de Eva fué la persona de peor carácter de la familia.

¿Era tal vez un complejo de hija mayor? Ver los sacrificios de doña Juana por la educación de Evita y de Blanca, y de Herminda, la dedicación que dispensaba constantemente a Juancito, ¿habría creado tal vez en Elisa ese poderoso resentimiento tan frecuente en las hijas mayores que son casi siempre las primeras perjudicadas al perder las primicias del afecto que se vuelcan hacia los hermanos que nacen? ¿Estaría tal vez en la profundidad turbia y difícilmente justificable de su conducta juvenil y luego en su madurez, esa raíz maligna que ninguna riqueza ni privilegio es capaz de exterminar?

Elisa fué exonerada de su cargo en la oficina de correos de Los Toldos, por inmoralidad. El diputado Lettieri transformó la exoneración en un traslado a Junín, adonde

Elisa vino a reunirse con el resto de su familia en 1931. (1)

Elisa era fría y calculadora, como su madre, pero le faltaba posiblemente cierta comprensión, aún cierta bondad y largueza, de la que siempre hizo gala doña Juana. Lo que sí había heredado de ella era la condición de conquistar a los hombres y regirlos. No traicionó esa capacidad. Le valió de mucho.

En la historia de la familia, Blanca, fué la única que cursó estudios secundarios. En 1930 se graduó de maestra en la Escuela Normal de Junín.

Fué una chica buena y simple, cuya máxima ambición fué la de casarse y tener hijos. Juan Duarte y Herminda, la hermana menor, fueron parecidos a ella, más inclinados a las cosas tranquilas y pasivas que a los azares y los peligros de la ambición. Estas personas que se mantuvieron constantemente vinculadas con uno de los destinos humanos más extraordinarios y discutidos de América, fueron conservando a través de todas sus reacciones y movimientos las características iniciales de su idiosincracia. A medida que avancemos en este libro, los veremos desenvolverse de acuerdo con ellas, sin traicionar en punto alguno su estilo inicial de infancia y juventud. A doña Juana Ibarguren de Duarte, la distingue el cálculo, la fría acción; Elisa es la acumulación del resentimiento; Juancito es la simpleza y la inocuidad de un muchacho de pueblo, unida a un ostensible deseo de ser elegante y bien visto; Blanca y Herminda se pierden y se desdibujan sobre la trama de las pasiones

(1) ¡Cuán temprana y por distintos canales se verificó la vinculación de la familia Duarte con los personajes políticos! Años después, el nombrado legislador planteaba en rueda de amigos sus escrúpulos de conciencia. Se sentía culpable, por aquel lejano favor, de horas muy negras y angustiosas que habían de vivir en el futuro los argentinos. (N. del A.)

humanas, casi nada las distingue de los demás seres que las rodean; son personas de biografía limitadísima.

Y Evita es un enigma, contradictorio y hondo, que no puede recibir más que ese principio de calificación aquí en la parte inicial de una crónica que tenderá a echar luz sobre su vida y sus acciones que llegaron a adquirir una envergadura insospechada y una proyección que difícilmente pudiera estar presente en aquella época de su infancia, en rincón alguno de los laberintos de su ardiente y complicada fantasía de adolescente.

A los once, doce años... ¿qué noticias recibe una chica de Junín? ¿Qué sabe de la vida de la ciudad, de la marcha de las cosas del mundo?

Evita estaba atenta, instintivamente atenta.

En las casas de pensión que su madre condujo en Junín hemos dicho que no se hospedaban sino personas de alguna importancia. Doña Juana tenía un ojo para la importancia de los hombres, de las mujeres, de los matrimonios.

Privada de la sociedad con otras mujeres de su edad, dedicada a los quehaceres del hogar, alternados ciertamente con alguna que otra fiesta irregular en el ámbito de ese mismo hogar y con todas las preocupaciones inherentes al movimiento del juego clandestino, del que fué agente durante algunos años, hablaba de acontecimientos y comentaba sucesos con quienes convivía. En una de sus pensiones vivió el mayor Arrieta, que habría de hacer posteriormente vida marital con Elisa Duarte. También vivieron José Alvarez Rodríguez, el rector del Colegio Nacional, y Justo Lucas, su hermano, que en el futuro habría de tener una importante acción pública. Se leían diarios. Se compraban revistas. Evita, de tarde y de noche, a partir de los doce años, las hojeaba primero, y las leía después, con evidente ansia.

Por aquellos años los nombres y la apostura de John Gilbert, de William Powell encendían la imaginación de las muchachas. Las revistas comenzaban a cobrar en el interior del país la amplia circulación que fueron acrecentando con el correr de los años. Desfilaban ante sus ojos, la apostura de Ramón Novarro, el inquietante perfil de John Barrymore, la apostura de Gary Cooper. En cuanto a las mujeres, el panorama del cine norteamericano y europeo no era menos interesane. Greta Garbo ya era un ídolo; las piernas de Marlene Dietrich concitaban la admiración y aun la envidia; y los ojos inmensos de Joan Crawford, su tez pálida, sus gestos, su fervor demente, su locura, constituían la revelación de la grandeza de los amores tan enfermizos como irresistibles.

Maurice Chevalier encantaba a París; millares de turistas acudían movidos por su fama y su gracia; Mistinguett tenía a sus pies a príncipes, duques y millonarios que le alfombraban la calle con títulos nobiliarios y acciones preferidas. ¡Era el mundo de la recuperación de la primera guerra mundial! Tal vez uno de los períodos más fecundos del arte popular que haya conocido el mundo.

Evita los veía én las revistas, y los veía en el cine, en el Chrystal Palace, de Junín; viviendo, moviéndose, surgiendo ante ella, en la mismísima realidad. Ya no era una foto en sepia del "Mundo Argentino", o una página brillante de "El Hogar", lo que pasaba ante sus afiebrados ojos. Era la imagen real y viviente, con voz, con los sonidos, con música... El cine sonoro invadía pueblos y ciudades, y llevaba a todas partes una cosa enteramente nueva, un brillo, un deslumbramiento que arrastró tras sí la imaginación y la ansiedad de millones de adolescentes.

Las revistas, en la aurora brillante del periodismo de gran tiraje eran pródigas en cuentos y notas que reflejaban la vida de astros y estrellas del cinematógrafo, del teatro

nacional, de la radiotelefonía incipiente. Aquellos fueron los primeros años de "Sintonía", los últimos destellos de "Caras y Caretas"; el auge de "El Hogar", con páginas y más páginas dedicadas a la gente pudiente, a las mujeres hermosas, a sus tocados, a sus fiestas, a sus reuniones de beneficencia. De pronto, en alguna lectura, un nombre, un apellido, un título. Evita no cabía en sí de asombro. Sabía por sus hermanas, por su madre, los nombres de algunos de los ricos hacendados de la zona. Estancia "El Resuello"... Los Hernández, los Santamarina, los Videla Dorna, los Duggan, los Harrington... No tenían estancias muy cerca de allí, pero no estaban muy lejos tampoco. Se hizo firme en su alma la idea de que todas esas cosas estaban, existían, sino a su lado, por lo menos, no muy en la lejanía. Ella formaba parte de una ciudad clavada en el campo. Pero la distancia a Buenos Aires no era grande. Había gente de Buenos Aires que venía frecuentemente por allí. En alguna estancia de las cercanías se daba una fiesta, cuyas fotos aparecían en "El Hogar".

¿Qué es el mundo? ¿Qué es la vida? ¿Qué es el porvenir? ¿Cómo se contesta la chiquilla esas preguntas?

Por aquella misma época, y las revistas se encargaron de mostrárselo, la mujer argentina triunfaba en las tablas. Sonaban fuerte los nombres de Eva Franco y de Paulina Singerman, que conquistó una amplia popularidad con "El Proceso de Mary Duggan". Ya se hablaba también del brillante comienzo de Luisita Vehil.

Las revistas, al par que mostraban los triunfos de las actrices, mostraban en largas y conversadas entrevistas, sus comienzos. En Hollywood la victoria coronaba a muchachas de origen muy humilde. Hogares de plomeros, de obreros del automóvil en Detroit, de insignificantes sastres judíos de Brooklyn, daban nacimiento a estrellas que descollaban muy alto, en el cénit del firmamento internacional. Entonces... ¿qué méritos elevaban a esas chicas pelirrojas ,morenas, rubias, carnales o lánguidas, apasionadas o frías? ¿Qué virtudes escondidas tenían la fuerza necesaria para arrancarlas del anonimato y de la miseria, y llevarlas a las mismas páginas brillantes de las publicaciones de la Capital Federal, que compartían con las primeras figuras la aristocracia internacional?

Tenía catorce años cuando conoció a José Armani, cantor de típica, en el baile de un club de Junín, adonde había ido con Blanca. Armani era un muchacho simpático. Hablaron de Buenos Aires, del ambiente artístico, de la radiotelefonía.

—¡ Se ganan grandes sueldos! ¡Es difícil triunfar, pero si se la pega!...

—¿Usted conoce a mucha gente de teatro?

Armani hizo un gesto de superioridad. Los conocía a todos. *A todos.* Con todos se tuteaba. Buenos Aires era una ciudad grande, maravillosa. Algún día tendría rascacielos como Nueva York. Había vida, casas de muchos pisos, mucha gente, mucho dinero. No estaba estancada como los pueblos del interior, adonde él desgranaba las migajas de la gloria del arte metropolitano.

Esa noche lo meditó bien mientras volvía a su casa, caminando por la calle Bernardino Rivadavia, tomada del brazo de Blanca.

— ¿Qué te pasa? ¿Por qué no hablas?

Era una noche destemplada y fría, y el molesto viento del Sur despeinaba su cabellera negra sobre la frente. Estaba pálida, como siempre lo había sido, desde pequeña, y su delgadez era casi la misma de los doce años, aunque tenía catorce.

— Bueno. Si no querés hablar, vos sabrás por qué.... ¿Te gustó el cantor ése? ¡Bah!

—No me gusta ningún cantor —contestó—. Ya entraban en la cuadra de la casa. ¡No le digas nada a mamá!

Blanca la miró.

— ¡Me lo prometes!

— Sí. Te lo prometo.

Seis días después, contando Eva Duarte no más de catorce años, descendió en la estación Retiro, con una valija de cuero cartón, marrón, con su tapado plegado sobre el brazo.

— ¿Valija, señorita?

—¿Qué puedo tomar para ir a Plaza Congreso?

El changador la miró de arriba abajo. Era un viejo de pelo blanco, y sus ojos estaban rodeados de patas de gallo, que se prolongaban sobre el rostro en infinitas arrugas. Levantó lentamente la mano para señalarle el lugar donde debía tomar el tranvía, e iba a decirle el número, cuando advirtió que la chica se alejaba lentamente. El cantor había venido a buscarla, de acuerdo con lo prometido, y aunque con cierto retraso, cumplió su palabra. Se alejaron en un taxi, rumbo a la plaza del Congreso.

Cerca de allí tenía su casa de pensión un señor de apellido Giovannone, que era amigo de doña Juana Duarte, y había pasado muchos días en la pensión de Junín. Allí lo había conocido Evita. Doña Juana le indicó a su hija la conveniencia de alojarse allí, en casa de uno de sus amigos. Tal vez no habría previsto el caso concreto de tener que conseguir alojamiento para Evita, pero de todas maneras, la maniobra respondía a su capacidad innata para el manejo de los hombres, y la mujer no escatimaba sus recursos cuando se trataba de favorecer a sus hijos.

En esa época, Blanca era maestra, y no ejercía. Elisa era empleada del Correo de Junín. Herminda se pasaba el día en la casa, ayudándole a su madre. Juancito era un muchacho del pueblo. A veces trabajaba ocasionalmente prestando su colaboración a un comerciante. O pasaba largos períodos sin trabajar, arreglándose con las monedas o los pesos que doña Juana le daba, infalible y continuamente como un sueldo.

Ya Juancito tenía casi veinte años, y manifestaba esa línea exterior de la ropa, a la que fué fiel toda la vida.

Quienes le conocieron en aquello época, recuerdan todavía hoy su "pinta", su presencia de jovencito delgado y elegante, con camisa impecable, corbata prolijamente anudada, ostensibles rayas en el pantalón, zapatos lustrados al charol, sombrerito de ala corta, gris claro, de pie en la puerta de un café, con la mirada abstraída. Como si no necesitara nada, como si fuese poderoso en esa delicada y atildada "pinta", como si no tuviese una preocupación demasiado grande por la vida, que es al fin y al cabo lo que hace correr a los hombres desde temprano, tras las agujas del reloj o tras los clientes, para no perder la posibilidad de ganar un peso. Era como si no hubiese nada en el futuro o en el presente o en el pasado, que pudiera trascender la importancia de andar pulcramente vestido e inmaculadamente limpio. Como un hombre en cuya presencia y apostura quedara incluído su destino. ¡Qué tipo extraño y simpático, en aquella época este Juancito Duarte, como un personaje de Carriego, caminando lentamente por la calle Francia, sin apresuramiento, sin angustia, sin plata, pero conservando esa envoltura exterior de hombre de posición acomodada, tranquilo, resignado, en el camino de la casa de alguna muchacha, o de alguna mujer mayor que él que se extasiaban de admiración al verlo, y sentían una urgente necesidad de tocarlo, y retenerlo a su lado. . .

— ¿Sabes que la "Flaca" se fué a Buenos Aires?

— ¿A Buenos Aires? ¿Qué fué a hacer? ¿Tiene algún puesto?

—No. Se fué a trabajar al teatro ¿Sabes, Pajarito? Era uno de sus mejores amigos. Juancito le hablaba con seriedad y aplomo, como se le habla a un amigo del barrio, a quien se pueden hacer confidencias. Como hablaban en serio, en otro tiempo, antes de Juancito, los compadritos de Palermo que se hacían confidencias llorando.

— ¡Uff! ¡Es más difícil que no sé qué!. . .

— Cuando la "Flaca" quiere algo lo consigue. . .

— ¡Allá hay muchos tiburones, Juan!. . .

— La 'Flaca" no se cayó del nido, tampoco... ¿Sabes?

— Sí. Es cierto. ¡Quien te dice que triunfe!

— Han triunfado tantas pibas como ella.

— Claro.

Y Elisa, en ese mes en que se fué Evita, trabajaba en el Correo, y todo tenía para ella un sentido que no tenía para los otros empleados; las cosas más simples revestían a sus ojos una importancia peculiar. Era de facciones más duras que su madre, y mucho más enérgicas y definidas que Evita, en aquella época. Inclusive tenía cierta belleza, pero una belleza diríase *encerrada* por una voluntaria incapacidad de permitir que sus sentimientos afectuosos y tiernos salieran a flor de piel. Estudiaba a sus compañeros, a sus superiores. Sabía bien cuáles eran sus puntos flacos, sus modos de reaccionar, sus preocupacionec, sus problemas. Pensaba altamente de sí, y de su capacidad, y ya sellando una certificada, o contando las palabras de un telegrama, aunque momentáneamente varada en aquel edificio de correo de la calle Pellegrini, se daba clara cuenta de que estaba en medio de comunicaciones y mensajes que iban y venían, y de giros y de cheques que se enviaban y recibían, y que tenía importancia ese tráfico de cosas, y ella con respecto a él, también. Esa noción era confusa para Elisa, y todavía no tenía planes de ninguna clase porque era difícil e inoperante tenerlos. Pero de lo que sí

estaba perfectamente segura era de que era una mujer importante, al menos para sí misma. Sabía que Junín no era la capital de la República Argentina; pero también sabía que si el mundo entero tenía su importancia, era porque ella estaba en el mundo, y formaba parte de él. No estaba abierta a nada que no fuera ella misma. Sus ojos negros, menos profundos que los de Eva, su hermana, menos perspicaces que los de su madre, y mucho menos pacíficos que los de su hermano Juan, solían encenderse como si fueran de fuego. Tenía un rostro innegablemente hermoso, mejor delineado que el de Evita, y tal vez más firme y decidido que el de las otras dos hermanas menores. Sin embargo, sus labios finos y prietos, solían a veces contraerse, probablemente en medio de algún oculto e inenarrable pensamiento, en una línea de sutil pero inconfundible crueldad.

CAPITULO II

LUCES DE LA CIUDAD

Cuando Eva Duarte llegó a Buenos Aires, todavía no contaba quince años. El país acaba de salir de la crisis que se había iniciado a fines de la década anterior. No había miseria. La desocupación era cada vez menor. Se había dado nuevamente un gran impulso al comercio, y poco a poco se revitalizaba la industria.

Coincidía justamente ese fenómeno con una eclosión artística en todo sentido. En todos los órdenes, comenzando por el periodístico, que ya hemos visto qué importancia asumía en la vida de una chica de pueblo provinciano, se comienza una ferviente búsqueda de cosas nuevas, de valores originales. El periodismo tiene la gran vitalización de la propaganda que coincide asimismo con la renovación industrial y comercial. Buenos Aires revive después de la crisis. Se canta, se baila. Se inauguran cabarets, boites. Se ensancha Corrientes y el viejo callejón de los sueños se transforma en la Broadway porteña. Se empiezan a levantar grandes edificios, y las luces de neón y los artificios publicitarios invaden la ciudad. Por la calle Florida pasan, elegantísimos, impecables, los maniquíes vivientes masculinos; y los habitantes de Buenos Aires contemplan día a día cómo la urbe vuelve a ser, con proyecciones mayores, el París de Sudamérica.

Cuando Evita, con paso incierto subió por las escaleras de la pensión de la calle Victoria, que era propiedad de Giovannone, el amigo de su madre, estaba muy cansada por el viaje. No había sido largo, no obstante. Pero la muchacha no tenía muy buena salud, y cualquier esfuerzo prolongado, cualquier tensión, comprometían a la vez su organismo bastante débil y sus nervios. Quería dormir, descansar.

Giovannone fué bondadoso con ella, y de acuerdo con lo prometido, le habilitó una linda habitación con una camita de bronce, una mesa de luz, una mesa, dos sillas y un ropero. Evita paseó su mirada por la pieza donde habría de vivir su primera gran aventura, el primer despertar de las ilusiones, a los sueños que estaba dispuesta a hacer verdaderos en la ciudad inmensa.

Por cierto que le tocó iniciarse en un momento interesante de la gran ciudad porteña. La crisis había producido una transformación social importantísima en Buenos Aires. La desaparición de las casonas de familia, y la construcción de grandes edificios de departamentos provocó cambios muy notables no solamente en el modo de vivir sino también en las costumbres de la gente. Ya no había salas de recibo con sillones "confidentes", en cuyas desgastados respaldos se eternizaban los noviazgos. Las muchachas jóvenes comenzaron a salir a la calle con mayor libertad, tanto las de las clases pudientes como las de las clases humildes. Las chicas ricas comenzaron a no ir acompañadas por personas mayores a los cinematógrafos del barrio Norte. Se acercaron a los cines de la calle Lavalle y de la calle Corrientes.

Además, y es un hecho sumamente curioso aunque positivo; la desaparición de esas casonas trajo como consecuencia la venta en bloque de grandes bibliotecas privadas. Sus propietarios no podían seguir manteniéndolas en

los ambientes más reducidos de los departamentos adonde se habían mudado. Las vendieron en las mesas de libros viejos durante casi un lustro. Esa profusión de libros, muchos de los cuales poseían gran valor, determinó la formación de un fuerte corriente de lectores. La gente comenzó a leer muchísimo, toda clase de temas. Ello coincidió también con la intensificación de la industria editorial y de la importación de libros de España y de Chile. Se leyeron muchos libros de izquierda, antibélicos, escritos directamente después de la segunda guerra mundial por toda esa generación de autores europeos que la vituperó y condenó enérgicamente en la esperanza de que el mundo jamás volviera a verse envuelto en una tragedia similar.

Así, en medio de cosas tan diversas como son la lectura de un libro de Barbusse, y la concurrencia a los lugares de diversión, entre las discusiones sobre las nuevas ideas, y el estímulo y el entusiasmo con que proliferaban los romances, apoyado todo por la recuperación económica del país, puede decirse que en Buenos Aires los ricos comenzaron a acercarse más a los pobres, y los pobres a los ricos, mutuamente. La calle Corrientes fué probablemente el lugar físico donde más evidentemente se operó esa transformación. Se terminaron las patotas y los compadritos. Los "pitucos" ganaron la calle Corrientes, y los pobres y los miembros de la clase media avanzaron sobre Corrientes, y llegaron por distintos medios, a rebasarla, sea por el arte, por el trabajo, o por el enriquecimiento.

Evita dormía en su humilde pieza de la calle Victoria. Estaba descansando para lanzarse fresca y tranquila al mundo de posibilidades y promesas que vislumbraba a su alrededor, no muy claramente tal vez, pero segura en la profundidad de su intuición, de que algo importante habría de ocurrirle. No sabía cuándo ni qué. Presentía, eso sí, que le esperaban sacrificios. Ni los cuentos de "La

Novela Semanal", ni los relatos del "Para Ti" le habían hecho creer que las cosas eran fáciles. La ficción literaria le habían enseñado una verdad, eso sí. Que las Cenicientas suelen encontrar príncipes. Pero también le había enseñado su reflexión, y cierta ponderación de ánimo que llevaba oculta en lo más profundo de su corazón, que el camino de los príncipes es un camino difícil.

— No, hija, no... El teatro es una carrera. Hay que empezar por el principio.

—Yo quiero empezar por el principio. Yo no pretendo nada más que empezar.

— ¿Qué experiencia tiene?

— Sé que puedo. Otras han podido.

El hombre la miró un instante, y abriendo uno de los cajones del escritorio extrajo un libro. Tenía arremangada la camisa. Evita vió sus poderosos antebrazos, sus manos regordetas y cuidadas. Le pareció un hombre bondadoso y franco. Sintió asimismo que sabía muchísimo, muchísimo más que ella, y tuvo miedo. El hombre le entregó un libro.

— Lea ahí —le dijo—. Donde dice *Carina.*

Evita tomó el libro. Al hacerlo le tembló la mano. Se vió temblar. Se puso más nerviosa. Por un instante olvidó la bondad, la serenidad del hombre. Pensó en su falda desplanchada, en sus medias torcidas. Sintió un vago mareo. Pero aferró el libro con fuerza, procurando dominarse. No le fué fácil. Lo consiguió. Apretó el libro con las dos manos, y buscó la palabra "*Carina*", hasta que la encontró.

Se dispuso a leer, y sintió que un sudor helado le cubría la frente. No se atrevía a mirar hacia adelante; pero sabía que el hombre la estaba mirando.

Quiso emitir la primera palabra. Recordó en un vahído todas las líneas de revista que se había aprendido de

memoria, en el zaguán de la casita de Junín. Pero todo se desdibujó en un instante, y las letras bailaron ante sus ojos.

—¡No puedo! —exclamó sordamente—. No puedo... ¿sabe? Pero estoy segura de que algún día podré...

Se puso de pie violentamente. La actitud no condecía con la pasividad y la ternura con que había sido recibida por Alberto Ballerini. No le tenía odio. Pero estaba profundamente conmovida por su fracaso. Tampoco se odiaba a sí misma. Sólo sentía una horrible desazón. Subió volando las escaleras de la pensión de Giovannone, y se metió en su cuarto. Cerró la puerta violentamente y echó llave. Después se arrojó sobre su camita de bronce, y se lanzó a llorar con amargura.

Giovannone la oyó llorar, y se acercó al cuarto. Apoyó el oído en la puerta.

— ¿Qué te pasa, "Flaca"? —preguntó—. ¿Qué tenés? ¿Te sentís descompuesta?

La muchacha no contestó.

— Decime si te sentís mal, Evita...

— No —le respondió—. Quiero estar sola... No quiero ver a nadie...

— ¡Abríme!

— No. Quiero quedarme sola. Llorando y sola... ¿Me entendés?

El dueño de la pensión, vaciló un segundo, y se alejó, encogiéndose de hombros.

Esos duros encontronazos con la realidad porteña, la hicieron volver una y otra vez a Junín. Su madre la regañaba, no con demasiada violencia, pero tratando de hacerle sentir la inutilidad de sus esfuerzos. Elisa la observaba con displicencia. No se atrevía a criticarla. Blanca y Herminda observaban en silencio. Juancito, en cambio,

sin decir palabra como sus hermanas menores, la contemplaba con gesto cariñoso y en cierto modo admirativo, esperando la oportunidad de que se calmaran las tormentas que se producían a la llegada, para hablarle con más tranquilidad, en el jardín, o en la pieza donde dormía.

Evita solía sentarse a los pies de la cama de Juan, apretando sus delgadas rodillas con sus manos. Juan no hablaba todavía. Esperaba que ella empezara. La observaba con respeto. No la contrariaba. Trataba de no hacer ninguna de las cosas que sabía le causaban irritación. Y cuando Evita comenzaba a hablar, se sentía más tranquilo, y más a gusto, y justamente entonces aprovechaba para espetarla una pregunta totalmente desligada del problema que ella afrontaba para no darle demasiada importancia a lo que concebía sin decirlo, como el fracaso de su hermana.

—¿Vive algún corredor de jabón en lo de Giovannone?

— No sé. No sé quienes son los que viven en la pensión. Sólo voy a comer y a dormir.

— ¡Ajá!

Evita se quedaba con la mirada perdida.

— ¿Por qué? —preguntó al rato.

— Creo que me voy a meter en el asunto del corretaje de jabón. Hay un muchacho de Chacabuco que se saca de cien a ciento cincuenta pesos por mes.

— ¡Ajá! —y volvía a quedarse en silencio, apretando las rodillas.

— ¿Y cómo te van las cosas a vos, "Flaca"?

Evita no contestaba. Sus ojos negros parecían reinar sobre su expresión. Los tenía clavados hacia adelante, en la ventana de la habitación, y parecían mirar mucho más allá, hacia afuera, hacia la estación de Junín...

— Y sé que cuando se te pone algo en la cabeza, lo conseguís, pero...

—Si las otras pueden, yo podré también. —le respondió secamente Evita—. Y si vos no lo crees, lo creo yo...

—Yo también lo creo —dijo mansamente Juan, encendiendo un cigarrillo—. ¿Por qué no? Si yo no te lo discuto... ¿No ves que no te lo discuto?

Por primera vez en la noche Evita volvió sus ojos hacia él, como distrayéndose por un momento de esa inmensa idea fija que la dominaba. Su expresión se dulcificó al encarar el rostro de su hermano.

—Ya sé, Juan, que me creés... porque me querés...

Juan Duarte se tornó hacia la ventana del jardín. Cuando Evita le decía esas cosas, se emocionaba.

—¡Cómo no te voy a querer, zonza! Si a vos te quieren todos...

—No.

—¿Por qué decís eso?

—Porque es así.

—Vos tenés que seguir en el ambiente...

Evita fué tenaz, volvió a Buenos Aires. No se arredró ante los fracasos visibles a que iban jalonando su presentación ante los directores de teatro. Algunos no querían recibirla por segunda vez. Ella insistía. Se hizo amiga de otras chicas que tenían sus mismas ilusiones, y que encontraba en las antesalas de las administraciones teatrales. Pronto comprendió que formaban parte de una misma pléyade de aspirantas que habían equivocado el camino. Había, empero, una diferencia fundamental entre ella y las demás. Que sus amigas ocasionales mostraban más rápidamente el desconcierto, y se volvían a sus pueblos, a sus suburbios, a la vida doméstica, en una palabra, de la que juzgaba que nunca debían haber salido. Ella no lo haría. Estaba dispuesta a todo, con tal de darse la oportunidad del triunfo que tardaba tanto en llegar.



FIG. 1

Evita, en oportunidad de una de sus primeras visitas a Buenos Aires...

FIG. 2

... al regresar a Junín, ya en plena posesión del triunfo.

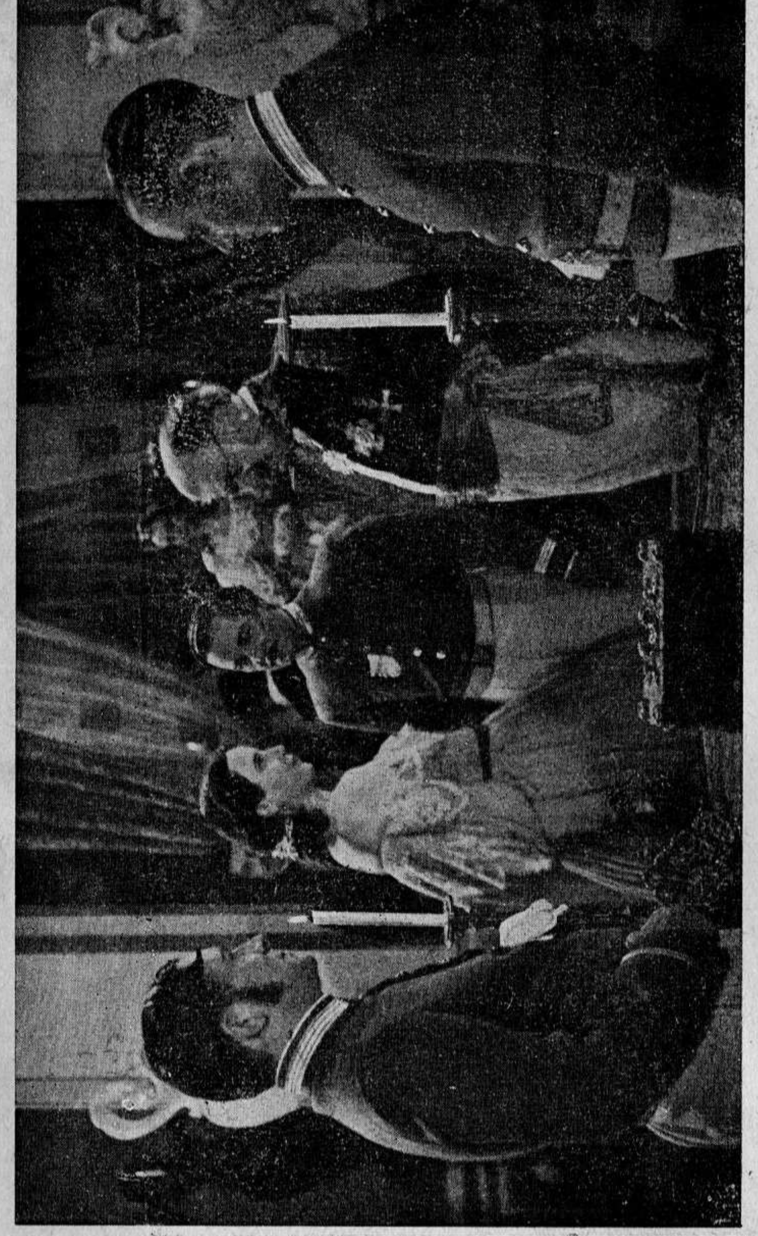


Fig. 3

La esposa del mandatario depuesto, en una escena de "La carga de los valientes", película en la que hizo un pequeño papel.



Fig. 4

Escena de "La Cabalgata del Circo", película en la que también trabajó Evita, teniendo una actuación más importante.



FIGS. 5 y 6

Juancito Duarte, cuando hacía el servicio militar, y una foto tomada poco antes de su muerte, en oportunidad del bautismo de un niño en Junín. Es la última foto de Juancito Duarte vivo.

Duarte
María
Eva

Juana Ibarguren de Duarte

Ricardo Romero

Eleuterio Ibarguren

FIG. 7

Reproducción facsimilar del acta falsa del nacimiento de Eva Perón, incorporada al libro del Registro Civil de Junín.

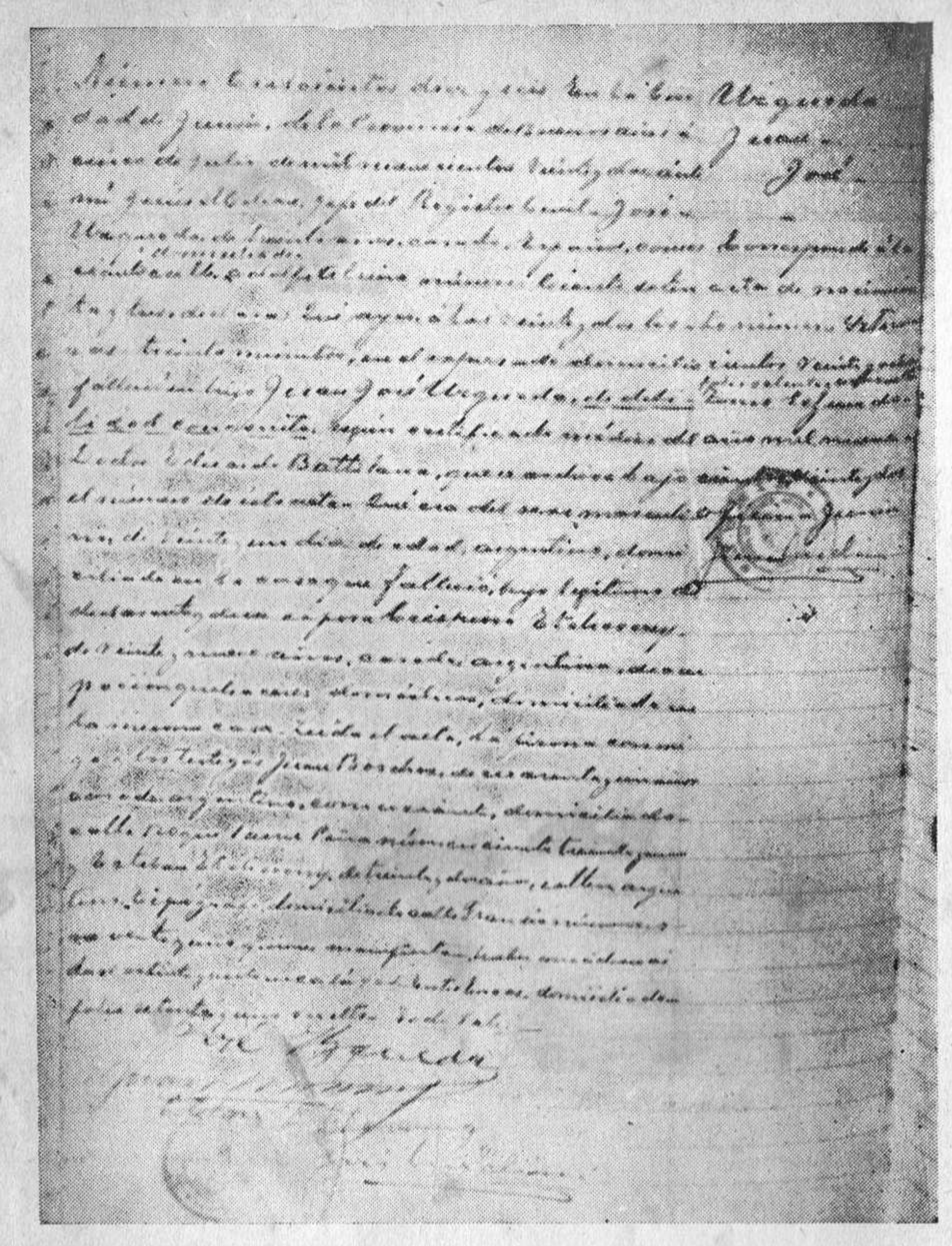


Fig. 8

Partida de nacimiento del menor Juan José Urqueda, que fué reemplazada con la de Evita, irregularidad que permitió el posterior descubrimiento de la maniobra.

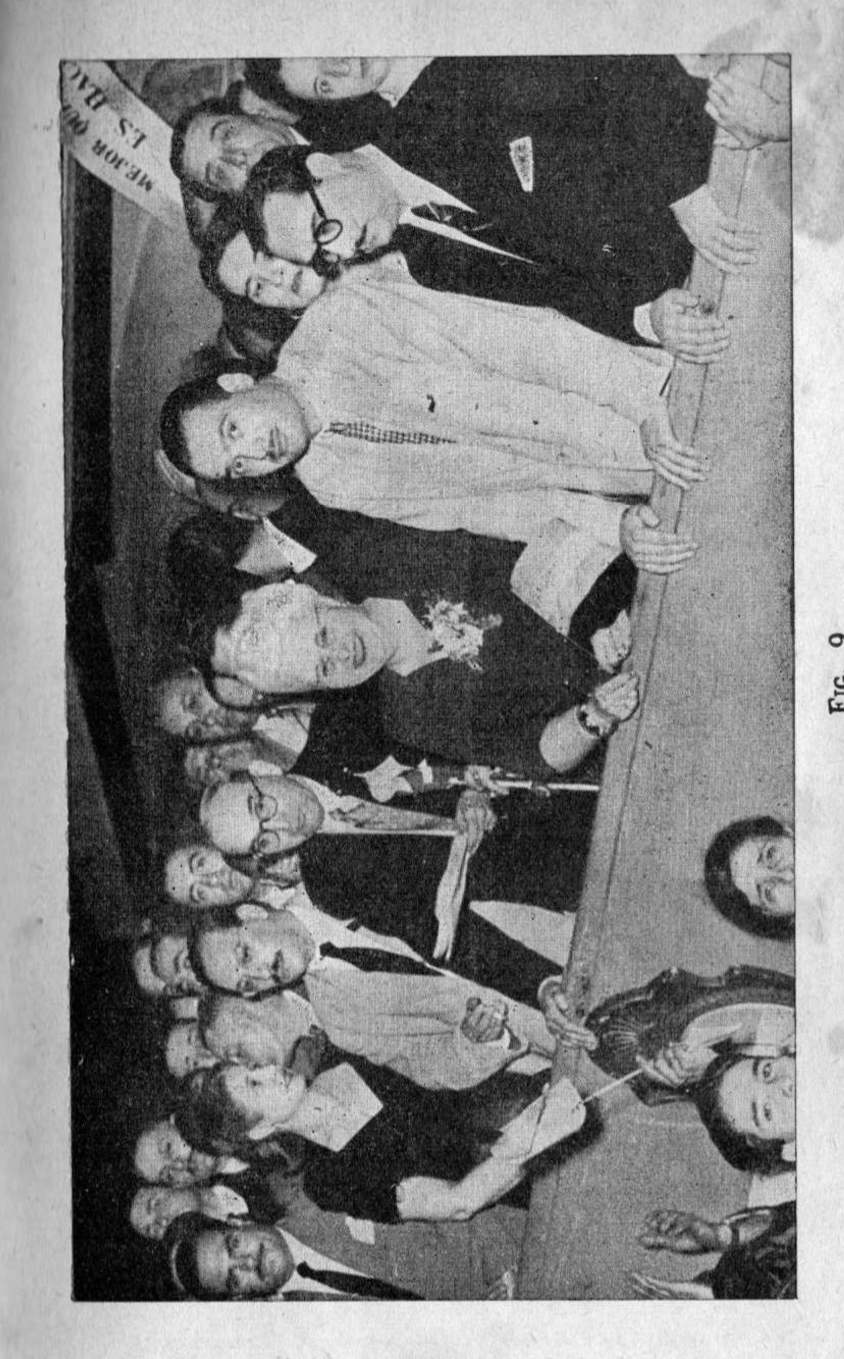


Fig. 9

Durante la proclamación de los candidatos a diputados peronistas en la elección de 1948. A la derecha de doña Juana Duarte, aparece el mayor Arrieta, y la otra mujer del palco, en primera fila, es Elisa Duarte.

Perón Juan Domingo con Duarte María Eva

182

Acta número ciento ochenta y dos

En la Ciudad de Junín de la

Provincia de Buenos Aires, a veinte y dos de Octubre

de mil novecientos cuarenta y cinco Ante mí [illegible] Jefe de la Sección primera del

Registro Civil comparecen

Don Juan Domingo Perón, [illegible]

de cincuenta años, nacido en [illegible] ocho de Octubre de mil ochocientos noventa y cinco

y domiciliado en la Capital Federal [illegible]

de profesión militar estado soltero

hijo de don Mario Tomás Perón

nacionalidad ______ profesión fallecido en la Capital Federal [illegible] de mil novecientos [illegible] y ocho

y de doña Juana Sosa

nacionalidad argentina profesión quehaceres domésticos, domiciliada en el Territorio Nacional del Chubut,

y Doña María Eva Duarte

de veinte y tres años, nacida en esta Ciudad el siete de Mayo de mil novecientos veinte y dos

y domiciliada en calle José E. Arias ciento setenta y uno

de profesión artista estado soltera

hija de don Juan Duarte

nacionalidad ______ profesión fallecido en Chivilcoy de esta Provincia [illegible] de mil novecientos veinte y seis,

Fig. 10

Acta del casamiento de Evita y Perón, cuya ceremonia civil se realizó en Buenos Aires, y fué anotado en libro que corresponde al Registro Civil de Junín.

y de doña Juana Ibarguren,

nacionalidad argentina profesión quehaceres domésticos, domiciliada con la contrayente,

quienes desean casarse e interrogados por mí uno a continuación del otro después de oír la lectura de los artículos pertinentes a la ley de matrimonio, no habiendo oposición y siendo hábiles para el acto, según manifestaron los testigos: Teniente Coronel Don Alfredo Domingo Mercante, que firma A. D. Mercante, de cuarenta y siete años, argentino, casado, domiciliado en calle [illegible] seiscientos veinte y uno de la Capital Federal, y Juan R. Duarte de treinta y un años, argentino, soltero, [illegible] domiciliado en calle José E. Arias ciento setenta y uno;

manifiestan que se quieren por esposos y se otorgan recíprocamente por marido y mujer, visto lo cual en nombre de la ley los declaro unidos en legítimo matrimonio. Habiéndose dado cumplimiento a lo dispuesto por el artículo tercero de la Ley doce mil trescientos treinta y uno, con el certificado expedido por el Doctor Domingo Pugliese, médico [illegible] de la Asistencia Pública de la Ciudad, con fecha veinte [illegible], que se archiva bajo el número de esta acta. Leída el acta a los interesados, la firman de conformidad junto con los testigos nombrados.

Juan Perón
Eva María Duarte
A. D. Mercante
Juan R. Duarte
[illegible]

Fig. 11

(*Continuación de la Fig. 10*)



Fig. 12

Al llegar al aeródromo de Baraja, en Madrid, le son rendidos honores por las fuerzas militares españolas.



Fig. 13

Durante el lunch oficial efectuado en Italia, agasajaron Evita, el primer ministro, señor De Gasperi, su esposa y el conde Sforza.



Fig. 14

El mariscal Carmona y el doctor Oliveira Salazar reciben a la esposa del presidente en ocasión de su visita a Portugal.



Fig. 15

Artistas del cine, teatro y radio hacen entrega a Evita de un cuadro. Es uno de los muchos obsequios que recibió durante su convalecencia.



Fig. 16

Momentos después de haber anunciado por radio su renuncia a la candidatura a la vicepresidencia de la Nación.



Fig. 17

La C. G. T. entregó en presencia de Evita y del Gral. Perón, una medalla de oro al director del Policlínico Pte. Perón, doctor Ricardo Finocchietto, por todo lo que hizo en beneficio de la salud de aquélla.



FIG. 18

Evita vota en su lecho de convalecencia para las elecciones que determinaron la reelección del Gral. Perón.

¿Lo conseguiría alguna vez?

Frecuentemente se quedaba sin dinero El dueño de la pensión le prestaba algunos pesos, que ella se comprometía a devolverle en el momento de pagar la mensualidad. A vces ni siquiera podía pagarle lo que le debía por su alojamiento y su comida. En esas oportunidades trataba de volver tarde a la pensión para no tener que enfrentarse con el hombre. Giovannone, sin embargo, no la apuraba nunca. Le tenía consideración, aunque probablemente no creyera en los triunfos con los que Evita soñaba. Lo hacía sin duda, movido por el respeto que le inspiraba doña Juana, desde la lejanía de Junín, donde durante su permanencia había experimentado la para él inefable sensación de haber hecho una conquista donjuanesca, interesante y difícil.

—¡Vos tenés que seguir en el ambiente!

¿Cuántas veces se repitió esa frase de Juancito, en la soledad de su cuarto de la calle Victoria? ¿Cuántas veces sintió el impulso franco y poderoso de su hermano sencillo y manso, que parecía quererla más que ninguna otra persona en el mundo?

Alguna vez se durmió diciendo: "Juancito... Juancito querido", en voz alta, sintiendo la certeza de que estaba pronunciando el nombre del amor más puro y desinteresado de su ya atribulada vida.

Poco a poco, su constancia y sus reiterados viajes le ampliaron el panorama. Comenzó a tener amigos. Trabó esos conocimientos alrededor de las mesas de mármol de "El Ateneo"; en los salones de "El Telégrafo", en la "Confitería Real", desde cuyos sillones veía entrar y salir a figuras ya relevantes de la escena nacional, y a actores y actrices menores, con los cuales se fué poniendo en contacto. También conoció allí a otros personajes del ambien-

te, ya no del teatro sino de las esferas musicales, músicos de típicas, directores de jazz y de orquesta, y una multitud de figuras más o menos bohemias que vivían pegadas a ese mundo, al que daban su personalidad y su tiempo, y del que al mismo tiempo extraían cosas.

—Quiero ser una actriz. Una gran actriz. Algún día seré una gran actriz. Lo decía seriamente. Todavía no tenía contrato alguno. Su voz, sobresaltada por sus nervios, demasiado débil a veces, y en otras ocasiones demasiado aguda, poco dominada, no prometía mucho en materia de actuación. Por otra parte, tenía una dificultad perceptible para encubrir su apasionamiento, su tendencia hacia la exageración del dramatismo.

Sin embargo, los que rodeaban la mesa no se burlaban de ella. Ponía tanta fe, tanta certeza, tanta pasión en su autoafirmación, que sus desplantes no resultaban odiosos. Cuando hablaba de sí misma lo hacía con un olvido total de lo que la rodeaba, y evidentemente sentía su destino más que el de todos los demás. Eso prestaba una firmeza excepcional a sus palabras, y los que la oían, respetuosamente callaban.

Debe recordarse que era una jovencita, una chica casi. Los que la rodeaban eran hombres y mujeres con un conocimiento bastante amplio del ambiente y de la vida de Buenos Aires. Tenía importancia que callaran ante lo que les decía.

Un muchacho que vivía en la pensión de Giovannone le golpeó la puerta del cuarto, una mañana a las once.

—Mirá —le dijo—. Sé que andás con ganas de meterte en el teatro. Yo estoy trabajando desde hace una semana en la revista "Sintonía". Piden fotos de pibas aspirantas. ¿Por qué no me das una foto tuya?

Esa misma mañana Evita se hizo fotografiar en una casa de la calle Esmeralda. Le tomaron seis poses. "Seis

poses por un peso", en aquella época. A la noche, fué a comer temprano a la pensión, y le entregó una de las fotos, a su amigo casual.

El muchacho prometió llevarla. Lo hizo.

A la semana siguiente se publicó. En aquella época "Sintonía" era una revista de extraordinaria circulación. Fué la primera gran revista de radio de la Argentina.

De poco después de la fecha de aparición de esa fotografía, data la amistad de Evita con Karstulovic, el director de la revista de radio. ¿Fué la intrepidez con que la jovencita defendía sus confusas ambiciones, lo que atrajo a la figura en aquel entonces descollante del periodista? ¿Fué acaso la simpatía natural?

Lo cierto es que Evita pensó inmediatamente que esa amistad iba a ser provechosa para su carrera.

Probablemente el director de la revista "Sintonía" no imaginara ni presintiera en modo alguno la importancia que tenía la muchacha que tan fácilmente se acercó a él, y que valoró tanto la publicación de su fotografía. Karstulovic, en aquellos años, era un verdadero triunfador. Tenía popularidad, no sólo por su revista, sino también por sus actividades automovilísticas. Realizaba raids, y corría carreras. Su fotografía circulaba en los diarios y en las revistas deportivas. Al par que popular, si bien no ganó muchas carreras, tuvo mucha publicidad, casi la suficiente como para hacerse simpático. Era un personaje agradable, y por contagio, rodeaba de prestigio a quienes se acercaban a él.

La amistad con "Kartulo" abrió para Evita nuevos círculos de amigos, artistas, comerciantes e industriales. Se veían frecuentemente, y la ambiciosa joven se las arregló para que en uno de los viajes del periodista, la llevara a Junín, su pueblo. Puede decirse que éste fué el primero de sus triunfos públicos. Quienes jamás habían concedido

importancia a la esmirriada hija de doña Juana Ibarguren de Duarte, la vieron llegar en compañía de una celebridad. Eso revestía un interés excepcional para su planteo interior, aunque no fuese tanta desde el punto de vista de quienes presenciaron su arribo.

Presentó al personaje con quien había viajado, a doña Juana, a Blanca, Herminda, a Juancito, a Elisa en último término. Doña Juana, silenciosamente, comprendió que aquello era el principio de algo cuyo fin no alcanzaba a entrever. Tenía la plena seguridad de que su hija no andaba tan descaminada ni en sus ilusiones ni en sus ambiciones.

Evita, por otra parte, aunque seguía siendo delgada, y aunque poseía todavía el aspecto casi enfermizo de su adolescencia, parecía transformada por el viaje y la proximidad del director de la revista. El que más la admiró en esas circunstancias fué posiblemente Juancito. Se mantenía en silencio, junto a su hermana, y cerca de "Kartulo", y no encontraba palabras para expresar su impresión. Ciertamente, aquello era más grande que todo lo que había imaginado. Más aun, la "Flaca" había colmado imprevistamente todas las medidas de su imaginación, y si en algún momento había abrigado alguna duda sobre el triunfo de su hermana, mientras caminaba por alguna calle solitaria de Junín, rumbo a la casa de alguna muchacha amiga, o de alguna novia momentánea, ya estaba totalmente seguro de que Evita iba a llegar adonde quisiera.

Evita, por su parte, estaba fuera de sí. Sin embargo, en ningún momento se prodigó en excesivas atenciones hacia el periodista. Logró mantener una actitud sobria y calma, que ciertamente no condecía con su vestimenta ni con su verdadero valor artístico en Buenos Aires. Pero consiguió su propósito. Se mantuvo serena y digna. Doña Juana, en las oportunidades que tuvo de verlos juntos, debe

haber admirado a su hija, al comprender que había heredado su fina astucia, y su no aprendida capacidad de manejar los hombres y las situaciones.

¿De quién habrían heredado Evita y doña Juana, su madre, esa facultad casi cortesana para comportarse de un modo tan especial en las coyunturas más difíciles y decisivas del desarrollo de sus relaciones?

Lo cierto es que desde el día en que el director de "Sintonía" llegó a Junín en compañía de Evita, aunque sin ninguna concreción positiva aún, el panorama de la ambiciosa aspirante al triunfo, comenzó a transformarse.

Pocos meses después conseguiría su primer papel en la obra "Los Inocentes", que se representó en un teatro céntrico.

Evita ya alternaba a la sazón con gente influyente, y tenía muchos amigos que no lo eran. Sin embargo, ninguna de estas vinculaciones había llegado a ser suficientemente firme como para depararle alguna vez una seguridad económica más o menos permanente.

Pasaron los meses y Evita tuvo muchos amigos. Algunos le depararon hondos sinsabores que debería recordar después, en épocas más prósperas de su accidentada vida.

En una oportunidad fué invitada en compañía de una amiga, a un viaje en automóvil a Mar del Plata, por dos apuestos jóvenes miembros de conocidas familias porteñas. La excursión se desarrolló dentro de las características comunes de ese tipo de viajes. Después de dos días en Mar del Plata, cuando los dos acompañantes de Evita y su amiga experimentaron un serio quebranto en la ruleta, decidieron retornar a Buenos Aires, y comenzaron a tratarlas con verdadera desconsideración. Se originó una disputa en el automóvil en el que habían viajado, y tanto Evita como su amiga fueron virtualmente arrojadas del automóvil, en

plena calle, en la ciudad de Mar del Plata, mientras sus compañeros de viaje desaparecían a gran velocidad.

Si bien a veces Evita alcanzaba beneficios pecuniarios pasajeros, en otras oportunidades, sólo podía contar con la seguridad de recibir comida y alojamiento en la pensión de Giovannone.

Durante meses no escribió a Junín. Tenía miedo de confesar su derrota a su madre y a sus hermanas. Era demasiado duro para ella. Sobre todo, después de su primer viaje, que a ella se le antojó el comienzo del triunfo. De alguna manera lo había sido, sin embargo, aunque ella no se diera clara cuenta todavía. En realidad, había sido la demostración de su capacidad de obtener un objetivo preciso, de su habilidad para dominar la voluntad de un hombre. Eso era lo más valioso de aquel famoso viaje a Junín.

Lo concreto, en cambio de su situación presente, era la absoluta incertidumbre. No llegaban contratos. Ni se molestaba en buscarlos. Ya no quería hacer enojosas antesalas en las casas de los directores. Estaba desconcertada.

Juancito Duarte, por aquella época, venía a Buenos Aires periódicamente. Se estaba vinculando con el comercio de jabón. La encontraba en la pensión de Giovanne, y conversaban.

Generalmente Evita era parca en palabras, más que en el primer año de su estada en la Capital Federal. En cierto modo había comprendido que el camino de las ilusiones era mucho más duro que lo que había imaginado. Y aunque era capaz de mover la voluntad de los hombres, había descubierto que el trato con ellos no es tan fácil ni tan sencillo.

—¡Vas a triunfar! —la alentaba Juancito, seguro, totalmente seguro de su hermana. Tal vez tuviera él una seguridad mayor que la suya.

Evita callaba. A veces decía cosas que Juancito no quería oír porque no hablaban de triunfos, ciertamente. El

hermano callaba entonces, meneando la cabeza, como cuando se oyen los argumentos de un chico que trata de justificar una pena absurda.

—Haceme caso, "Flaca"... ¡Vas a triunfar!

Lo decía y ella se lo escuchaba decir con fe, sintiendo que las palabras de su hermano fiel ponían en juego en el fondo de su alma las últimas reservas. No había palabra de hombre que fuese más sincera que la de Juan, ni había nadie que la quisiera tanto. Ella lo sentía, y lo agradecía profundamente.

Cuando Juancito volvía a Junín, justificaba a su hermana, delante de toda la familia. Por más que se le porfiara y tratara de demostrársele lo contrario, sostenía la posición de Evita contra todo argumento y toda demostración.

—La "Flaca" alcanzará lo que quiere... Conoce a mucha gente influyente... Tiene relaciones...

—¿Relaciones?

—Sí. Relaciones. Como lo oís. Conoce a los hombres que manejan los títeres en Buenos Aires, y tarde o temprano se le presentará la oportunidad. La "Flaca" sabrá aprovecharla...

En esos mismos instantes, Evita comía su magro bife en la pensión del italiano, en la calle Victoria, sin sospechar que Juancito no se había equivocado, y que estaba cerca el día en que pisaría un escenario.

CAPÍTULO III

ECOS DE LA FARANDULA

Con calores prematuros, el verano desplazó a la primavera de noviembre de 1936. La temporada teatral de invierno había sido bastante buena, pero no lo suficiente como para que no se intentaran temporadas estivales, verdaderas *ayuda de costas* para muchos miembros de la familia teatral porteña, necesitados de recursos para sobrevivir hasta el próximo marzo o abril. Una de éstas fué organizada por Pablo Suero, sobre la base de una obra norteamericana que había tenido buena fortuna en ocasión de su estreno en Nueva York. Se trató de *Las Inocentes*, primer éxito de la escritora Lillian Hellman, y que había sido traducida por el propio director de la compañía, en colaboración con Francisco Madrid.

Encabezaban la compañía Gloria Ferrandiz, María Ester Podestá, Margarita Corona y Pablo Vicuña, y casi la totalidad del resto del extenso reparto de la obra —que se desarrollaba en un pensionado para señoritas de Estados Unidos— debía ser integrado por jovencitas. Esta circunstancia había hecho factible la elección de una comedia de tantos personajes para una temporada estival, pues desde un comienzo los promotores del espectáculo contaron con la posibilidad de contratar a actrices egresadas del último curso del Conservatorio Nacional, seguros de que sus exigen-

cias en materia de sueldo estarían limitadas por la oportunidad que se les ofrecía de iniciarse profesionalmente en las tablas. De tal manera, no habrían de ser ellas quienes recargaran la nómina.

A mediados de mes, las actrices y actores fueron reunidos en el escenario del *Teatro Corrientes* —ex *Nuevo*, y que ocupaba el solar en el que actualmente se construye el monumental *General San Martín*—, para proceder a dar lectura de la obra. Como es lógico suponer, era grande la agitación entre las jóvenes que se iniciaban en una carrera erizada de obstáculos, y en la que es tan duro lograr un nombre rutilante. Pero mucho más lo fué cuando el director comenzó a repartir los papeles. En ese momento, y en los comentarios posteriores, las sombras de una rivalidad tan propia de la profesión se infiltraron levemente en la camaradería amasada en muchos años de frecuentar las mismas aulas. Los personajes asignados a cada una, se midieron por plabras casi, pero el balance prematuro de posibilidades y oportunidades entrevistas, fué sorpresivamente interrumpido por algo en la que ninguno de ellas había reparado: faltaba asignar el papel de Catalina. ¿A quién se lo confiarían? Inmediatamente se barajaron nombres de compañeras que no habían sido elegidas, y no faltó quien, descontenta con el suyo, anunciara que hablaría a Suero para que se lo cambiara.

Al día siguiente se iniciaron los ensayos. Estaban reunidas las actrices en el escenario, cuando, con el retraso acostumbrado, comenzaron a llegar las primeras figuras. Por último, Suero avanzó por el pasillo de la sala, acompañado por una jovencita a la que nadie conocía. Cuando la presentó a la compañía, todos quedaron sorprendidos por el pobre aspecto de la debutante que haría el papel de Catalina: *Eva Durante*.

Eva Duarte tenía entonces 17 años, cumplidos siete

meses atrás. Era una de las más altas entre las jóvenes, pero delgada, pálida, con el cabello corto y descuidado. La mirada de sus ojos grandes, negros, profundos, desvanecían sus otros rasgos fisonómicos. Vestía un más que sencillo casi liso vestido de algodón azul, pobre pero impecablemente limpio y prolijamente planchado, que apenas si desmerecía del de la que iban a ser sus compañeras. Pero lo que sorprendió a éstas vivamente fueron las humildes y totalmente desusadas zapatillas vascas, cuyas cintas trepaban por el tobillo para anudarse sobre unas medias en cuya mezcla el algodón prevalecía visiblemente sobre la seda.

Para las egresadas del Conservatorio, adolescentes que provenían de hogares burgueses, el detalle del calzado —recuérdese que estamos en 1936, cuando aun las mujeres no usaban ni siquiera taco bajo —fué definitorio, en cuanto a la pobreza y, ¿por qué no?, la clase social de la nueva compañera. Un movimiento de simpatía las hizo deponer toda rivalidad, y acercarse a Eva, y este movimiento se acentuó cuando se iniciaron los ensayos y advirtieron la desesperada lucha que libraba contra su falta de cultura y preparación para el teatro. Esas zapatillas vascas anudadas sobre medias ordinarias, les había hecho intuir que era *Eva Durante* una de aquellas que pujan por trepar, desde la más baja condición económico-social hacia las alturas del estrellato, y no reparan en esfuerzos con tal de llegar. Y estas actitudes, en las que la ambición se entremezcla íntimamente con la necesidad, siempre despiertan simpatías y pocas veces suscitan temores. La desventaja inicial de quien la asume, no despierta rivalidad.

Pero Eva Duarte no era de las que gustan despertar compasiones. Y su actitud para con las compañeras, fué cortés pero fría. Estas habían *advertido* la diferencia, pero ella la había *sentido*, y muy hondamente. Estaba dispuesta a luchar sola, pues sabía que ninguna de las otras podría comprenderla. No se hacía ilusiones: el camino iba a ser duro, pero como le dijera a Juancito en uno de sus viajes a Junín, no permitiría que nada se interpusiera entre ella y el triunfo en cuanto se presentara la primera oportunidad. Y la primera oportunidad se le había presentado. . .

Ya en los primeros ensayos, resultaba conmovedor ver cómo la nerviosidad y el esfuerzo por superar la falta de preparación, le dificultaban lograr las más elementales inflexiones de voz. Fué necesario cortar algunos parlamentos de *Catalina* y hacer más simples otros. Los errores de la debutante eran muchas veces burdos; sin embargo, nunca suscitaron una broma o tan solo una sonrisa entre las restantes jóvenes que se iniciaban, que, entre ellas, en más de una oportunidad, se subrayaron con mutuas bromas distintos detalles reveladores de impericia. En realidad, a medida que transcurrían los días de ensayo, fueron dejándose ganar por una impresión indefinida, pero no por ello menos fuerte, que emanaba de la personalidad de Eva. Su reserva, esa tristeza —tristeza sin languideces, por cierto— que envolvía a su persona, a sus gestos, a su esfuerzo, a todo cuanto hacía, en fin, la pobreza de su atuendo, su soledad, todo contribuía a hacer de la adolescente prematuramente madura, un ser aparte en el grupo de debutantes de aquella temporada, que les imponía cierto respeto y las obligaba a una consideración que no se guardaban entre ellas.

Estrenada la obra, se sucedieron las representaciones sin pena ni gloria. *Las Inocentes* no alcanzó a ser un éxito pero tampoco fracasó. Cubrió el cartel unas cuantas semanas y, pasadas las fiestas de fin de año, la compañía se trasladó a Montevideo para ofrecer unas cuantas representaciones en el "18 de Julio".

El breve viaje planteó una nueva diferencia entre Eva y sus jóvenes camaradas, pues mientras éstas fueron acompañadas por sus madres, alguna hermana mayor o una tía,

Eva Durante fué sola a Montevideo. Pero la gira no la acercó más a las otras jóvenes. Por el contrario, desde el día del arribo a la capital uruguaya, las debutantes sólo vieron a Eva en los camarines o en el escenario, pues hasta en el hotel le había sido asignada una pieza sola para ella.

Desde luego, las acompañantes de las actrices no veían con buenos ojos a Eva, aun cuando hasta ese momento, en honor a la verdad, no les hubiese dado mayores motivos para el comentario. Pero un buen día, cuatro o cinco después del debut en Montevideo, *la solitaria,* como le decían en la compañía, dejó mudos de sorpresa a todos. Una buena hora antes de la fijada para el comienzo de la función de la tarde, Eva hizo su aparición en los camarines totalmente transformada. El vestidito azul había sido reemplazado por un *imprimé,* quizá de gusto un poco chillón, pero que no por eso dejaba de ser seda, medias de fina malla, zapatos a la última moda, comprados en la zapatería de moda de Montevideo; una ostentosa cartera de charol, y amplio sombrero de paja, de esos que siempre fueron de su gusto.

Indudablemente, Eva se había propuesto presentarse en el teatro con la más absoluta naturalidad, como si nada hubiera pasado. Y así lo logró al principio, inclusive cuando comenzó a desvestirse y sus compañeras vieron su nueva ropa interior, tan diferente de la que llevara los días anteriores. Pero las jóvenes se dieron cuenta del juego, y aunque estaban atónitas por el cambio, simularon no advertirlo. Pero Eva lo había calculado todo, incluso esta posible reacción, y de acuerdo con sus planes previos, poco antes de que llamaran a escena, el portero del teatro golpeó con sus nudillos la puerta del camarín.

—Para *Eva Durante* — dijo lacónicamente, al tiempo que hacía pasar por la puerta entreabierta, un ramo de flores por demás ostentoso.

La impresión fué excesiva para todas. Cada una de

ellas se imaginaba como Eva había conseguido esas ropas lujosas y el ramo de flores. Pero debe tenerse presente que se iniciaban en una carrera donde los ramos de flores constituyen un rito propio de la liturgia del éxito. Y fuere cual fuere el origen de ese ramo, y aunque no fuera para ellas, era el primero que veían llegar al camarín que ocupaban. Y todas rodearon a la agasajada, alborozadamente, y ésta salió de su mutismo y comenzó a exhibir sus nuevas adquisiciones. Entretanto, junto al espejo, había quedado la tarjeta del admirador uruguayo que había enviado las flores a Eva.

[A partir de este momento, y por el resto del tiempo que trabajaron juntas, Eva cambió fundamentalmente en su modo de ser. Para ella el éxito en el teatro, implicaba la admiración de los otros, las joyas, los lujos, y esta meta se confundía en el espíritu de la adolescente para quien la vida había sido dura y mezquina, con la excelencia dramática. Y su cambio sobrevino en cuanto se sintió abandonada por el complejo de inferioridad que sentía ante sus compañeras, más afortunadas en la vida, y que habían alcanzado una preparación académica para la profesión. Había logrado su primer triunfo en lo que para ella era *el teatro.* Entonces, las jóvenes actrices de la compañía que dirigía Pablo Suero, conocieron a una *Eva Durante* más comunicativa y menos triste; a una chica que había dejado de reprimirse y se mostraba frecuentemente zafada, aun cuando no grosera. A una *Eva Durante* más predispuesta a ser amiga de ellas. Pero las mamás, las hermanas y tías no estaban muy de acuerdo con que las niñas a su cuidado estrecharan vínculos con *la solitaria,* que había dejado de serlo.]

En los años posteriores, la vida de Eva Duarte en Buenos Aires sufrió una ligera alteración. Ahora, de vez en cuando, conseguía ganar unos pesos en el teatro, pesos que

apenas alcanzaban para andar un poco mejor vestida que antes, pero nada más.

De regreso a Buenos Aires logró que la contrataran para una temporada al aire libre que dirigió Alberto Vaccarezza en la Sociedad Rural de Palermo, cien pesos mensuales de sueldo. Representaban *La Fiesta de Juan Manuel*, que firmaba el popular sainetero, y la participación de Eva en el espectáculo se redujo a una figuración muda y a su intervención en el minué federal que se bailaba en uno de los cuadros. Esto fué en el verano de 1937; durante la temporada de invierno no logró contrato alguno, y recién a fines de año consiguió un pequeño papel en el teatro *San Martín*, donde una compañía integrada por figuras que en ese entonces no habían alcanzado mucha notoriedad, estrenó *El Hombre que Mordió al Perro*, de León Mirlás.

Por ese entonces conoció al empresario del *Liceo*, don Rafael Firtuoso, quien le demostró simpatía. Así en la temporada de 1938, cuando aquél organizó a la compañía encabezada por Pierina Dealessi, la incluyó en el elenco y le distribuyó un pequeño papel en la obra *La Gallina Clueca*, que obtuvo mucho éxito. Eva Duarte se sintió más segura, pero también más ambiciosa. La primera dama joven del *Liceo* era la actriz Nelly Ayllon, que también gozaba de la simpatía del empresario. El roce fué inevitable, y de nada valió a Eva la protección de la veterana Pierina Dealessi ante la furia de Nelly.

Un día, esta última estimó que las provocaciones más o menos veladas y los sarcasmos de Eva, se habían hecho intolerables, y fué decidida a su camarín y se dió el gusto de pegarle unas cuantas cachetadas. Como es de suponer, los comentarios del hecho circularon por el ambiente corregidos y aumentados, como es de rigor. Pero la divulgación no fué promovida porque *Eva Durante* hubiera sido una de las protagonistas, pues si poco se la conocía, se la tenía

menos en cuenta. Pero no ocurría lo mismo en cuanto a Nelly Ayllon, que por ese entonces se venía destacando y prometía una carrera bastante notoria. Esta circunstancia hizo sufrir mucho a Eva, y no la compensaba ni tan siquiera el hecho de que en definitiva había resultado victoriosa, pues el empresario demostró haber perdido su simpatía por Nelly y no son con respecto a Eva, que al contrario, logró acrecentar ese sentimiento hacia ella por parte de don Rafael.

Al año siguiente, o sea en 1939, Pierina Dealessi influyó para que Eva fuera contratada por la empresa que se había hecho cargo de la temporada principal en el Boedo, con el propósito de representar varias obras del repertorio popular. Tenía entonces 20 años, y la carrera teatral para la que, indudablemente, carecía de condiciones, no le había deparado otra cosa que amistades. El sueldo era muy bajo —120 pesos mensuales—, y no le alcanzaba para nada, y a pesar de que tenía amistad íntima con *un influyente*, el entonces diputado radical Ernesto Sanmartino, pasaba por una mala época económica.

Entre la sección de la tarde y la de la noche, le faltó a Eva muchas veces el dinero necesario como para comer en algún restorán de barrio. En algunas oportunidades, recurría a su amiga Pierina, y en otras, al traspunte Di Tomaso, del cual también se había hecho muy amiga, quien salía por el barrio a buscar algo que comer, y lo compartía con Eva en el camarín.

Eva Duarte no fué generosa con este hombre cuando llegó la fulgurante hora de su triunfo. Quizás, en un esfuerzo por olvidar horas de miseria, olvidó también al muchacho humilde que tantas veces y con tantos esfuerzos la ayudara entonces. Lo cierto es que en oportunidad de la visita que efectuara —ya *todopoderosa*— a un teatro, encontró a Di Tomaso. Lo saludó con mucha cordialidad, y

le pidió que la fuera a ver a su despacho. El ex traspunte, que entonces se encontraba sin trabajo, la fué a ver, y Eva le hizo dar un puesto en Correos y Telecomunicaciones, con 400 pesos mensuales de sueldo...

A mediados de año se organizó una compañía puesta bajo la dirección de Armando Discépolo, para montar en el Politeama *La Nueva Colonia*, de Pirandello. Por intermedio de la primera figura del conjunto, la actriz Milagros de la Vega, Eva logró que se le asignara un papel de mínima importancia en el reparto de la obra. Era muy simple su parte, y no la hizo del todo mal, pues algo había aprendido en los últimos años. Esta circunstancia la alentó algo pero, paradójicamente, fué ésta la última vez que tuvo oportunidad de integrar alguna compañía importante en Buenos Aires.

Su actuación teatral terminó definitivamente en los años 1940 y 1941, durante cuyo transcurso consiguió algunos papelitos en conjuntos organizados para realizar giras por el interior del país. En esos tiempos era su protector el viejo actor José Franco, quien con Pepita Muñoz y Eloy Alvarez encabezaban una de esas compañías, oportunidad en la que trabó Eva íntima amistad con el actor Borrás, quien la ayudó a vivir.

Paralelamente a sus breves y poco importantes actuaciones en el teatro, los amigos de Eva Duarte lograron abrirle las puertas de las radios. Pero, primero, sólo tuvo acceso a las de menor importancia, e inclusive en alguna de ellas, su labor de actriz de radioteatro le era pagada por cierta cantidad del mismo producto que anunciaban, que ella debía vender luego en los comercios minoristas para transformarlo en dinero. Cierto es que su trabajo era de escasa monta, pero también que poco era lo que rendían las cajas de jabones, de hojitas de afeitar y las latas de aceite de marca poco divulgada. Sin lugar a dudas, sus protectores

de esa época, algunos de los cuales tenían gran influencia en el mundo radiotelefónico, se esforzaban poco por retribuir la amistad de Eva. Pero ella *iba* tirando, como le decía a su hermano, cada vez que conversaba con éste sobre el presente y el futuro de su carrera hacia el éxito.

Ir tirando implicaba para Eva, recorrer zigzagueando un camino duro, difícil, que la obligaba a echar mano a cuanto recurso le proporcionaba su juventud y su buena presencia. Eva era *una chica bonita*, y chicas bonitas necesitó una firma dedicada a la fabricación de golosinas masticables, para promover mayores ventas.

Eva fué empleada, y su tarea consistió en caminar por el centro de la ciudad, junto con otras chicas de su edad, tan atractivas como ella, ataviadas con llamativos vestidos iguales. De una cinta colgaba una bandeja de madera, llena de masticables, que las chicas debían obsequiar a los hombres, fuera en Florida o en Santa Fe, o en otras calles de gran movimiento.

Durante estos años se vinculó con muchachos de la sociedad porteña, que la adentraron en un mundo que aun no conocía. Por ese entonces triunfaban las primeras *boites*, entre ellas, la más lujosa que era *Embassy*. Eva la frecuentaba muy bien vestida y con algunas alhajas aunque no de mucho valor. Y estas luces y oropeles deslumbraban a esta chica imaginativa, que había amasado los años de su juventud con penurias, privaciones, y deseos insatisfechos.

Muchas madrugadas se la vió en el *Tropezón*, otras en el fantástico *Fantasio*, recién inaugurado en Olivos. Muchos eran los que la conocían, pero muchos también los que sabían de sus tristezas y sus desazones. Era una amarga popularidad que no la halagaba, pero tampoco le importaba. Eva no había recibido una gran cultura, y escaso era su poder discriminatorio, y con las pobres armas de que disponía buscaba tenazmente lo que para ella era el triunfo, sin

desechar los caminos que otros podrían considerar equivocados.

Uno de estos caminos la llevó hasta el estudio de un fotógrafo de prácticas no muy honestas, quien le pagó unos pocos pesos que ella necesitaba imperiosamente, para que posara para unas postales. Este episodio dió lugar — cuando años más tarde Eva Duarte se encontraba en el apogeo de su triunfo— a que alguno de quienes la rodeaban y no siempre aconsejaban bien, la indujera a cometer una injusticia. Con el propósito de mostrarse más papista que el Papa o, en este caso, más peronista que Perón, uno de estos figurones, que se mantenía en altas posiciones gracias a la excelencia de sus dotes obsecuentes, le insinuó que dichas placas habían caído en manos de miembros de la Sociedad Rural, quienes habían hecho imprimir gran cantidad de ellas y las hacían circular de mano en mano, subrepticiamente.

Eva se enfureció, y volcó todo su poderío contra la citada institución agrícolo-ganadera, y si no llegó a la destrucción total de la misma, fué gracias a la intervención de la policía que puso en duda la veracidad de la información que habían deslizado al oído de la señora de Perón. Posteriormente se logró confiscar casi la totalidad de las postales y las placas, y comprobar que quien había hecho las reproducciones era un aprovechado comerciante italiano, que alcanzó a huir del país antes de que lo apresaran.

Volviendo a los años inmediatamente anteriores a la revolución de junio de 1943, podemos afirmar que la vida de Eva Duarte fué la que definen los episodios relatados, y que hemos considerado como más característicos de esta mujer, que luchaba escasamente ayudada por la suerte, pero sin ceder un palmo en sus ambiciones o anhelos.

Pero al promediar el año 1942, Eva comenzó a trabajar regularmente en las compañías de radioteatro, inte-

grando como elemento estable la compañía de Radio *El Mundo*. Los papeles eran pequeños y el sueldo estaba en consonancia con ellos, pero, por primesa vez en su vida, supo de la seguridad de contar todos los fines de mes con una cantidad fija. Tomó con mucho entusiasmo este trabajo, y dirigió todos sus esfuerzos a lograr una mejora apreciable valiéndose de sus vinculaciones. Sin embargo, no le fué fácil lograr una pequeña mejora en su estipendio, y cuando llegó 1943, y la revolución de junio de ese año, no era mucho lo que había conseguido.

Producido el levantamiento militar, y ya en pleno gobierno del general Pablo Ramírez, Eva se vinculó con militares, los cuales la invitaban a fiestas íntimas y a paseos en automóvil y otros programas. De tal manera conoció al coronel Imbert, que por ese entonces era Director de Correos y Telégrafos, repartición a cuyo cargo estaba el control de las estaciones de radiotelefonía. Evita trabó una estrecha vinculación con este militar que tanta influencia podía tener en su carrera.

Efectivamente, a las pocas semanas la dirección de la *broadcasting* había conseguido para Evita el anunciador que se hiciera cargo de un programa de radioteatro, a cargo de una compañía encabezada por Eva Duarte, o sea, la ex actriz de teatro *Eva Durante*. Se presentó un problema, constituído por la falta de una media hora disponible por la tarde o la noche, y debió recurrirse a la mañana. Así, la radionovela se irradió a las 11, y durante su preparación y desarrollo, Eva comenzó a hacer sentir ante la dirección de la radio y sus compañeros, el carácter imperioso que había de mostrar plenamente con posterioridad.

En febrero de 1944 se produjo el terremoto que asoló a la ciudad de San Juan, conmoviendo hondamente a todo el país.

En la Capital Federal, todos rivalizaron en organizar

actos en beneficio de las víctimas del mismo. Lógicamente, éstos y las colectas se sucedieron, y la oportunidad no fué desaprovechada por el entonces Secretario de Trabajo y Previsión del gobierno revolucionario, coronel Juan Perón, para derivar de la conmoción nacional consecuencias favorables para sus ambiciones. Fué él quien apoyó calurosamente la idea de realizar en el Luna Park un festival monstruo, encauzando en él los fervorosos anhelos de todos los artistas argentinos, de contribuir con su actuación a reunir fondos con los fines previstos. Evita vió en este acto una oportunidad para mezclarse con las figuras estelares, y no cejó hasta lograr que su amigo le consiguiera autorización para participar en el festival.

Se dijo que en esa oportunidad había conocido al coronel Perón, y que fué presentada al mismo por el coronel Imbert. Es posible que así fuera, pero de cualquier manera, lo cierto es que donde intimó con quien habría de ser su esposo, fué en ocasión de una pequeña fiesta dada por el director de Correos y Telegráfos en su departamento. Rápidamente la amistad se fortaleció por lazos muy estrechos, pero no sin antes que Evita debiera luchar para eliminar de la vida de su joven amigo a otra joven.

Eva Duarte y Perón, fueron a vivir al departamento de la calle Posadas, y la notoriedad de él ya era lo suficientemente grande como para que esta relación se divulgara rápidamente en los medios políticos argentinos y, muy especialmente, entre los miembros del ejército. Desde luego que desde un comienzo, el carácter decidido de Eva dió lugar a muchas anécdotas más o menos risueñas que circularon de boca en boca. Pero a los oficiales revolucionarios no hacía nada de gracia esta notoriedad que alcanzaban los amoríos de la figura monitora de la revolución y mucho menos la ingerencia que, según las malas lenguas, tenía ella en las cuestiones de Estado. Entendían que estos hechos desprestigiaban a Perón, y el G.O.U. (Grupo de Oficiales Unidos) decidió encarar al coronel e insinuarle la necesidad de una separación.

El hecho se produjo en la estación Retiro, en oportunidad de iniciar Perón una gira por el interior del país. Numerosos oficiales fueron a despedirlo, y momentos antes de la partida del tren, dos coroneles se apersonaron al Secretario de Trabajo y Previsión y le presentaron la cuestión. La discusión se planteó en términos bastantes amables, circunstancia que no impidió en cierto momento se llegara a cierta tirantez disimulada.

—La gente está dando demasiada importancia a esta mujer —dijo el oficial a Perón—. Es una artista vulgar con un pasado bastante turbio, y no le hace mucho favor al ejército el hecho de que su nombre, coronel, esté asociado al de ella. Se está hablando mucho. . .

Perón rompió el dramatismo de la situación con una carcajada un poco forzada, y dijo, en un intento de tomar la cosa a la broma:

—Pero si no es más que una diversión. . . Por otra parte, sería mucho peor para el ejército que mi nombre estuviera asociado al de un actor. . .

Los oficiales presentes rieron, aunque sin muchas ganas, y en ese momento sonó estridente el pito de la locomotora, anunciando la inminencia de la partida, que ya estaba demorada, y el asunto quedó en la nada.

En cuanto a ella, prosiguió su vida en común con Perón, al tiempo que progresaba fabulosamente en su carrera radial. El apoyo oficial le daba una autoridad decisiva en la *Radio Belgrano*, en la que en ese entonces se había impuesto como figura principal de una audición destinada a exaltar a mujeres famosas de la historia, con libretos escritos por el periodista Muñoz Aspiri.

Pero la vida profesional no le deparaba momentos de

cordialidad entre sus compañeros, recelosos de su imposición autoritaria. Le hacían un notable vacío y no le demostraban ningún afecto ni se manifestaban admirados por su trabajo. Inútiles fueron sus intentos de doblegar esta actitud, haciéndose enviar flores, imponiendo la presencia del coronel Perón en el auditorio en el que trabajaba, o manejando al alto funcionario de Radiocomunicaciones, señor Nicolini, todopoderoso señor en los ambientes radiales, como si fueran un hombre puesto a su disposición para facilitar las cosas, y quien debía estar atento a sus menores deseos o para hacer valer sus imposiciones en *Radio Belgrano*.

Sin embargo, nada consiguió. Desde el director hasta el portero, todos toleraban sus aires y su autoritarismo, con el gesto de quien lo aguanta por que no le queda más remedio. Esto mortificaba a Eva, que anhelaba por sobre todas las cosas sentirse admirada y respetada. Era una lógica ambición en quien poseía mayor cultura y tantas veces se había visto obligada a humillarse. Pero ella no pensaba en esto y la irritaba la actitud de todos.

Una noche, regresó a su departamento, luego de la audición, y encontró a Perón leyendo en el *living*, y descargó su rabia sobre su amigo, enrostrándole que no hubiera ido a buscarla a los estudios. El coronel le respondió, sin hacer caso de la actitud de Eva, que no había podido ir por haber estado ocupado hasta tarde. Pero la respuesta sonriente de éste irritó aún más a Eva, que se dirigió a su dormitorio dando un violento portazo. Y al llegar, descubrió sobre la cama, cuidadosamente desplegada, una magnífica capa de armiño.

A su sorpresa siguió una inmensa alegría que ahogó todos sus pesares.

—¡Oh! —exclamó, y casi en seguida advirtió la presencia de Perón tras ella—. ¿A qué santo deberé esto?

—¡A San Juan, *negra*! ¡A San Juan!

Aquí conviene recordar que el administrador de la multimillonaria colecta para las víctimas y reconstrucción de San Juan, era precisamente el coronel Perón...

El gobierno del general Farrell que, en puridad de verdad, era ejercido por Perón, provocaba hondo descontento en la sufrida y trabajadora clase media argentina, incluídos en ella los obreros especializados. Esta clase media veía cómo era pauperizada lentamente por las medidas que adoptaba Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, en beneficio de la masa de trabajadores no especializados, es decir gente que hoy trabaja en una cosa y mañana en otra pero, que individualmente, comportan una mayoría. La democracia de Perón se hacía a costas de esa clase media que se mostraba descontenta y molesta. Por otra parte, muchas medidas de gobierno comportaban verdaderas arbitrariedades, y los auténticos oligarcas —no los que poseen apellidos más o menos notorios en la alta sociedad, sino los grandes industriales y comerciantes de viejo y nuevo cuño, estaban en el mejor de los mundos, pues nunca habían ganado tanto dinero como en esos años finales de la postguerra, evidentemente favorecidos por medidas económicas adoptadas por el gobierno, aun cuando todavía no se hubiera entrado de lleno en la época de los grandes negociados.

En las filas de la oficialidad del ejército, se veía con evidente irritación este estado de cosas; y como la presión civil era cada vez más grande, se llegó al 9 de octubre de 1945 en que la situación hizo crisis.

Un grupo de altos oficiales se apersonó a Perón, y dispuesto a terminar con él y con todo lo que él significaba, le exigieron que presentara la renuncia. El futuro dictador no tuvo la presencia de ánimo para resistir al firme requerimiento de sus camaradas, y firmó el papel que le presentaron. De inmediato, se consideró en peligro, y, rápidamen-

te, se dirigió a su domicilio en la calle Posadas. Allí se despojó de su uniforme, y, vistiendo ropas civiles, huyó a esconderse en una de las islas del Delta.

Evita, recriminándole acremente su actitud, lo siguió hasta el escondite elegido. Los ofiicales del G. O. U. tomaron las riendas del gobierno, respaldando a Farrell. El golpe de estado había sido consumado, y en el clima tenso de Buenos Aires se produjeron algunos días de respiro. Se abrieron las puertas de las cárceles y salieron en libertad centenares de presos políticos; los diarios comenzaron a hablar con más libertad, y manifestaciones recorrían las calles de la ciudad loando jubilosamente a la libertad .

A todo esto, se inició la persecución de Perón por las islas del Tigre, y el coronel comenzó a manifestar su ansioso anhelo de que se lo dejara trasladar al Uruguay.

—¡Quieren matarme! — exclamaba—. Son unos cobardes que me amenazaron con matarme y me obligaron a firmar la renuncia. ¡Ya la tienen! ¿Ahora qué quieren de mí?

Evita se enfurecía y le enrostraba su cobardía. En la noche del 11 de octubre fué encontrado por una patrulla policial que llevaba órdenes del vicealmirante Vernengo Lima de detenerlo. El terror de Perón fué indescriptible cuando se vió perdido.

—¡Me han entregado! ¡Me han entregado y ahora quieren matarme!

Pero Eva Duarte no había perddo su valor, y había sido aleccionada por el coronel Mercante y los dos o tres militares que permanecían fieles al coronel, para que lo sostuviera, pues había indicios de que las cosas podían arreglarse en Buenos Aires.

—¡No seas imbécil! ¡Marica! No te van a hacer nada... ¡Portate como un hombre alguna vez en la vida!

—¡No me abandones, Eva! ¡Me van a matar en el camino! ¡Todos me abandonan!

Pero Eva le pegó un empujón, y lo metió en el auto con los policías.

Perón fué llevado hasta la cañonera *Independencia*, y a bordo de esta nave de guerra conducido hasta la isla Martín García. En todo momento se lo trató con suma consideración. Los oficiales de la armada que tuvieron contacto con él durante esos días, estaban impresionados del miedo cerval de quien tantas veces había alardeado de fuerte, y se compadecieron de su prisionero. Inclusive, uno de ellos aceptó el pedido de Perón de que durmiera con él, por cuanto tenía temor a la noche. Se le debieron suministrar calmantes.

Entre el 12 y el 17 de octubre se organizan los levantamientos populares que impresionan a los jefes del G. O. U., y la presión ante Farrel se va haciendo cada vez más intensa. Así, gracias a la actividad incansable y decidida de Cipriano Reyes, principalmente, y del coronel Mercante, se logra convencer a último momento a los dirigentes de la C. G. T. para que apoyen el movimiento de los obreros de la carne. Farrel cede completamente, y Perón es traído nuevamente a Buenos Aires, e internado en el Hospital Militar, ante sus manifestaciones de que estaba enfermo. Pero su terror prosigue, y nuevamente Eva debe imponerse ante su amigo, para infundirle valor y decidirlo a que vaya a la Casa de Gobierno y aparezca en sus balcones. Se cuenta que hasta debió vestirlo, violentando a Perón que insistía que se trataba de una confabulación para matarlo.

Puede afirmarse, sin temor a exagerar, que, de hecho, Eva Duarte lo llevó a empujones hasta el balcón de la Casa Rosada, el 17 de octubre de 1945. Aunque parezca mentira, Eva Duarte, esa mujer luchadora para quien tan dura fué la vida y nunca desesperó, hizo el más funesto dictador

que ha padecido el país; el único que fué capaz de destruirlo casi completamente. Sin ella, Perón no hubiera llegado al gobierno y la historia argentina hubiera sido diferente. Y la fuerza motora de Eva, fué su ambición y su deseo de servir al pueblo, conceptos ambos disímiles, pero que en su mente poco cultivada se confundían. Así puso todo el fuego de su pasión de luchadora al servicio de una causa injusta, de la que habría de arrepentirse poco antes de morir. Exaltó al hombre que la destruyó a ella y tanto daño causó a ese pueblo que decía adorar en público, y del que renegaba en privado, afirmando más de una vez, en la residencia presidencial:

—¡Estos *negros* de mierda me tienen harto!

Porque Perón, como todos los dictadores que del mundo ha habido, sólo sirvió a una causa: la de él...

CAPÍTULO IV

EVA DUARTE Y LOS COLABORADORES DE PERON

Durante la campaña para las elecciones presidenciales, fué notoria la ingerencia de Eva en la actividad política de su esposo. Indiscutiblemente, el hecho de que Perón hubiera mostrado ante ella toda su cobardía y, también, la circunstancia de que hubiera sido ella la que lo sostuvo en sus momentos de debilidad, le dieron una autoridad indiscutible sobre él.

Pero Perón era lo suficientemente astuto como para comprender cuál era la realidad de su situación ante los testigos de su flaqueza. Así, a todos aquellos que presenciaron sus lloriqueos y lamentaciones en los días de octubre, los fué anulando o encarcelando. En cuanto a ella, comprendió que en su misma pasión había una fuerza que él debía poner al servicio de su egolatría sin límites. Y así lo hizo desde el principio.

De tal manera, la influencia de Eva en los círculos políticos peronistas, antes del 4 de junio de 1946, y en las esferas del gobierno después de esa fecha, fué inmensa.

Pero Eva, carecía de la formación necesaria como para asimilar tanto poder como tuvo. De allí que fuera arbitraria, y que constantemente necesitara de la adulación o de la obediencia sin límites. También es justo reconocer en este aspecto, que su culpabilidad se ve limitada por el hecho

de que tanto Perón como quienes lo rodeaban, personas que en general estaban más capacitadas para la función de gobierno no la ayudaran a ver claro y a comprender que sus procedimientos autoritarios e irrazonablemente politiqueros la transformaban en un instrumento de la funesta acción de Perón.

[En la mentalidad de Eva se formó un complejo integrado por dos elementos fundamentales: uno, esa pasión por la causa del pueblo —que como ya hemos dicho, a pesar de ella, se confundía con sus propias y personales ambiciones y reivindicaciones—; y el otro, el concepto de que cuantos colaboraban con el gobierno, fueran ministros militares, o altos funcionarios, eran sirvientes y no servidores.] Muchos de los afectados por esta irrazonable posición, se mostraron dignos y resistieron con mejor o peor fortuna a sus dictados; los otros, en cambio, la fortalecieron en su equívoco, con la adulación, buscando hacer de ella un instrumento de sus ambiciones.

En ocasión de prestar juramento el ministro de Relaciones Exteriores y Culto, doctor Paz, se produjo un episodio que habla claramente. Luego de la ceremonia de estilo, Eva, algunos ministros y altos funcionarios y el propio doctor Paz pasaron a un saloncito de la Casa de Gobierno. Eva tomó asiento en un sillón, junto al nuevo secretario de Estado, y otros colegas de éste se ubicaron en sillas contiguas o bien, quedaron de pie. Casi inmediatamente de iniciada la conversación de ella y el doctor Paz, se hizo presente un ordenanza llevando una bandeja con el servicio de café, ofreciendo la primera taza a la señora de Perón.

—No... No quiero —rechazó ella, no muy firmemente, pues evidentemente ya había pensado en aprovechar la circunstancia para mostrar al doctor Paz su dominio sobre los ministros.

El ordenanza sirvió a las otras personas presentes, y

se retiró con la bandeja, mientras Paz explicaba algo a Eva. Esta se aseguró bien de que el servidor había salido de la habitación, y rápidamente, pero actuando con toda naturalidad, interrumpió al canciller y, dirigiéndose a uno de los ministros presentes, dijo con un mohín gracioso.

—Perdón, un momento, doctor... Ahora me dieron ganas de tomar café... Che, *conejito*, traeme uno, querés...

El doctor Paz quedó atónito, al ver que su colega, al cual se había dirigido la señora de Perón, mostraba una sonrisa obsequiosa y se avalanzaba sobre la puerta para alcanzar al ordenanza. Casi enseguida reapareció trayendo el pocillo pedido, que alcanzó a Eva, quien ni siquiera se molestó en agradecérselo, y prosiguió conversando con el doctor Paz.

Siempre en el mismo orden de cosas, nos referiremos a otro episodio bien demostrativo. Cámpora, Apold, Mendé y Nicolini integraban, dentro del gobierno, un grupo aparte y más o menos unido. Los cuatro, habían tendido un cerco en torno a la señora de Perón, con miras a protegerse mutuamente por si alguno de ellos caía en desgracia y, al mismo tiempo, actuar conjuntamente cuando se hacía necesario *liquidar* a algún competidor que mostrara intenciones de ganarse los favores de ella.

Su procedimiento era sencillo. Si alguno de ellos caía en desgracia con Perón, los restantes presionaban sobre ella, de acuerdo a un plan preconcebido por los cuatro. La acción, de acuerdo con la psicología de Eva, debía hacerse en forma separada aun cuando la finalidad fuera la misma.

Ocurrió que Apold, en una oportunidad, desató la furia de Perón, a raíz de una actitud poco feliz con respecto a los militares. Su situación era muy frágil, e inclusive trascendió a la calle que renunciaría de un momento a otro. Esta fué una de las oportunidades en que la hermandad ensayó su sistema. El primero en comparecer en el

despacho de la señora fué Cámpora, por supuesto que con algún otro pretexto. En medio de la conversación, y como al pasar, el entonces presidente de la Cámara de Diputados se refirió a la situación de Apold, y se lamentó de la misma. Sin disculparlo abiertamente, expresó su punto de vista de que era sin duda éste un triunfo de los enemigos se Eva, que se habían lanzado contra uno de *sus hombres*, por no poder hacerlo contra ella misma.

Después, compareció en la misma forma Mendé, y también con mucha suavidad y tacto, expuso su punto de vista sobre el caso Apold, totalmente distinto del de Cámpora, pero que en definitiva evidenciaba que el subsecretario de Informaciones y Prensa era víctima de su amistad con Eva.

Cuando le tocó el turno a Nicolini, fué ella la que sacó a relucir la cuestión, mostrándose ya apasionada por la actitud de los *enemigos*. Nicolini, que sabía desempeñar bien su papel, la calmó y le rogó que fuera prudente. Según su modo de ver las cosas, la situación de Apold no tenía remedio y, por lo tanto, nada se ganaría conque ella actuara decididamente en su defensa.

—Es un triunfo de los *enemigos* que tenemos entre nuestros propios amigos, señora, pero ya no hay nada que hacer... Nosotros hemos ganado muchas veces; algún poroto tendrían que apuntarse ellos.

Por supuesto que sabían los cuatro cómo reaccionaria el espíritu indomable de lucha de Eva, ante una aceptación de la derrota como ésta. Y así fué cómo la indujeron a que se jugara ante Perón por defender a Apold, que fué salvado...

El *caso Gay* fué otro de los que decidió por sí la señora de Perón. Cuando en la Cámara de Diputados se trató el proyecto de ley por el cual se creaba la Caja de Jubilaciones para los Trabajadores de la Industria, un re-

presentante de la oposición declaró su preocupación ante el artículo por el cual se establecía que el importe de todo aumento de sueldo correspondiente al primer mes, que como ocurre con otras leyes es destinado a engrosar los fondos de la caja, en este caso sería destinado a las arcas de la Confederación de Empleados de Comercio. En esa oportunidad el diputado Argaña, entonces secretario de la mencionada Confederación, hizo la defensa del artículo de marras, y se le ocurrió la peregrina idea de afirmar que por ese medio ya habían ingresado a la Confederación cuatro millones de pesos.

Los diputados peronistas, representantes de otros sindicatos oyeron con sorpresa al colega, y pusieron el grito en el cielo. Y la primera reacción fué la de solicitar el derecho de que sus gremios compartieran tan abultado beneficio; que a sus sindicatos también les tocara algo. Fué necesario conformarlos. La ley aprobada en definitiva estableció que el importe de los aumentos de sueldo de referencia serían distribuídos entre todos los sindicatos de industrias adheridos a la Confederación General del Trabajo.

Así se llegó al momento de distribuir las partes. Los sindicatos fueron presionados para que firmaran un recibo que testimoniara haber *recibido* lo que no habían recibido, pues la realidad de las cosas es que no se efectuó la distribución prescripta legalmente. Hubo secretarios de sindicatos que firmaron el recibo, pero también hubo quienes se opusieron terminantemente. Y hubo igualmente quienes fueron en consulta ante el secretario de la C.G.T., señor Gay, quien les recomendó que de ninguna manera firmaran los recibos como se les exigía.

Gay había incurrido en abierta rebelión, pues no ignoraba que la orden de exigir las firmas de los recibos

emanó directamente de la señora de Perón. De inmediato fué llamado a comparecer en el *despacho de la señora.*

—Señora, —trató de explicar el dirigente—, ese dinero debe ser contabilizado de alguna manera, y es imposible contabilizar lo que no se ha recibido...

Eva se enfureció, y cortó de raíz las explicaciones de Gay.

—¡Hemos terminado, señor Gay!

Y, efectivamente, habían terminado con Gay. Poco después, con motivo de la visita que hicieron al país delegados obreros norteamericanos, se acusó a Gay de haber comentado con los huéspedes que Perón trataba de dominar y apoderarse de los gremios. Y Gay, uno de los más decididos forjadores de Perón, fué echado...

En uso del poder, Eva se erigió en dominadora de los ambientes artísticos. En este sentido, su acción predominante fué guiada por antiguos rencores y celos, pero al juzgarla en este sentido, y aun cuando no se la pueda justificar, por lo menos se la puede explicar. En otras partes de este libro hemos visto lo dura que fué la vida de esta mujer que a los 16 años comenzó a recorrer la senda de la ilusión. Hubo compañeras que tuvieron pena de ella, y se compadecieron de su esfuerzo. Otros, adoptaron ante ella la actitud que adopta generalmente en una profesión, el dotado con el que no lo está. Eva no sabía que el teatro exige mucho más que la sola voluntad de triunfar; que es una carrera para la que se deben tener condiciones. Pero tampoco nadie se lo explicó.

Desde su despacho en el Ministerio de Trabajo y Previsión, manejaba a actores y actrices; hacía y deshacía glorias; brindaba, retaceaba y quitaba posibilidades. Y nadie podía hacer más que resignarse a su suerte. Sus enemigas personales, Libertad Lamarque y Niní Marshall, fueron las primeras víctimas, y debieron expatriarse para

poder proseguir su carrera. Luego, poco a poco, se fueron integrando largas listas de los prohibidos, que, en el lenguaje al uso de la época se los clasificaba con un somero y escueto *no corre*. Parte de los interdictos debieron buscar los medios de lograr el perdón, y así pudieron trabajar. Otros, como ya hemos dicho, dejaron el país.

Paralelamente, surgieron sorpresivamente a la fama otras figuras, generalmente mediocres, a las que se ofreció toda suerte de oportunidades para acaparar el favor del público. Desde luego, que estas actitudes determinaron un empobrecimiento general de la radio y el teatro, actividades en las que se puso de manifiesto una notoria decadencia.

En una oportunidad, encontrándose reunido el Senado en sesión secreta para tratar pedidos de acuerdos enviados por el Poder Ejecutivo para realizar designación entre el personal superior del cuerpo diplomático, irrumpió en el recinto la señora de Perón, y, dirigiéndose a los legisladores les explicó que su presencia obedecía a la imperiosa necesidad de que no dilataran más el acuerdo para determinados nombramientos. Uno de los senadores protestó por la violación del secreto y Eva se retiró presa de una crisis nerviosa. Momentos más tarde, los senadores fueron invitados telefónicamente a reunirse en el despacho del presidente de la Nación, quien les recriminó su falta de lealtad y colaboración para con el Poder Ejecutivo, y la desconsideración con que habían tratado a su señora.

De inmediato, dos de los senadores presentes se apresuraron, en nombre del cuerpo a ofrecer sus excusas, terminando así el inusitado episodio.

Una demostración palpable de cuán poco confiaba Eva Duarte en Perón lo son sin duda sus connivencias con su hermano Juancito para establecer un sistema que le permitiera a ella saber a quiénes recibía el presidente, y poder disponer trabas para evitar que no pasaran al despacho

presidencial aquellos que ella no deseaba que vieran a su esposo.

Cierto día, un magnate de las finanzas pidió audiencia para hablar con el presidente. El día fijado y a la hora que se le indicó, se hizo presente en antesalas e hizo entrega de su tarjeta. Esta llegó a manos de Juancito, quien la dejó de lado y prosiguió atendiendo a otros trabajos que tenía entre manos, con intención de ocuparse de él enseguida. En ese momento sonó el teléfono.

—Habla Evita...

—¿Qué decís, flaca?

—Bien... ¿quiénes están?

Juancito enumeró la lista del día, que había olvidado en esa oportunidad de comunicar a su hermana a primera hora como lo había dispuesto ella. Al llegar al nombre del magnate, Evita lo interrumpió.

—¿Estás loco? ¿Cómo vas a dejar pasar a ése?...

—¿Y por qué no?

—Porque yo no quiero que lo vea.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

—Eso pasa por no haberme pasado la lista de audiencias temprano como te dije. Si yo no te hablo...

En resumen, Juancito se las arregló para que el magnate no entrara al despacho presidencial.

Uno de los ministros a quien más frecuentemente hacía Evita blanco de sus iras fué el de Trabajo y Previsión, don José María Freire. Este debió aguantar muchas impertinencias, y la inculpación gratuita de cuantas cosas salían mal en materia gremial, a pesar de que en este orden de cosas, era sola y únicamente ella, quien las manejaba. Eva consideraba que era ella el verdadero ministro, y nunca le agradó del todo que el verdadero titular de la cartera fuera una pantalla. A tal punto lo trataba mal, que en una oportunidad Freire, con muy buena voluntad, y

deseoso de solucionar un problema que le presentara un grupo de periodistas vinculado con el escaso sueldo que asignaba el estatuto de la profesión para las distintas categorías, los acompañó al despacho de la señora de Perón.

Apenas iniciada la reunión, en la que Eva se mostró muy amable con los visitantes, Freire intervino para ofrecer su punto de vista favorable a los deseos de los trabajadores de la prensa. Pero ella lo interrumpió.

—Vos callate, que nadie te da vela en este entierro...

Por supuesto, el ministro desairado trató de tomar a chiste el exabrupto de la señora de Perón, y en este sentido fué ayudado por los periodistas presentes, a quienes el episodio causó una impresión lamentable.

Con el relato de estos episodios, que hemos considerado los más significativos, tratamos de llevar al lector una impresión realista de la manera como actuaba Eva Perón en los círculos de la presidencia. Indiscutiblemente que a primera vista habla poco en favor de ella, pero bien mirada las cosas, creemos que dice mucho menos con respecto a Perón.

Este sabía al dedillo todas estas cosas, y conocía muchos episodios similares por cuanto habían ocurrido en su presencia. Sin embargo nunca intervino, pues el ex presidente era de los hombres que sostenían que cuando un hombre humillado permanecía a su lado, podía hacer lo que quisiera de él.

Ahora bien, que él no se sentía capaz de humillarlos personalmente, y dejaba que lo hiciera su mujer, porque de esa manera se evitaba muchas escenas desagradables. Es por esta razón que en ningún momento trató de mejorar culturalmente a su esposa, ni de hacerle ver el camino equivocado cada vez que ésta lo tomaba. El la necesitaba así, y así la tuvo...

CAPÍTULO V

EVA DUARTE Y LA IGLESIA

Eva Duarte nació y murió siendo católica, y aunque muchas veces la vida, o mejor dicho las lagunas que había en su deficiente educación la adentraran en el camino del pecado, siempre guardó una actitud reverencial para Dios y la Iglesia, en cuyas doctrinas fué poco instruída, con esa frescura y espontaneidad de los que creen sin parar mientes en razonamientos, de los que tienen una fe que surge de ellos mismos, sin que nadie la haya alentado.

Esa misma fe la tuvo en el pueblo, cuando Perón, el profesional del populismo, el demagogo, había dejado de creer lo poco que siempre creyó en los humildes, como no fuera en su capacidad para reunirle los votos necesarios para lograr un triunfo que lo hizo dueño del país.

En ambos casos, lo repetimos, fué sincera, aun cuando fuera pecadora de las dos creencias.

En el ejercicio del poder, jamás hizo nada contra la Iglesia, aunque no creyera, y hasta considerara enemigos a muchos sacerdotes destacados o dirigentes católicos.

Sin embargo, el origen de la Fundación que llevó su nombre, se encuentra íntimamente ligado a su disidencia con los más caracterizados círculos católicos de Buenos Aires.

Efectivamente, según era tradicional, la Sociedad de

Beneficencia de Buenos Aires designaba presidente honoraria de la institución a la esposa del primer magistrado, y en todos los casos, desde Rivadavia, se había cumplido con esta costumbre. Para ello, se realizaba una tradicional ceremonia de visitar a la mujer del presidente y ofrecerle el cargo, el que invariablemente era aceptado.

Ahora bien, apenas ocupó la primera magistratura Perón, se planteó a las venerables damas de la entidad de referencia un dilema terminante. Las opiniones fueron coincidentes en cuanto a que no podían ofrecer la distinción a una mujer de pasado dudoso, pero no en cuanto al procedimiento a que se recurriría para evitar desairarla. Surgieron muchas iniciativas y, finalmente, se resolvió permanecer a la expectativa.

Pero Eva esperaba la decisión de las damas de la Sociedad de Beneficencia, y los días pasaban y éstas no se pronunciaban. Por último, se decidió a pasar a tomar ella la iniciativa, y con todo descaro les hizo preguntar cuál eran las razones de la tardanza en ofrecerle el cargo de presidenta honoraria de la institución. Las damas de la comisión, con muchas vueltas y remilgos, le respondieron que estimaban que ella era muy joven, y que la organización requería personas de mayor madurez.

El pretexto era realmnte infantil, y sólo logró enfurecer a Evita, al tener la certeza de que la alta sociedad argentina la despreciaba. Entonces, en un rasgo de acre humor, sugirió a las damas que designaran a su madre, doña Juana Ibarguren.

Esta actitud provocó indignación en las damas que cortaron la cuestión por lo sano con una terminante negativa. Evita volvió a enfurecerse, y de nada valieron las gestiones del cardenal Copello, quien buscaba afanoso una fórmula de acercamiento que contemplara ambas posiciones irreductibles. Pero su mediación fracasó estruendosa-

mente, y la furia de Eva Duarte se manifestó en la creación de la Fundación María Eva Duarte de Perón (luego Fundación Eva Perón), y después, en la disolución de la Sociedad de Beneficencia de la Capital.

Sus relaciones con el cardenal fueron siempre cordiales,, y ni siquiera se empañaron cuando el Papa frustró sus ambiciones de ser designada marquesa pontificia en ocasión de la visita que hiciera al Vaticano, cuando fué a Europa.

Esta visita al Sumo Pontífice, a pesar de todo, impresionó vivamente a Eva Perón. Siempre recordó con suma complacencia la manera conque aquel la trató y le habló, y la emoción que produjo en ella su estancia en la audiencia papal, al revelarse en lo más íntimo de su ser esa fe religiosa latente siempre en ella.

Durante todo el transcurso de su enfermedad, y especialmente en los últimos días de lucidez plena, quiso que estuviera a su lado el padre Benítez, quien le prestó los auxilios de la religión.

Es más; cuando Perón comenzó a dar muestras de su apego a las doctrinas y prácticas más o menos espiritistas, a las que nos referimos en otras partes de este libro, Eva batalló incansable, burlándose soezmente de la credulidad de su esposo. Inclusive intrigó y trató por todos los medios de alejar al *médium* Menutti Carnicelli.

—Lo único que te falta es que te dediques a los fantasmas, infeliz. . . —le dijo un día en presencia de varios ministros, cuando se hablaba del tema.

Y dejamos para el final el relato del único momento en que intercedió activamente —batallando como siempre— ante su marido, en favor de la iglesia.

Fué en ocasión del Congreso Eucarístico que se realizó en Rosario, y al cual asistía un delegado del Sumo Pontífice.

Por ese entonces, Perón ya tenía problemas con la Iglesia, particularmente por el evidente apoyo que daba al espiritismo. Una secta más política que espiritista, originaria del Brasil, la del hermnao Basilio, comenzó a extender sus ramificaciones en nuestra ciudad. Y cosa inusitada en nuestros medios, se llegó a autorizarla para realizar un acto monstruo en el Luna Park, precedido de una intensa campaña proselitista.

Evidentemente, la medida estaba dirigida contra los católicos, y no contó con la aprobación de Eva Duarte. Por otra parte, ésta se mostró indignada cuando su esposo la obligó a acompañarla a San Vicente, para evitar tener que recibir al delegado papal. Pero su prédica fué violenta y constante durante varios días, y al final convenció a Perón para que fueran juntos a Rosario para saludar al prelado de referencia.

Posiblemente, de haber vivido Eva, Perón no se hubiera embarcado en la estúpida y ruin campaña contra la Iglesia Católica, que lo malquistó con la mayoría del país y gran parte del extranjero, y motivó la caída de su régimen.

En definitiva, cualquiera sea el concepto que podamos tener de Evxa Duarte o la interpretación de sus actos antes y después de encaramarse en el gobierno, resulta innegable que nunca se apartó de la fe católica y en ella murió.

CAPÍTULO VI

LA FAMILIA DE EVITA

Eva Perón casi nunca fué a Junín, pueblo que durante mucho tiempo se consideró su lugar natal. Hasta se estuvo a punto de rodear de una reja que señalara como monumento histórico el solar de la calle San Martín 70, que fué el lugar donde estaba ubicada la casa donde fué a vivir doña Juana Duarte, cuando llegó a Junín procedente de Los Toldos. Posteriormente surgieron una serie de discusiones al respecto, y corrieron rumores sumamente interesantes, por lo cual se dejó ese proyecto sin efecto. De la revisión de los diarios de aquella época, surge la comprobación de que después de haberse anunciado primero la noticia de la designación del solar como monumento histórico, en sucesivos recuadros, la información fué transformada luego en noticia destacada, a tres columnas, y que posteriormente desapareció de todos los órganos de publicidad, como si se la hubiera tragado la tierra.

Recién en octubre de 1955, se tuvo la información exacta de lo ocurrido, es decir, se supo la verdadera razón por la cual se dejó sin efecto ese proyecto.

En más de una oportunidad se habían establecido contradicciones con referencia al lugar y la fecha de nacimiento de Evita Perón. En la ciudad de Junín se la conoció desde la época en que era una niña, pero quienes habían

tratado a su familia desde que arribó a Junín, insistieron siempre en asegurar que al llegar su familia a esta población la pequeña tenía unos tres años. Estas aseveraciones coincidían en muchos casos con algunas afirmaciones en el sentido de que María Eva Duarte había nacido en General Viamonte en 1919 y no en Junín en 1922, como aparecía públicamente.

El hallazgo del acta de nacimiento fraguada, que se hizo después de la revolución libertadora, aclaró un tanto las cosas. Las aclaró para el conocimiento público pero las obscureció para los responsables de esa falsificación de un documento público que constituye un delito. Si bien es cierto que al cometerse el mismo no se intentó perjudicar a nadie, sino que se aparentó regularizar una situación irregular, las consecuencias hubieran podido ser de monto, si se atiende a que para realizar los trámites de testamentaría ha debido solicitarse la partida de nacimiento de la extinta. Y según todo lo hace suponer, el acta auténtica ha sido destruída. Ha trascendido, por otra parte que la persona que ocupaba el cargo de jefe del Rgistro Civil en General Viamonte, intentó denunciar en su oportunidad la sustracción del acta, o la existencia en aquel registro, de la auténtica, lo que le valió la separación del cargo.

De las investigaciones practicadas, se pudo comprobar que la defraudación del acta de nacimiento de Evita fué burda, ya que han quedado señales evidentes de ello.

En el libro de nacimientos correspondiente al Registro Civil (Primera Sección) del año 1922, Tomo II, Folio 175, fué asentado el nacimiento de Juan José Uzqueda. El acta llevaba el número 728, pero ocurre que la misma desapareció, y en su lugar se encuentra el acta de nacimiento de Evita. No cuesta mucho advertir el reemplazo, cuando se recurre al índice, donde aún consta que el acta número 728 pertenece a Juan José Uzqueda, mientras en la letra D, no

figura María Eva Duarte. Es decir que no solamente se incurrió en ese caso en la falsificación de un documento público, sino que también se ha incurrido en el delito de hacer desaparecer el legítimo.

Otra prueba más evidente aún de lo ocurrido, es que al fallecer Juan José Uzqueda, a los dos meses de vida, se labró un acta de defunción en la misma oficina, y en ese escrito se menciona el nacimiento asentado en el acta número 728.

No fué necesario ser un experto calígrafo para llegar a la conclusión de que los rasgos de la letra del acta falsificada (en otro lugar de este libro presentamos la reproducción facsimilar de las actas), son distintas a los del empleado que frecuentemente estaba encargado de esa tarea. En la tinta se conserva aún un rasgo de frescura que contrasta con las demás actas levantadas durante aquellos días en las que la escritura ha perdido bastante su nitidez. El color de la tinta es diferente, y se advierte que la hoja ha sido arrancada de un cuadernillo, pues su delineamiento es diferente del papel usado en el libro, es de inferior calidad, y es un poco más largo. También es apócrifa la firma del jefe del Registro Civil, don Jesús Melián. Al parecer en la confección de esa acta fraudulenta se obró con apresuramiento, quizás en vísperas de consumarse el casamiento del mandatario derrocado con la que fué su segunda esposa. También en esto hay un detalle que llama la atención, y es que en el acta del matrimonio, labrada en el mismo Registro Civil, cuando se hallaba a su frente el escribano Hernán Ordiales, Juan Domingo Perón aparece como siendo de estado soltero, cuando es público, y lo era ya entonces, que el mandatario era viudo. Probablemente en ese caso se tratara de un error, pues nada permite suponer que al hacer tal afirmación se intentase un ocultamiento delictuoso.

El texto del acta de nacimiento fraguada, dice así:

"Número setecientos veinte y ocho:

"En la ciudad de Junín de la Provincia de Buenos Aires, a cinco de julio de mil novecientos veinte y dos, ante mí, Jesús Melián, jefe del Registro Civil, Juana Ibarguren de Duarte, de treinta y dos años, casada, argentina, domiciliada en la calle San Martín setenta, hija de Joaquín Ibarguren y de Petrona Núñez, declara: que el día siete de mayo del corriente año, a las cinco horas, en la casa de la exponente dió a luz una criatura del sexo femenino, a quien vi en dicho domicilio que había recibido el nombre de María Eva, hija legítima de la declarante y de su esposo Juan Duarte, de treinta y tres años, casado, argentino, hacendado, domiciliado en la misma casa, hijo de Francisco Duarte y de Juana Echegoyen. Leída el acta la firma conmigo y los testigos Ricardo Romero, de cuarenta años, soltero, argentino, domiciliado en la calle San Martín cuarenta, y Prudencio Ibarguren, de veinte y cuatro años, soltero, argentino, domiciliado en la calle San Martín setenta. (Hay un sello).

En los diarios de Junín se publicó conjuntamente con esta información la copia del acta de defunción del niño Juan José Uzqueda, que falleció a los veintiún días, y cuya partida de nacimiento fué sustituída por la de Evita.

A muchos intrigará cuáles fueron los motivos que impulsaron a cometer este fraude en la partida de nacimiento. Aparentemente no existe causa importante que lo justifique ya que no es lógico presumir que a Evita la inquietara la preocupación femenina de quitarse años. No. Los motivos fueron otros. En ocasión de su verdadero nacimiento sólo había sido reconocida por su madre por la muy sencilla razón de que su padre, Juan Duarte, era casado pero no con doña Juana Ibarguren. Era para nuestro Código Civil, pues, una hija adulterina. Tres años más tarde la mujer legítima de don Juan Duarte había fallecido. Con el fraude

en la partida se convertía en hija natural. Y aquí conviene agregar que en ella se falta a la verdad. Juan Duarte nunca se casó con doña Juana como consta en su redacción.

La permanencia durante mucho tiempo de la familia de Evita en Junín, estuvo vinculada, a veces curiosamente, con la marcha de los acontecimientos políticos de Buenos Aires, donde Evita desmpeñó un papel tan fundamental, tanto en la capital federal como en el resto del país.

Ya hemos anotado algunas características de la idiosincracia de los Duarte, y en este capítulo trataremos de completarlas en una visión de conjunto de su vida en Junín durante los años más florecientes de Evita.

Evita fué pocas veces a Junín, donde residían al principio de su gestión co-presidencial, su madre, su hermana Elisa, Juancito, Blanca y Herminda. Se sabe que la razón de su olvido casi total fué que en ocasión de uno de sus viajes a San Juan, al pasar el tren por Junín, no había reunidas para aclamarla más de quinientas personas.

—¿No pudiste juntar más gente? —le preguntó a Elisa, que por aquel entonces era jefa del correo local y esposa del intendente municipal, el mayor Arrieta.

No Elisa no había podido juntar más gente. Y probablemente ello se debió a una serie de episodios motivados por su conducta en la ciudad de Junín, mientras duró el poder de su hermana.

Elisa fué, en la familia Duarte, la persona que demostró mayor dureza y ensañamiento contra los enemigos del régimen depuesto, que en realidad, habían sido en otro tiempo los obstáculos sociales contra los que tropezaron todos los miembros de la familia Duarte durante su larguísima permanencia en Junín.

Elisa había sido exonerada de su cargo en la oficina de correos de Viamonte, pueblo donde habían convivido doña Juana y Juan Duarte, su amigo. La exoneración se

hizo por la acusación de inmoralidad. El diputado Lettieri, como señalamos en otro lugar, transformó la cesantía en traslado a Junín.

También de Junín se la expulsó de la oficina de Correos por inmoralidad, y cuando Elisa recobró su puesto, y aún más, llegó a ser jefa del correo local en momentos en que su hermana era poderosa, no sólo degradó al jefe que la había hecho objeto de esa acusación y de esa medida, el señor Galeazzi, sino que lo hizo enviar a Rosario, con un puesto de cartero, y le expropió un terreno de su propiedad donde se construyó una escuela.

El Mayor Arrieta, que pasó siempre por ser marido de Elisa, aunque no podía serlo en realidad, por ser ya casado, era un hombre bonachón, gran bebedor, de mediana estatura, sordo y anodino, que había sido jefe del distrito militar y juez militar, en años anteriores. Cuando Evita llegó al poder, Elisa lo hizo designar intendente de Junín.

Entre otras cosas buenas que hizo por Junín se cuenta la repavimentación de sus calles. El mayor no fué mal hombre. Se cuenta de él que al enterarse de que un intermediario había pedido a un obrero doscientos pesos "para conseguirle un puesto mediante el Mayor Arrieta", mandó devolver los doscientos pesos al interesado, a quien consiguió el puesto en cuestión, diciéndole que el Intendente Municipal de Junín no necesitaba esa clase de "coimas". Arrieta fué también senador nacional por la provincia de Buenos Aires. Siempre andaba con sus amigos por los boliches de Junín, y rara era la noche en que no volviera a su casa completamente ebrio.

En su homenaje se le cambió el nombre a la calle Arias por el de "Mayor Arrieta", y también se llamaron "Mayor Arrieta" los dos únicos hospitales de esta población. Se dijo siempre en Junín que el nombre del Mayor Arrieta se le

ponía a todas las cosas, menos a Elisa, cosa que no podía hacer por su verdadero estado civil...

Cuando murió se le erigió un monumento en la intersección de las calles Rivadavia y Av. Juan Perón. La estatua lo mostraba de pie, con uniforme de gala, con capa y gesto mussoliniano.

Después de la inauguración alguien señaló que con uniforme de gala, no corresponde llevar espuelas, y que la estatua tenía espuelas. Esa misma noche, el nuevo intendente municipal que respondía a las órdenes de Elisa mandó limar las espuelas de la estatua, cosa que costó alrededor de cinco horas de trabajo.

Sin embargo, el mayor Arrieta nunca tuvo automóvil propio.

Juancito Duarte, hermano de Evita fué conocido y sigue siendo recordado por todos los vecinos de Junín, inclusive por los que con más ahinco se mostraron opositores del régimen, como un muchacho inofensivo y bueno, cuya única preocupación desde su temprana juventud, fué la elegancia.

Juancito, en efecto, andaba con chaleco de piqué blanco y traje impecable, aunque tuviera agujereadas las suelas de sus zapatos, mucho antes de que su hermana alcanzara el poder. No se metía con nadie, no bebía, no jugaba. No se sabe que haya tenido incidentes con nadie, ni en sus épocas de poderío, ni en sus tiempos de pobre.

Le gustaba, eso sí, hablar de sus conquistas amorosas. Algunas fueron verdaderas, y resultaba lógico, por cuanto siempre fué apuesto y bien parecido, y cuidaba extraordinariamente los detalles exteriores. Pero sus más íntimos amigos sabían que a veces le gustaba ampliar verbalmente la esfera de sus conquistas, y lo hacía en una forma natural y sin jactancia.

Nunga se vengó de ninguna persona que lo hubiese

ofendido, y sólo se le conoce una actitud extemporánea, en Junín, de la época en que era secretario privado del general Perón.

En una oportunidad, muchos años antes, Juancito había solicitado ingresar al Club Social de Junín. En atención a los antecedentes escandalosos de la familia, las autoridades le negaron el ingreso. Años después, Juancito se presentó en compañía de Elina Colomer y otras amigas en el local del Club Social durante un baile de gala y se sentó ante una de las mesas del salón. Se hizo un silencio profundo a su alrededor. Estaba implícita su venganza.

Tuvo grandes amigos en los malos tiempos, cuando era corredor de jabón, y esperaba el gran triunfo de su hermana Evita, a quien consolaba y animaba. No abandonó a esos amigos en los tiempos de prosperidad. Ejemplo de ello es la deferencia que tuvo para con "Pajarito" Barry y para Juancito Arbizu, y para el peluquero Gullo, a quienes trajo a Buenos Aires, haciéndoles participar de muchos beneficios.

El peluquero Gullo, justamente, que dormía en el hall del departamento de Juancito en la noche de su muerte, que de acuerdo con el informe oficial fué un suicidio cometido "en el departamento", confesó posteriormente que esa noche no había escuchado disparo alguno.

Fué esa una de las constancias sumariales que interesaron sumamente a los investigadores, en oportunidad de las averiguaciones que se hicieron con respecto a la muerte del hermano de la extinta esposa de Perón.

—¿Te acordás cuando no quería bajar a la zanja del garage para que no me entrara agua por las suelas agujereadas? Un amigo de Juancito recordó que aquél había pronunciado esas palabras hallándose en Buenos Aires, ya en plena época de bonanza, recordando los momentos difíciles que había vivido en Junín.

Juancito Duarte quería entrañablemente a su madre, y doña Juana le correspondía. Era su hijo predilecto, probablemente por tratarse del único varón. No se recuerda que haya habido rencillas ni rozamientos entre ellos. Doña Juana era confidente de Juancito, y éste le correspondía ampliamente.

Los que conocieron a Juancito Duarte están contestes en afirmar que era "incapaz de matar a una mosca". La noticia de su "suicidio", por esa misma razón jamás fué creída en Junín.

En una de las últimas oportunidades que Juancito visitó a Junín antes de su muerte, apadrinó al hijo de un señor Yorio, en la ceremonia del bautismo. Como regalo le dejó al chico un cheque de 10.000 pesos, al portador, para que lo cobrara el padre.

Este señor dejó el cheque guardado unos días, y quiso hacerlo efectivo después de la muerte del hermano de Evita. Un funcionario le advirtió entonces que cometía un error, que dejara las cosas como estaban.

—Olvídese de ese cheque... Se lo recomiendo —le dijo.

Juancito Duarte llevó al Club Sarmiento de Junín a la categoría de primera ascenso, porque tenía un sincero apego por el cuadro de los muchachos del pueblo. Le hizo dar muchas cosas al club, que merced a él pudo construir un hermoso estadio.

Después de la muerte de Juancito, las cosas anduvieron mal para el club e inclusive perdió muchos encuentros...

—Lo que pasa —se comentaba en Junín— es que ahora nos falta el centro-half...

Juancito era un muchacho de muy poca cultura. En una oportunidad en que estaba escribiendo una carta comercial, le preguntó a un amigo que estaba en la otra mesa del café:

—¿Che?... General Villegas, se escribe con J o con G...

—Metele con Jota... —respondió el otro—. Total la carta llegará igual...

Se sabe que Juancito Duarte fué afiliado del partido Radical. Por lo menos hay la certeza de que fué fiscal radical en una elección, en cuyos comicios fué expulsado de la mesa por autoridades demócratas. Le gustaba el mate y las milanesas, y fuese cual fuera la aventura que tuviera en vista, no dejaba nunca de ir a la casa de su madre, para verla y charlar con ella un rato.

Blanca Duarte fué la única que en la familia recibió instrucción secundaria, y la que al mismo tiempo parece haber sido la chica más seria y responsable de la casa. Se sabe que se graduó de maestra en 1930. No ejerció. Repentinamente fué designada vicedirectora de la Escuela Normal, en 1945, cosa que produjo gran desagrado entre las otras docentes, por cuanto la práctica siempre en uso consistía en que para obtener un simple nombramiento en la ciudad, era menester haber realizado por lo menos durante tres o cuatro años un período de enseñanza rural. Posteriormente, Blanca recibió otro nombramiento con doce horas de cátedra, y el 2 de mayo fué nombrada inspectora de enseñanza secundaria.

Se casó con Justo Lucas Alvarez Rodríguez, que fué posteriormente ministro de la Suprema Corte. Tuvo varios hijos. Tenía su hogar aparte en Junín, porque nunca quiso convivir con doña Juana, siendo enemiga de escándalos y discusiones.

Herminda pasa desapercibida en la familia Duarte. Chica buena y simple, siguió viviendo una vida apacible y opaca, como Blanca, y su nombre jamás se vió complicado en ningún asunto turbio.

En cambio Elisa ejerció el poder en Junín, de tal manera que su nombre será largamente recordado por la po-

blación. Cuando venía a Buenos Aires, sus informantes le despachaban entre treinta y cinco y cuarenta cartas diarias en las que le referían toda clase de chismes, y le formulaban numerosas denuncias que ella estudiaba, y con respecto a las cuales procedía, casi siempre, con una absoluta arbitrariedad. Trasladó gente, dispuso cesantías, suspensiones, persecusiones a miembros de partidos opositores, y en todo ello puso una fruición y un entusiasmo que recordaban al de su hermana, a veces casi al frente del gobierno, en la persona de los miembros de la oposición del resto del país.

Elisa dió muchas veces graciosas muestras de incultura. Se sabe que hallándose una vez en una fiesta, dijo con respecto al modo de comportarse de su familia en Junín que:

—Siempre hemos preferido vivir en el más estricto *animato*.

Y en otra ocasión, mientras se celebraba una fiesta en la casa del intendente manifestó:

—Allá en Buenos Aires tenemos calefacción y la prendemos y todo. . .

Tomando en visión panorámica la actuación de la familia de Eva Duarte en el pueblo de Junín, puede decirse que fueron personas fuera de lo común. En doña Juana hubo una astucia especial, una habilidad intrínseca para manejar a los hombres y sacar de ellos el provecho que quería. Se sabe que era una mujer de extraordinaria intuición, muy conocedora de la gente, dura, fría, calculadora, sin pasiones personales. De Elisa puede decirse que fué resentida y cruel; dejó mala memoria de sus acciones y de sus pensamientos. Tenía en cierto modo la ambición de su hermana, pero no su capacidad de triunfo. Probablemente fué mucho más sensual. Juancito Duarte fué un muchacho de pueblo, exactamente igual a todos los demás. No hay ninguna característica que lo diferencie de los otros. No fué

un resentido ni un vengativo. Quienes, en la prolija busca de datos sobre su persona han entrevistado a quienes lo conocieron en Junín en su época de pobre y que también tuvieron con él contacto cuando era el soltero más rico de Sudamérica, han coincidido en que fué inofensivo y agradecido para sus amigos, correcto y cordial. Blanca y Herminda fueron mujeres comunes, buenas, que muy poco utilizaron el poder de su hermana para su beneficio personal y que prefirieron permanecer en la sombra y en el olvido, habiendo podido en muchas ocasiones, si lo hubiesen deseado, alcanzar bienes de fortuna y privilegios con los que pocas mujeres sueñan en el mundo.

CAPÍTULO VII

EL VIAJE DE EVITA

Muchas veces había advertido Bramuglia, el ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina en 1947, que un viaje a España, en momentos en que el general Perón trataba de arreglar las cosas con Estados Unidos de Norteamérica, sería políticamente inconducente; desde el punto de vista internacional. Evita no simpatizaba con Bramuglia. Para ella, esa reflexión no fué sino una valla puesta en el camino. No quiso tener en cuenta su aviso, y le ordenó que anunciara a mediados de abril de 1947 que aceptaba la invitación que le había sido formulada por el Generalísimo Franco, para trasladarse a España.

¡De Junín a Europa! Ciertamente, la criatura un poco tímida y nerviosa que había pedido que se le tomara una prueba teatral en 1934, jamás había soñado con alcanzar ese objetivo. ¿O sí lo había soñado? ¿Qué escondían sus transportes de visionaria en medio de sus iras casi místicas?

Los grupos opositores protestaron acerbamente en oportunidad de concretarse el viaje de Evita a España. Esas críticas se extendieron a los grupos peronistas. El país atravesaba serias dificultades motivadas por el desorden introducido en el manejo de los fondos públicos.

Evita a todo eso, respondió que ella se costearía su viaje. Los marinos no permitieron que lo hiciera en un

barco de la Armada, como había sido su voluntad. Dejó de lado esa idea. Pero evidentemente se pagaron con los fondos públicos las cuantiosas sumas que demandó ese viaje, como así también el suntuoso equipaje que la acompañó. Evita juzgó que sus enemigos criticarían su viaje hasta el último momento, y presumió que lo seguirían haciendo durante su ausencia. Se afirma que estuvo a punto de abandonar el proyecto del viaje, cuando en oportunidad de transmitirse por radiotelefonía desde la Sociedad Rural el discurso de despedida del presidente de la República, apareció en el éter una voz fantasma que gritó: "Muera Perón".

"Llevaré al Viejo Mundo un mensaje de paz y de esperanza —dijo al partir—. Iré como representante del pueblo trabajador, de mis queridos descamisados, a quienes dejo mi corazón".

Pocas veces en la historia, la esposa de un presidente o reina alguna del mundo viajó con tantas y tan finas ropas como Evita, que tenía alrededor de tres trajes para cada día de los que iba a durar su estada en España. Fué despedida por una verdadera multitud que coreó incansablemente su nombre, mucho menos que el del dictador, cuando se dieron un emocionado abrazo.

Evita viajó en un avión Douglas C-4, español, que fué especialmente preparado para el viaje. Contaba con un dormitorio provisto de camas, tocadores y cortinas de terciopelo, y un saloncito comedor. Dos aparatos de la Fuerza Aérea la escoltaron hasta poco más allá de las islas de Fernando Noronha. La acompañaban la señora de Lagomarsino de Guardo, su hermano Juancito, Alberto Dodero y una secretaria. Su confesor, el padre Hernán Benítez, de la Compañía de Jesús, se había adelantado para disponer los detalles vinculados con su recepción en París y Roma. Su médico, sus mucamas, modistos y peinadores habían partido anteriormente. Durante el viaje, Evita y sus acompa-

ñantes lo pasaron muy bien; bebieron champagne, se "bautizaron" al pasar la línea del Ecuador.

En aquella época, España necesitaba extraordinariamente del trigo nacional. Por lo tanto se hicieron preparativos extraordinarios para la recepción. La ilustre viajera tocó tierra en Villa Cisneros, colonia africana, donde le dieron la bienvenida cuarenta y cuatro aparatos de caza de la Fuerza Aérea española. "Arriba", el conocido órgano madrileño, le dedicó la primera plana. Sobre ocho páginas de sus ediciones habituales, cuatro se dedicaban a rendirle homenaje y a publicar la crónica de sus movimientos. Llegaron hasta a imprimirse los relatos hechos por el piloto durante el vuelo.

La esperaban en el aeropuerto unas trescientas mil personas. El General Franco y su mujer, personalmente, asistieron a su llegada en compañía de nobles, militares y miembros del cuerpo diplomático.

El embajador argentino en Madrid, el doctor Radío, protagonizó un incidente que resulta revelador para conocer a fondo las características de la extraordinaria recepción. El nombrado había llegado al aeropuerto con tiempo suficiente, pero a causa de un olvido de las autoridades, no se impartieron las órdenes pertinentes para que pudiera penetrar en el sitio destinado a la recepción. Al fin, después de discutir con los representantes de la policía y con los soldados de la escolta, el doctor Radío consiguió darse a conocer y logró hacerles comprender su problema a las autoridades españolas.

—Si hay alguien que tiene derecho de estar cerca de la Señora... —dijo entrecortadamente— Soy yo... ¿Comprenden?

En su avance por entre el público, fué zamarreado, golpeado, se cayó en una oportunidad al suelo y al fin,

después de abrirse paso a brazo partido, llegó hasta donde estaba Evita:

—¿Qué le pasó, Radío? Pero mire el saco... ¿De dónde viene? ¿De una corrida de toros?

—Pero, señora... yo...

—Qué yo ni qué yo... ¡Qué clase de embajador sos! Pero desde cuándo me viene a recibir el embajador de mi país justamente a la hora de los bifes... Pero decime... ¿Vos sos o te hacés? El tono hiriente y mordaz con que era tratado ese diplomático con su saco roto, y con el cuello duro desprendido, lo hizo objeto de una risotada general. Evita se tornó hacia Franco y siguió conversando.

En Madrid asistió a recepciones oficiales y banquetes, actos públicos, comidas, funciones de gala. La señora de Franco casi no podía acompañarla. Visitó las iglesias, las capillas, los conventos, los colegios. Recibió a numerosas delegaciones y a su alrededor se creó enseguida una especie de aura.

No se hablaba en Madrid de otra cosa que no fuera Eva Perón.

Recorrió barrios obreros, distribuyendo regalos.

—Les traigo los saludos de Perón —decía a todo el mundo—. Este es un pueblo trabajador sonriente y feliz, como el nuestro, el de los argentinos...

—Hoy se cierran todos los comercios... ¿Sabés?

—Porque el generalísimo condecorará a Eva Perón.

Centenares de personas se congregaron en esa oportunidad en el Palacio Real y los millares de espectadores que no pudieron entrar, escucharon los detalles de la ceremonia por radio.

Franco estaba vestido con su uniforme de Capitán General del Ejército. Tenía puesto el collar de la Orden de San Martín que le había entregado Perón. A Evita le entregó

la Gran Cruz de Isabel la Católica, que era la condecoración máxima de España.

—Ahí sale... Ahí sale al balcón...

Su salida al balcón junto al Generalísimo y a doña Carmen, fué saludada con una ovación. Acto seguido el público levantó el brazo derecho, a la usanza de la Falange Española. Evita retribuyó ese saludo, y de él se han tomado fotos históricas.

—¡Arriba España!

—!Arriba Franco!

—!Arriba!

—Arriba el General Perón!

—Arriba Evita!

—Bendita sea la madre que te echó al mundo!

—¡Bendita! ¡Bendita!

En su honor se realizó una noche una fiesta popular que se llevó a cabo en la Plaza Mayor. Se bailó hasta las cinco de la mañana. Los presentes obsequiaron a Evita con cincuenta trajes regionales costosísimos.

También en su homenaje se realizaron corridas de toros, en las que intervinieron los más destacados profesionales, con toros de Miura, los más feroces y caros de España. En la arena se pintaron las banderas española y argentina.

Se celebraron banquetes de gala en el Ritz y en el Prado; se organizaron excursiones al Escorial. La acompañaban obispos y militares. A su entrada en los pueblos se la recibía con cartelones de bienvenida enormes; se agitaban banderas, se arrojaban serpentinas.

Viajó a Segovia y a Galicia, Sevilla y Granada. Centenares de campesinos se apretujaban para verla, porque ella era el símbolo de la ascensión al poder de una mujer que sabían había pertenecido a su misma clase social. Evita habló en la inauguración de planta de explosivos, y colocó una corona de homenaje en el sepulcro de los Reyes Católicos. Hallándose en el Instituto de Colonización, prometió tierras para los españoles que se trasladaran a la Argentina.

—Mi corazón de mujer ha comenzado a vibrar con la inmortal España — dijo por radiotelefonía, y añadió: Me he encontrado a mí misma en la madre patria. El amor más grande nace en una mujer solamente cuando su corazón coincide con el eterno ritmo de la armonía eterna... Me siento inundada de amor y felicidad.

En Barcelona, acompañada por el Generalísimo Franco, asistió a la representación de "El Sueño de una noche de verano".

Allí finalmente, en Barcelona, tomó el avión que la iba a llevar a Roma, siendo objeto de nuevas muestras de agasajo, y habiendo recibido regalos costosísimos, entre ellos un frasco de perfume que costó más de cuatro mil dólares.

Los entretelones de su visita, en cambio, como lo fueron en los países a los que viajó posteriormente, no fueron tan áureos como su vida oficial.

Se sabe que las autoridades ordenaron a los órganos de la prensa y a las estaciones radiotelefónicas que destacaran sus distintas virtudes. Dos individuos colocaron antes de su arribo, una poderosa bomba en la embajada argentina en Madrid. Evita pidió que los dejaran en libertad.

Además, en una oportunidad, Evita hizo presente a Franco que la República Argentina tenía listo un barco cargado de trigo, como donativo para el pueblo de España.

—Estoy sumamente agradecido —dijo el Generalísimo— pero lo que ocurre es que no nos hace falta... Tenemos tanta harina que no sabemos qué hacer con ella...

Evita, sintió que el rubor subía a sus mejillas:

—¿Y entonces por qué no la ponen en el pan, Generalísimo?

—Lo cierto es que casi todos los comentaristas periodísticos de Europa interpretaban que la visita de Evita, más que una manifestación de cordialidad, era una brillante maniobra comercial. Todos suponían que después de su paso rutilante por los países que recorrió, habrían de formalizarse importantes propuestas argentinas.

—"Hermosa como es la señora de Perón —decía uno de esos comentarios— sería mejor recibida si viniera como carne congelada".

Tanto los italianos como los franceses, fueron más parcos en entusiasmo, al recibirla.

Los preparativos romanos para la recepción fueron pobres. La embajada argentina se preocupó de arreglar a esos efectos, trece salones de que disponía. Se le habilitó un dormitorio. Pendían sobre sus muros, dos cuadros, uno de Perón, y otro del Sagrado Corazón. Se introdujeron reformas en la fachada del edificio, y se instalaron reflectores.

En el aeropuerto, sólo le tributaron su saludo al llegar, unas diez mil personas, muchas de las cuales no eran sino representantes del gobierno, y residentes argentinos. No había en Roma la cordialidad ni el entusiasmo de España.

Frente a la embajada argentina, se agruparon unos centenares de personas que gritaban:

—¡Perón! ¡Perón!

Mientras que otra concentración más numerosa, comenzó a clamar:

—Abbiamo fame... abbiamo fame... (Tenemos hambre).

Se produjeron disturbios. La policía comenzó a detener gente. El jefe de protocolo pidió disculpas a la distinguida huésped.

—Es cierto que esperamos ayuda argentina, —le dijo

en duro castellano— pero no había por qué incomodar a tan ilustre huésped.

A Evita no le gustó el ambiente. Creía que todas las las recepciones iban a tener el mismo brillo que la que le habían tributado en España.

Pero había algo que esperaba con viva ansiedad, algo que iba a colmar espiritualmente su ambición personal, algo que la iba a hacer distinta y más grande que todas las mujeres, — pensaba: era su futura entrevista con el Papa.

El día señalado se atavió con un lujosísimo traje negro con mangas largas, y una mantilla de encaje del mismo color. Sobre el pecho ostentaba la cruz de Isabel la Católica.

Evita se atrasó veinte minutos para asistir a esa memorable entrevista.

La acompañaba el príncipe Alessandro Ruspoli, que tenía un solo ojo. Su Santidad la hizo esperar. Exactamente el mismo tiempo.

Evita esperaba mucho de esa entrevista. Esperaba un título sumamente apreciado: el de marquesa pontificia. Ese título fué ostentado por doña María Adela Harilaos de Olmos, presidenta de la Sociedad de Beneficencia, en cuyo seno no quisieron las damas argentinas admitir a Evita. Recibir ese premio era para ella una superación de la categoría social que no quería asimilársela, y por lo tanto un triunfo rotundo y cabal.

La audiencia se celebró en la biblioteca del Sumo Pontífice. Duró la media hora que el Papa suele conceder a todas las esposas de gobernantes.

Pío XII agradeció a Evita su generosidad para con el pueblo italiano. Después dijo cosas que a ella no le gustaron mucho, pero reprimió perfectamente su malhumor.

El Papa dijo que recordaba con especial deferencia a muchas damas de la Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires, a quienes había conocido durante su viaje a Buenos

Aires en oportunidad del Congreso Eucarístico. El Sumo Pontífice no habló de sus obras, ni de su intensa actividad social.

Dijo que le sería grato llevar un recuerdo de Su Santidad al general Perón.

El Sumo Pontífice respondió que aunque le sería sumamente grato conceder un honor al presidente argentino, esa condecoración se debía entregar utilizando las vías comunes.

Un día después, el Papa envió a la embajada argentina la Cruz de la Orden del Papa Pío IX, para que el representante diplomático la hiciera llegar al presidente argentino. Evita fué obsequiada con un rosario, que era lo habitual en esas circunstancias, y se terminó la audiencia.

Después de hablar con el Papa, Evita visitó la capilla Sixtina, el Palacio Borgia y la Basílica de San Pedro. Estaba fastidiada y molesta. Cuando regresó a su alojamiento en la embajada, le tiró a Alberto Dodero un zapato.

Evita fué invitada por el gobierno italiano a asistir a una representación de la ópera Aída. Le fué obsequiado un ramo de orquídeas blancas, y otros regalos llegaron a su poder, pero nada tenía que ver esa recepción con la apoteótica que le habían tributado en Madrid.

"El nombre que llevo —dijo en un agresivo discurso— se ha convertido en un grito de batalla para todas las mujeres del mundo".

Corrió el rumor de que se le iban a organizar manifestaciones hostiles, y ella dejó de asistir a los pocos actos del programa diario que se le había preparado, con la excusa de que su médico le había ordenado un absoluto reposo.

Para descansar visitó los lagos italianos, en compañía del Conde Sforza y su comitiva.

París fué, fundamentalmente, para Evita, el centro de

la elegancia europea. Fué allí donde sacó a relucir sus vestidos más costosos, y sus joyas más hermosas.

La recepción en Francia no fué muy de su agrado. Ni le hacían manifestaciones hostiles, cosa que temía en Italia, ni la recibieron con demasiado entusiasmo, como había pasado en España.

Simplemente, la recibieron. Los franceses no creían que fuese "indispensable" hacer una alharaca especial por la llegada de la esposa del presidente Perón.

Los diarios y revistas, eso sí, llenaron sus primeras planas y sus tapas, con la foto de la señora, y se la aplaudió por su belleza. Pero nada se dijo de su obra social, ni del prestigio político de que venía rodeado su nombre.

Durante la fiesta que se dió en su honor en el Círculo de Latino América, lució el más hermoso de sus trajes. Llevaba un vestido dorado que cubría su cuerpo como la piel de una sirena; un manto de lamé del mismo color, y llevaba joyas en torno de su garganta, de sus muñecas, de sus dedos.

Sus sandalias doradas estaban tachonadas de piedras. Estaba imponente.

Esa misma noche fué a comer al Pré Catalán del Bois de Boulogne. La gente se paraba sobre las mesas para mirarla.

Los modistos de París concurrieron en legión al Hotel Ritz, para ofrecerle sus magníficas colecciones.

—Estoy demasiado ocupada con mi misión social —le dijo Evita al intérprete— para preocuparme por esas tonterías...

Se le hicieron bromas pesadas. En un club nocturno, un "camello" se acercó a su mesa y le ofreció un ramo de flores, con el trasero. Le pareció una broma insoportable, se levantó y se fué.

Fatigada de París, donde no tuvo el recibimiento que

esperaba, Evita se fué a descansar a una casa que era propiedad de Alberto Dodero en Biarritz. Pero como tenía deseos de exhibirse, y de hacer todo el proselitismo posible, hizo en seguida una jira relámpago por la Riviera Francesa. Con posterioridad pasó a Suiza.

En el país de la paz, le arrojaron pedradas a su coche en todo el trayecto entre la estación de Berna y el hotel, y posteriormente le arrojaron tomates.

—Son unos pobres comunistas fanáticos — dijo Eva Perón, sin perder el aplomo. Oficialmente se informó que los autores de la afrenta habían sido detenidos. Evita no pidió que los pusieran en libertad.

Mientras duró su viaje, Evita y Perón mantenían largas conversaciones telefónicas nocturnas durante las cuales el ex presidente le suplicaba que volviera.

—Estoy muy nervioso —le decía— Te necesito, Negra...

—Me necesitás pero me han dicho que estuviste muy atento con la reina de la vendimia.

Jefes del Ejército, en ausencia de Evita presionaban a Perón para que lograra que su mujer abandonase la vida pública. Fueron justamente excusas basadas en esos problemas, y en esa presunta necesidad de volver a la Argentina los argumentos que utilizó Evita para justificar que no viajaría a Inglaterra.

Por aquella época los ingleses necesitaban carne de la República Argentina.

Un viaje a Gran Bretaña sería muy conveniente. Las autoridades británicas recibieron la insinuación de que Evita aceptaría encantada que se la invitase al palacio de Buckingham. Esta sugestión fué recibida sin entusiasmo por las autoridades británicas. Los diarios ingleses la criticaron acerbamente.

Dijeron que quien había contado con el beneplácito

de la España fascista, era mejor que no fuese a Inglaterra. Los hombres de negocios ingleses mostraron viva preocupación. Trataron de arreglar el asunto.

Se decidió que se la recibiría, sí, y que la Reina la invitaría con muchísimo gusto a tomar té en el Palacio. Muchos desearon que el viaje se realizara aunque sólo fuera para que se cumpliese esa invitación.

Evita insinuó que le habría gustado poder instalarse en el Palacio.

Se contestó con mucha cortesía que los soberanos de Gran Bretaña lo lamentaban profundamente, pero que en ocasión de su visita se encontrarían fuera de Londres.

Evita desistió de su viaje. Parece qu poco después de su decisión, se operó una fuerte alza de los precios de la carne. Pero los españoles no experimentaron grandes mejoras en los precios de su trigo.

Cuando decidió volver, Evita se fué en avión a Dakar, se detuvo unos días en Lisboa, y partió de esa capital en el barco Buenos Aires.

Grandes preparativos se hicieron en Río de Janeiro, para la recepción. La Embajada Argentina distribuyó centenares de miles de tarjetas postales en las que invitaba a los brasileños a aclamar a Evita como la Conductora Femenina.

No obstante, después del banquete con la que agasajó el Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil, en el palacio de Itamaraty, donde se la condecoró con la Orden Nacional de Cruzeiro do Sul, sólo la aclamaron los argentinos residentes. Evita acudió a la Conferncia Interamericana de Quitandinha, dos días después, en compañía del ex ministro doctor Juan Bramuglia.

Con anterioridad a su llegada a Río de Janeiro, y al tocar el puerto de Recife, Evita hizo cursar el siguiente telegrama al gobernador de Pernambuco:

"S. E., la Señora María Eva Duarte de Perón acepta

con gran placer la invitación formulada por el gobernador de ese estado para pernoctar en Pernambuco, y seguir viaje a Río de Janeiro el sábado a las 9 de la mañana. La comitiva consta de ocho personas, aparte de seis servidores".

No es preciso agregar que el tratamiento de Su Excelencia no correspondía de ninguna manera tratándose de una persona que no ocupaba cargo alguno, ni siquiera extraoficial. Sin embargo, parece que debía halagar fuertemente la vanidad de Evita, si se recuerda que es mismo tratamiento ya había sido utilizado en ocasión de una gran fiesta ofrecida en los salones de la Embajada Argentina en París. Los que viajaban con ella, que vivían pendientes de sus menores gestos, rivalizaban en el arte de brindarle los más curiosos homenajes.

La recepción de Evita en Buenos Aires, al regreso de su viaje, había suscitado violentas discusiones. Desde varios días antes de llegar enormes affiches cubrían las paredes de la ciudad. Se consideraba que no sería muy fácil reunir a una muchedumbre en los aeropuertos, e indudablemente la recepción habría de ser mucho más entusiasta y concurrida en el puerto.

La alteración del itinerario obligó al barco de Evita a hacer escala en Montevideo. ¡Cuán distinta visión habrá tenido de aquel puerto que de seguro le recordaba sus primeros años de peregrinaciones entre Junín y Buenos Aires!

A la mañana siguiente el barco entró al puerto de Buenos Aires. Se dejaron oír las sirenas de todas las embarcaciones; se izaron estandartes y banderas, y una enorme cantidad de descamisados que colmaban las instalaciones portuarias y las calles próximas, la vivaban sin cesar. Se reconoció en esa oportunidad como nunca el imperio que ejercía sobre el pueblo.

Perón llegó al puerto para darle la bienvenida. Se adelantó en el yate presidencial, a la llegada del barco, y el

encuentro de la pareja fué saludado con una nueva ovación.

A pesar de que los diarios de la cadena oficialista afirmaron que Eva Perón había hecho en el extranjero más que ninguno de los embajadores contemporáneos o anteriores del país, el noticioso de su viaje fué recibido con silbidos y pateos en los cinematógrafos centrales.

Al llegar Evita dijo que después de los varios meses de ausencia, regresaba con profunda emoción al país donde había dejado sus tres grandes amores: mi patria, mis descamisados, y mi querido general Perón.

Con posterioridad a su viaje se conocieron algunas anécdotas curiosas, varias de las cuales se habían producido antes de la partida.

Se sabe por ejemplo que hallándose Evita en su magnífica oficina de la Secretaría de Trabajo y Previsión rodeada por los ayudantes que acudían solícitos a recibir sus órdenes desde el momento en que entraba en la repartición, ocurrió un pintoresco pisodio. Era en los días inmediatamente anteriores a su viaje a Europa. El acontecimiento ocupaba todo su atención. Todo lo que no estuviera vinculado con el viaje la irritaba, y le hacía perder el control. Había cancelado momentáneamente las audiencias de sus pobres y su escritorio rebalsaba de papeles que tenían vinculación con el viaje. De pronto se anunció la llegada del diputado Guardo. Los secretarios pasaron a la antesala, y el legislador fué llevado a presencia de la "jefa espiritual" de la nación, como se había dado en llamarla.

Guardo había concluido su período como presidente de la Cámara de Diputados, y los rumores que circulaban no eran muy halagueños en cuanto a su esperanza de reelección. Había ido a ver a la señora, precisamente para saber a qué atenerse en ese sentido. La entrevista entre el diputado y Evita se mantuvo a solas. En la antesala se tejían los más diversos comentarios en voz baja. Entre los presentes se

encontraba la señora Lilian Lagomarsino de Guardo, esposa del personaje que en esos momentos estaba jugando su partida más difícil. La señora de Guardo era una de las secretarias "ad hoc" y "ad honorem", que rodeaban a Evita en sus labores de la secretaría.

De pronto se abrió la puerta y cruzó la antesala el diputado Guardo, a grandes zancadas, como si fuera perseguido, no atinando siquiera a recoger su sombrero. Tras él, hizo su aparición Evita, visiblemente molesta, y exclamó a grandes gritos:

—Pero ¿Qué se cree la gente? ¿Qué yo me tengo que ocupar de todo... ¡Ya me tiene harta ese tipo!

Un gran silencio siguió a esas palabras.

Fué uno de esos tremendos silencios nerviosos que a veces suelen provocarse cuando se han producido hechos irreparables.

Y fué justamente en medio de ese silencio, cuando se dejó oír ahogadamente un sollozo.

A Evita le llamó la atención. Y se dió cuenta en ese mismo instante de la tremenda "gaffe" que había cometido, llevada por su ira. El espectáculo de su amiga y secretaria llorando la avergonzó un poco.

Se le acercó y la abrazó. Le habló en voz baja, como ella sabía hacerlo.

Lillian Lagomarsino la miró, transida de emoción. Era uno de esos momentos extraordinarios de Evita que el general Perón tuvo tan en cuenta para convertirla en ciego instrumento de su progresiva tiranización de funcionarios, de empleados y de casi todo el pueblo.

Evita no dijo nada. Se concretó a mirarla dulcemente.

El diputado Guardo logró su reelección. Y su esposa, como extraña consecuencia logró ser incluída entre los miembros de la delegación que acompañó a Evita en su jira.

En ocasión de su viaje, una revista francesa publicó la siguiente nota:

"La "Star" Evita Perón ha encontrado el "rol" de su vida: presidenta de la República. Pero su voz armoniosa que ha encantado a los gauchos... ¿Calmará la sed de reinvidicaciones de los argentinos descontentos?

La señora Roosevelt ha dejado la Casa Blanca. La mariscala Chian-Kai-Chek ha vuelto a la sombra de su marido. Ya no queda en el mundo más que una presidenta que sea una vedette en la actualidad política. La señora Evita Duarte de Perón, como dicen galantemente los argentinos, que no dan nombre a su esposa sin precederlo con la partícula nobiliaria. Evita Duarte, presidenta "vedette", es la primer vedette del cine y de la radio que ha llegado a ser presidenta. Es linda. Es encantadora. Sabe llevar a las mil maravillas las pieles y las alhajas. Habiendo pasado del dominio del ensueño cinematográfico a las realidades doradas, sin dejar el ambiente mágico, Evita Duarte es a los ojos de millones de mujeres del Nuevo Mundo, algo así como la realización de los cuentos de hadas.

En Hollyæood todas las figurantas sueñan en el destino de la pastora que llegó a presidenta. En Buenos Aires, todas las segundonas de la radio sueñan con un coronel... Hace cuatro años, era aún desconocida la mujer hoy más envidiada del continennte.

No tenía 24 años y desempeñaba en la radio papeles secundarios con muy bajo pago semanal. Dos años más tarde, era la "prima donna" de la radio argentina, con cuatro mil pesos por audición..."

"En 1941 —seguía diciendo la nota— Evita Duarte había debutado en el cine. Todos los gauchos han estado en algún tiempo más o menos enamorados de su presidenta. Su última película "La Pródiga", quedó sin terminar. Evita

se había casado y se habían celebrado las elcciones. Ya era la primera dama del país.

Y entonces se planteó por primera vez en la historia, la cuestión de saber si era decente que la presidenta de la República hablase de amor en las pantallas, ante millares de espectadores, a un señor que no era el presidente. El protocolo implacable dijo "no", y las películas de Evita fueron retiradas de los cines".

Y poco después:

"Ello le ha servido de mucho. El esplendor y el encanto de la "argentina" más linda ha colaborado en la leyenda del dictador. Hoy todavía constituyen la pareja presidencial más pintoresca de los cinco continentes.

El General Perón, muy enamorado de su mujer, rara vez aparece en público sin ella. De pronto los ministros, los generales, los altos funcionarios y todas las personalidades destacadas tuvieron que hacerse acompañar por sus mujeres y sus hijas. Y secretamente —seguía diciendo esa publicación— las mujeres que peor hablan de la presidenta, las que llevan la cuenta de sus pieles y de sus alhajas, para denunciar su rápida fortuna, no pueden evitar que en el fondo de su corazón, un profundo reconocimiento hacia la que les ha asegurado un bienestar que si bien es ficticio en cuanto al futuro, es positivamente concreto en el presente"

CAPÍTULO VIII

EL RENUNCIAMIENTO DE EVITA

Se aproximaba la fecha de la campaña para la reelección presidencial y nuevamente los jefes del Ejército salieron al cruce de las ambiciones de Eva Duarte. Ella deseaba integrar la fórmula con su esposo, y en realidad, la nueva Constitución aprobada en 1949 no ponía ninguna traba legal a que se cumplieran sus deseos. La vicepresidencia de la Nación hubiera significado para Evita la culminación de su carrera, y la oficialización de su intervención de hecho en la vida pública y el gobierno del país.

No sabemos a ciencia cierta de quien partió la iniciativa, pero sí que no de ella. Algún adulón trató de congraciarse, y deslizó la idea en sus oídos, y encontró campo propicio. Perón se mostró poco decidido a aceptarla cuando ella se la comunicó; pero, como de costumbre, trató de buscar el medio para evitar la elección de su mujer sin aparecer como refractario desde el primer momento.

Así, el Partido Peronista no encontró obstáculos para iniciar su campaña por la fórmula Perón-Perón, y como al parecer el pensamiento del Presidente aceptaba la posibilidad, los dirigentes y legisladores que en un primer momento mantuvieron una actitud de expectativa, se lanzaron a la palestra como fieros sostenedores de la iniciativa.

Pero Perón no deseaba que su mujer fuera vicepresi-

denta, y estaba absolutamente seguro de que lo impediría. Para ello se valió del asombro primero y el subsiguiente desagrado que la noticia provocó en las filas de la oficialidad del Ejército.]

Movió los hilos con gran habilidad, y en pocas semanas alentó a los militares a que le plantearan su oposición. Pero al mismo tiempo que ésta trascendía, protestaba ante Eva por la conducta de sus camaradas, a quienes calificaba de eternos enemigos del pueblo y de ella.

De tal manera, estimuló a ella para que redoblara sus esfuerzos políticos, y preparara al detalle la magna concentración a realizarse en la Plaza de la República, en la que el pueblo, en magna asamblea, habría de rogar a él que aceptara la reelección y a Eva Duarte que consintiera en ser vicepresidenta.

El tinglado estaba montado, y no solo esperaba Perón que la farsa se desarrollara de acuerdo a sus predicciones, sino que también tenía preparados los elementos con los que impediría luego que Eva aceptase. Todo estaba previsto por Perón, y todo se cumplió al pie de la letra. De paso, esta acción le permitió saber que algunos altos jefes del Ejército mantenían para con él una lealtad limitada, y eliminarlos de los cuadros del servicio activo.

Este Cabildo Abierto del Justicialismo fué la más grande e imponente reunión popular que presidió Perón en todo el transcurso de su gobierno. Los diarios hablaron de dos millones de personas e incluso no faltó uno que elevó la cifra a tres. Desde luego que para el lector desaprensivo cualquier cantidad podía ser cierta, pues evidentemente la reunión resultó imponente, pero la cifra oficial suministrada secretamente por la Policía Federal (coincidente con la que dieron las agencias informativas y se publicaron en diarios del extranjero únicamente), fué de doscientas cincuenta mil personas.

La reunión costó millones de pesos. Se paralizó al país desde el día anterior. Trenes y más trenes, ómnibus, camiones y cuanto medio de transporte oficial y no oficial estuvo a mano, fué empleado para traer gente. Los forasteros fueron agasajados con funciones de cine, teatro, bailes, asados, etc., y se les proveyó alojamiento gratuito. Regresaron a sus hogares con juguetes para sus hijos, ropas y cosas para el hogar, que también les fueron obsequiados.

En la ciudad, no se veían más que banderas y estandartes peronistas. Las paredes, con inscripciones alquitranadas que proclamaban la fórmula Perón-Perón o empapeladas de carteles multicolores. Nada se escatimó para montar la más grande farsa que se haya hecho. Perón necesitaba hacer creer a su esposa que sería vicepresidenta, para que ésta volcara toda su pasión en apoyo de su candidatura. En esta campaña, el Presidente casi ni se movió de la Casa Rosada; ella fué la que se agotó en una actividad incansable. Por eso, cuando vió a sus pies, junto al estrado a esa inmensa multitud que la ovacionaba, y le rogaba que aceptara lo que ella misma tanto anhelaba, no pudo menos que romper en sollozos.

Eva, por su parte, representó también su comedia; pero fué ésta una comedia ingenua y que no tenía otro objeto que el de forzar hasta el extremo límite las exteriorizaciones de adesión. Se negó; dijo que era una mujer humilde, sin más aspiraciones que las de servir al pueblo. Se hizo rogar, y, finalmente, pidió con voz entrecortada unos días de plazo para pensarlo.

Inmediatamente Perón comenzó a desarrollar la última parte de su plan maquiavélico.

Él sabía que la salud de Eva no era muy fuerte; que ya se habían manifestado ciertos síntomas del mal que la llevaría de este mundo. Pero ella lo ignoraba, y apenas si advertía su color de más en más macilento y su piel que

se estiraba imperceptiblemente acusándole los rasgos más notables de su rostro. Y la precaria salud de su mujer, que él insinuaría, hábilmente combinada con la oposición de los militares, era la carta de triunfo que se guardaba en la manga.

Pero había llegado la hora de echarla sobre el tapete, y lo hizo desaprensivamente.

Una paciente tarea de convicción, con complicidad de médicos y amigos desarrolló ante Eva. Su salud no le permitía una activa vida política. Y, por otra parte, ¿qué ocurriría si él moría durante el período? Eva debía tener en cuenta que Perón se acercaba a los sesenta años; que ya no era un jovencito. ¿Cuál sería la actitud de los militares si ella quedaba al frente del país? ¿Lo tolerarían?

Los argumentos se sucedieron, cuidadosamente graduados en orden de importancia y fueron minando la decisión de Eva. Por otra parte, ella, quizá a causa del mal que silenciosamente quemaba sus primeras etapas, estuvo muy decaída por esos días. Finalmente cedió. Renunciaría a la vicepresidencia.

Fué entonces cuando Perón, deseoso de rematar su triunfo, y conocedor de la vocación por las escenas teatrales que tenía su mujer, le propuso una que resultaría para el pueblo, realmente conmovedora. Hablaría por radiotelefonía a todo el pueblo como lo había hecho el actual Duque de Windsor cuando dejó el trono por amor, y en una patética declaración, informaría de su renunciamiento.

Así lo hizo Eva, entre sollozos y lágrimas.

Deseo —dijo con voz quebrada por la emoción— comunicar a mi pueblo una decisión precisa e irrevocable; una decisión que he tomado yo misma: la de renunciar al insigne honor que me ha sido conferido en el mitin del 22 de agosto.

No renuncio a mi obra —prosiguió entre sollozos—.

Sólo renuncio a los honores. Continuaré siendo la humilde colaboradora del general Perón. Todo lo que pido es que la historia recuerde que había al lado del general Perón una mujer que le hizo ver las esperanzas y las necesidades del pueblo y que esa mujer se llamaba Evita.

Pero con farsa o sin farsa de Perón, lo cierto es que Eva Duarte vivió su hora culminante, cuando ya el cáncer que habría de matarla se aprestaba a hacerse presente en forma imperiosa. Efectivamente, poco más de un mes más tarde, debía internarse para ser sometida a una terrible y mutilante intervención quirúrgica.

CAPÍTULO IX

UN ABISMO DE DOLOR

[Una nube se cierne de pronto en el horizonte de la omnipotencia de la que fuera antaño postulante de papeles menores en los teatros de la calle Corrientes. Algo extraño ocurre; incomodidades, dolores, un acrecentamiento de su nerviosidad. Corría el mes de enero de 1950.

Es examinada por sus médicos, y se diagnostica una enfermedad muy sencilla: apendicitis. Se opera rápidamente. No hay dificultades. En los primeros días la recuperación parece seguir su curso normal. Perón recibe el saludo de numerosísimas personas que preguntan por la salud de Evita, y que tratan de hacerle llegar sus mejores augurios. Perón responde con su sonrisa habitual, pero sus más allegados observan que al desplegarla, su rostro recobra la seriedad muy rápidamente. No se ha hecho pública en forma aparatosa la noticia de la insignificante y poco grave dolencia, y, sin embargo, la información ha trascendido. El pueblo sabe que Evita ha sido operada.

El doctor Ivanissevich, que trata muy de cerca a la paciente presidencial, tiene una preocupación. Han pasado cinco o seis días a partir de la intervención quirúrgica, y las cosas no son como debieran. Hay ciertos detalles, cierta dificultad de cicatrización, un estado general anormal, para Ivanissevich, que se intranquiliza.

Comenzaron a circular cada vez con mayor insistencia, informaciones en el sentido de que Evita se iba a tomar un descanso. La vieron otros médicos. Ninguno daba un diagnóstico firme, pero todos coincidían en que algo decididamente no andaba bien.

Evita comenzó a adelgazar; su palidez se hizo terrosa; su nerviosidad iba en aumento.

Volvió a su actividad normal. Era intensísima. Perón se tranquilizó un poco en ese sentido, por cuanto la presencia de su esposa en la ciudad, su trabajo constante en la Secretaría de Trabajo y Previsión, atendiendo el desfile de millares y millares de personas de humilde condición, hacían a los efectos demagógicos que se proponía alcanzar a despecho de la salud de Evita.]

Mientras tanto, por consejo del doctor Ivanissevich se le seguían practicando análisis, y los especialistas que los tuvieron a su cargo diagnosticaron males diferentes. Ivanissevich entrevistó al general Perón, una mañana, y le habló en forma concluyente:

—Mi general —dijo—, es necesario proceder rápidamente y con energía. La señora debe descansar... Es preciso que se interne en una clínica y siga rigurosamente los consejos médicos... La actividad que despliega la está dañando enormemente...

—¿Usted cree?

—Sí, mi general. La señora necesita un largo reposo. Está trabajando más allá de las posibilidades de su salud. Y además...

—Ya sé que andan diciendo que está mal, que está anémica... Yo creo que no hay nada de eso. Estoy de acuerdo con usted en que tal vez le haga falta descansar. Ahí tiene la residencia de San Vicente, si quiere descansar... Puede andar ahí haciendo todo lo que quiera... Es de ella. ¿Qué más quiere?

Estas palabras fueron escuchadas con extrañeza por el ministro.

—Además, le diré que estoy harto de cansancios...

—Mi general...

—Prefiero conversar en otro momento sobre esto, señor ministro.

Ivanissevich salió helado del salón.

En otra oportunidad en que el mismo ministro volvió a abordar el tema, dos o tres días después, Perón le contestó:

—No se aflija... A ella le gusta moverse entre los "grasas"... Siente un placer especial... Para ella el descanso es regalar cosas... ¡Qué haga lo que quiera! Puede imaginarse que yo tengo otras cosas más importantes que resolver... Mi última palabra es ésa: ¡Que haga lo que quiera!

Y ciertamente en aquellos meses, la actividad de Evita rebasó aún más los límites de su propia capacidad. Entrega premios a artistas plásticos; conversa con dirigentes obreros; a miembros de cooperadoras escolares; recibe la visita de actrices del cine norteamericano; envía drogas caras a personas que las necesitan en los rincones más apartados de la República; gestiona empleos, cama en los hospitales, etc.

En Wáshington, la esposa del embajador Paz pronuncia una larga conferencia sobre su obra social. Mientras tanto, Evita envía penicilina a ancianas enfermas en Indonesia; muchísimas delegaciones se presentan en su despacho para entregarle cheques con destino a la Fundación. El 14 de abril de 1951 brinda amparo a un anciano fueguino, en el Hogar Perón, de Burzaco; el 28 de febrero de 1951 dispone un préstamo de siete millones de pesos para la Federación de Empleados de Comercio para que adquieran la Tienda "Granmex"; inaugura un policlínico,

el "Eva Perón". y anuncia la construcción de otros treinta y cinco policlínicos en todo el país.

En febrero de 1951, Evita entrega dos mil órdenes para la adquisición de neumáticos a afiliados a los sindicatos de taxímetros; resuelve problemas, se queda con sus pobres hasta altas horas de la noche; y aun después, cuando se han retirado los menesterosos que vienen a solicitar su ayuda, ella se encarga personalmente de arreglar asuntos con los funcionarios de la Secretaría, que se ven obligados a desplegar a su lado, también ellos, una extraordinaria actividad.

Un nuevo avance de Ivanissevich, tendiente a lograr que hiciera por fin caso a los médicos, fué hábilmente aprovechado por Perón. El Presidente le comunicó a su esposa, las que a su juicio eran "impertinencias" y "comedimientos" absurdos del ministro, y como siempre ocurría en esos casos, Evita se enfureció contra él. Perón aprovechó también el hecho de que Mendé y Méndez San Martín, que eran sus colaboradores íntimos, no atribuían gran importancia a la enfermedad de Evita, para apoyar su ira, y el doctor Ivanissecich no tuvo entonces más remedio que renunciar.

¿Qué movía interiormente a Evita a desarrollar su tremenda actividad? ¿Sería tal vez un presentimiento del fin lo que la obligaba a no descansar, a no darse un momento de pausa o de respiro, en la ingente y agobiadora labor que había tomado sobre sus hombros, ya más delgados, y menos resistentes que nunca?

Por aquel tiempo Perón se había hecho muy amigo de un espiritista brasileño, el "medium" Menotti Carnicelli, que vino a Buenos Aires, especialmente invitado por el primer mandatario. Carnicelli se alojó en la Capital Federal en el Hotel Nogaró, y fué huésped de honor del Presidente, en dos oportunidades en que viajó en el yate "Tequara". Puede decirse que la presencia de Menotti en la Casa Ro-

sada determinó la casi paralización de las actividades presidenciales. Perón, a solas con el visionario, realizó durante muchos días prolongadísimas sesiones de espiritismo, en cuyo transcurso, el ex primer mandatario solicitaba de la región que está allende el mundo visible, respuesta para toda suerte de problemas políticos, financieros y personales. En el transcurso de algunas de esas sesiones, el general Perón, al no obtener ciertas respuestas satisfactorias, solía encolerizarse, y el "medium" llegaba a temer por su vida.

El Presidente quiso hacer participar a su esposa en las sesiones de espiritismo.

—¡A vos que andás enferma, te conviene conversar con este hombre!... ¡Además, te conviene consultar los espíritus!... ¡No te pierdas esta oportunidad!

—He hablado con mi confesor, sobre eso, ya... —le respondió Evita—. Porque no creerás que ignoro lo de las "sesiones" en la Casa de Gobierno... Algunos... —añadió por lo bajo— ¡te han tomado por loco!...

—¿Qué? ¿Quiénes? —preguntó el general Perón, bruscamente encolerizado—. Voy a:..

—¡No vas a hacer nada!... ¡Son muchos los que lo piensan, pero se callan la boca, porque son unos chupamedias!... Vos lo sabés mejor que yo... ¿Acaso no me dijiste siempre que estabas rodeado de adulones, y que eso te gustaba?

El general Perón permaneció en silencio, mirando vagamente hacia la ventana.

—Pero lo que es yo, ni pienso ir a ninguna de esas sesiones... Precisamente porque estoy enferma... ¡No quiero emporcarme como vos, haciendo esas cosas que están mal hechas!... ¿Sabés?

El general salió de la habitación de la residencia, dando un portazo, y se metió con los *caniches* en su escritorio.

Le gustaba sentarse en el suelo y que los *caniches* le saltaran por encima, y se ponía a gritarles y a reírse, realmente como un chico, o como un demente.

Evita, en muchas oportunidades como ésa, después de la operación de apendicitis, solía entregarse al descanso por un largo rato. Al principio sentía esa necesidad, pero s sobreponía a ella enérgicamente. Como si sintiera íntimamente que no tenía derecho de echarse a descansar. Personas que estuvieron muy cerca de ella, en ese período terrible y crucial de su vida, aseguran que en muchas ocasiones la vieron acercarse hasta su cama, casi hasta pegar las rodillas contra la cobija, y retirarse después, con violencia, como si el contacto con el colchón le hubiese quemado. También aseguran quienes la oyeron hablar, y reflexionar en voz alta, en ese mismo período, que nunca como entonces, se advirtió el abismo de diferencias que mediaba entre ella y su marido. Meditaciones amargas, proyectos incumplidos, una inseguridad y una incapacidad absoluta para mantener el estado de cosas que había creado, determinaban una conducta despareja, y a veces lindante en la neurosis, por parte de Perón. Evita lo advertía, y posiblemente comprendía que todo lo que ella estaba tratando de realizar, por ficticio y vano que fuera, habría de estrellarse contra la voluntad retorcida y voluble del ex secretario de Trabajo y Previsión.

Sólo hay un momento en el que Perón sonríe: es cuando el coche que traslada a su mujer enferma a la Secretaría de Trabajo y Previsión, parte de la residencia. Sabe que está obrando por él y para él; es decir, comprende que le sirve lo que ella hace como no le ha servido jamás juez o ministro o dirigente obrero alguno. Eva Perón, a la que hasta su nombre ha quitado, no le hace sombra; le da luz; forma la mística, es una especie de deidad humana para todos aquellos a quienes protege y defiende en nombre de

Perón, y bajo los pliegues de la bandera de Perón. Sin embargo, ella no puede constituirle rival. Ella ha sido despojada de la probabilidad más remota de constituir un adversario político o moral para el marido dictador. ¿Por qué? Porque es *su* mujer, es *su* esposa. Todo lo que ella haga, está vinculado con él. Se hace por causa de él. Cualquier sacrificio, cualquier acto de abnegación; cualquier rapto de bondad, por propio y original de Evita que sea, estará indisoluble y cruelmente ligado al nombre del dictador, que le ha quitado visiblemente todo: el tiempo, la alegría, el amor, la personalidad; su propio nombre.

Eva parece tener fuerza sobrenatural. Se queda ocho, nueve, catorce horas en su despacho. Desfilan por él centenares de hombres y mujeres y chicos. Algunos están enfermos: padecen dolorosas y pustulentas dolencias infecciosas; otros le traen abstrusos problemas; hay quienes piden no en nombre de la miseria y del hambre, sino movidos por la pura y simple ambición de conseguir algo sin trabajar. Evita los atiende a todos por igual. Tiene una mirada para cada uno, y está lista para considerar cada situación. A veces, también, comprende que se trata de "estafar" sus sentimientos. Se encoleriza, se pone nerviosa. Uno de los agentes de la fuerte guardia policial que está presente en aquel incesante desfile de miseria y de suciedad, se apodera del "vivo" inhábil, y se lo lleva al camión celular.

Mujeres de luto, muchachas jóvenes de rostro pálido, fanáticas, enloquecidas por esa oportunidad de encontrarse frente a frente con la heroína de sus sueños, se arrojan a sus pies, tratan de besarle los zapatos. Evita tiene una sonrisa, un poco cansada, para todos ellos, los insta a levantarse. Les pide que no se dén descanso en la lucha por Perón.

Hay una mujer que le besa su mano delgada y pálida.

—¡Tengo a mis dos nenas enfermas señora!... ¡por amor del general Perón!...

Tiene a su lado a dos secretarios que anotan rápidamente las señas y los nombres. Evita abre una y otra vez el cajón de su escritorio. Extrae billetes de diez, de cincuenta, de cien, de quinientos... A veces no está conforme con lo que ha dado; saca otro billete más. Uno de sus secretarios, de vez en cuando desaparece del despacho, va a otra oficina y reaparece con una bandeja cargada de billetes de Banco que se apresura a reponer.

—Yo, señora..., quisiera seguir un curso de corte y confección...

La máquina de la divulgación cultural está más o menos montada. Muchas de esas personas tienen problemas que podrían resolver por sí mismas. Pero Evita se afana en resolverlos todos, en prestar su colaboración a cada uno de los que vienen a pedírsela.

—A ver... ¡Che! ¡Llamalo en seguida al ministro de Hacienda!

Se trata tal vez de una simple cuestión de recaudación de impuestos, una consulta que pudo bien ser evacuada en la oficina pública correspondiente. Pero Evita la averigua en persona:

—Che, "Conejito". ¿Qué pasa con el impuesto de la renta? ¿Cómo? ¡Venite! ¿Querés?

Además, el postulante sabe ya cómo trata Evita a los ministros del Poder Ejecutivo. Ese largo desfile de pobreza y de incapacidad, presencia en todos sus detalles el tipo de tratamiento que la "jefa espiritual" de la Nación da a los miembros del gabinete.

—¿A esa? ¡Ya la voy a hacer echar! ¡Oíme vos, Isabel! ¡Hacelo venir al de Educación!... ¿Quéres?

Frente a ella se inclinan los pobres y los jerarcas del

peronismo, estremecidos todos por la visión de esa mujer que es como una emperatriz de los serviles, y una reina omnipotente de todos los hombres.

Pero su flacura es grande. Su piel parece transparente. Tiene color de pergamino. Sus ojos negros se destacan en las cuencas agrandadas por el adelgazamiento que es progresivo, y que en los últimos meses llega a ser impresionante. La envuelve un olor penetrante a gente pobre, a ropa sin lavar, a transpiración seca. Es la Reina de los Humildes y de los desamparados. En una de sus habitaciones de la residencia se amontonan las colecciones de Jacques Fath, de Christian Dior, Lanvin, que siempre fueron su sueño. Tiene centenares de pares de zapatos; centenares de miles de pesos en joyas; decenas de tapados.

En medio de sus continuas manifestaciones de piedad y conmiseración por sus humildes descamisados, Evita ejercía paralelamente una firme dirección política de los movimientos de los sindicatos, y en general, de todas las actividades del país. Bastaba una mínima exteriorización de su voluntad, y se producían cesantías, exoneraciones, y a veces, castigos más graves para quienes de un modo u otro se resistían a acatar los dictados de su voluntad.

Mientras tanto, a quienes volvían a insistirle al general Perón en el sentido de que debía atender seriamente a la salud de su esposa, el presidente de la República les contestaba:

—No digan tonterías... Ella es feliz así, con sus "grasas"... No es como la gente de ahora que les gusta morirse en los hospitales, llenos de inyecciones.

Se sabe que fué precisamente en esas circunstancias cuando por primera vez Juancito Duarte habló duramente en público, del general Perón, en ocasión de uno de sus periódicos viajes a Junín.

—¡Me preocupa la "Flaca...!" —exclamó, visiblemente mortificado—. ¡Y veo todos los días que a Perón se le importan tres carajos de ella!...

Juancito había sido testigo de un episodio que tuvo ribetes trágicos. Perón, en efecto, le había hablado a Evita, delante de Juan Duarte, sobre las conveniencias de su internación:

—Pero se lo dijo así no más... —añadió Juancito, con rabia al relatar el asunto— Como para que no agarrara viaje con lo que le decían los médicos... Porque a él. ¿Sabes?... la "Flaca" le hace falta...

En aquella época el autoritarismo de Evita fué más grande que nunca, conjuntamente con su presentimiento oculto aún para ella misma de que estaba próximo el fin. Se dió al juego terrible de hacer y deshacer personajes, delegados de sindicatos, directores de escuelas, directores de diarios, ministros, jefes de departamento. No había autoridad ni título que no se sometieran voluntaria o forzadamente al influjo de su nombre y su poder. Le rendían homenaje y pleitesía, escritores y profesionales. Con sus reacciones extemporáneas Evita puso en peligro a los hombres más adictos al régimen, como Cámpora, Mendé, Méndez San Martín, Apold, etc. Estos se unieron fuertemente. Se juntaron para conjurar el peligro que se cernía sobre sus puestos, sus bienes y su fructífera vinculación con Perón.

Cuando Evita fulminaba alguna acusación contra uno de los miembros de esta "trenza", recurrían a un ingenioso procedimiento, que aunque al parecer absurdo, les rendía magnífico resultado. Al reaccionar Evita contra uno de ellos, Apold, por ejemplo, los demás integrantes de la camarilla comenzaban a desfilar ante ella, por separado, y le decían cosas como ésta:

—¡Pobre Raúl Alejandro! ¡El General lo tiene a mal traer con el asunto de la Subsecretaría!

Y después aparecía Mendé, para decir:

—Apold anda de capa caída... El no tiene la culpa de lo que pasó...

Como por arte de magia, Evita quedaba atrapada en la red sutil de esas lamentaciones, y sin dudarlo un momento, trataba de salvar a la víctima de su propio mal humor, a quien se le había hecho pasar como perjudicado por otras causas que nada tenían que ver con la verdadera. Finalmente Evita aparecía como "salvando" al infeliz caído en desgracia, y esa actitud justiciera le producía particular complacencia, creyendo de buena fe que había triunfado sobre alguna otra persona.

La enfermedad, implacable, seguía su curso. Al cabo de un tiempo comenzó a sufrir desvanecimientos y descomposturas que hicieron visible que su estado se agravaba.

Cuando se produjo el fracasado intento revolucionario del general Menéndez, el 28 de setiembre de 1951, el general Perón creyendo que su vida peligraba seriamente se apresuró a refugiarse en la Embajada de Brasil. Recién al promediar la tarde, cuando la revolución había sido ampliamente dominada, Eva Duarte, que se había levantado de su lecho enferma, para hacer frente en lo posible, a la contingencia, consiguió convencerlo casi a la fuerza de que retornara a la residencia presidencial. Perón estaba muy nervioso. Volvió a la residencia, pero para dormir se trasladó durante tres días a la embajada. No utilizaba su automóvil con chapa oficial. Tenía miedo.

Evita permanecía en la residencia, sola, enferma. No tenía miedo. Tenía una sensación febril, incomprensible, inmensa para ella, demasiado grande y dolorosa para vertirla en palabras, para transformarla en una confidencia. Perón tenía miedo. Ya lo había sentido antes, el 9 de octubre cuando fué detenido. Ya nos hemos referido a este episodio en otro lugar de este libro, y como en aquel sitio, volvemos en éste a advertir la entereza con que afrontó la

situación Evita, aunque se hallara en situación muy inferior en ese momento desde el punto de vista físico.

Aun hallándose en cama, aun sabiendo que el general Perón tendía más a salvar su propio pellejo que la situación planteada, Evita no perdía tiempo. Tenía seis teléfonos cerca de su lecho. Hablaba incansablemente con dirigentes obreros, con ministros, con militares. Alentaba, arengaba, azuzaba. A veces las conversaciones se debían interrumpir cuando sufría repentinos accesos de dolor. Rápidamente acudía a su lado el médico de guardia, y le administraba algún analgésico poderoso. No lo hacía para no sufrir, sino para que el intensísimo dolor físico no le impidiese seguir batallando. También trataba de alentarlo a Perón en los momentos más difíciles de aquella asonada frustrada.

Al día siguiente, cinco minutos de habérsele aplicado una transfusión de sangre que por razones técnicas demandó más de una hora, hallándose muy nerviosa, y con dolores, Evita pidió el micrófono, y fustigó violentamente a los autores de la revolución del 28 de setiembre. Hizo un dramático llamado a los descamisados de todo el país para que estuvieran junto al general Perón en esa hora crucial del movimiento, y para que nadie flaqueara cuando los peligros amenazaron al líder de los trabajadores. Su voz, entrecortada por la angustia, tuvo un efecto extraño y sombrío en las mentes de quienes la escucharon, estuvieran en la oposición o no.

Se intuía entre sus frases angustiosas, que la mujer estaba realizando un esfuerzo extraordinario. Ya había corrido el rumor, con visos de certeza, de que padecía una dolencia incurable y dolorosa, y el tono vibrante de su discurso conmovió a todos los que tuvieron oportunidad de escucharlo. Se sabía, asimismo, o por lo menos, muchos sopechaban que Evita conocía el terrible mal que la

afligía. Su arenga, entonces tenía doble importancia: en primer término porque era una fervorosa confesión de fe en su marido y en el Partido Peronista, y en segunda instancia, porque era algo que nacía por pura espontaneidad, ya que se suponía que Eva sabía que no tendría ningún beneficio posterior a obtener toda vez que se encontraba mortalmente enferma.

En los días que sucedieron a la Revolución se le practicaron numerosas transfusiones de sangre, con vistas a compensar su anemia. Desfilaban por la residencia presidencial decenas de médicos de la Capital Federal y algunos extranjeros especialmente contratados, todos los cuales hablaban de una enfermedad diferente, aconsejaban tratamientos y ofrecían diagnósticos distintos. La situación de la enferma empeoraba.

Los médicos discutían acaloradamente en distintas dependencias de la residencia presidencial, presuntivamente con el propósito de dar mayor importancia a su gestión. El general Perón no concedía mucha atención a estas discusiones. Por lo común procuraba dedicar el menor tiempo posible a la enfermedad y al estado cotidiano de su esposa.

—No puedo descuidar asuntos de Estado... ¡La oposición está alerta y agazapada, y no debo perder el ojo!... ¡Estoy seguro, además, que lo de Evita no es tan grave!

— Pero mire, Su Excelencia, que...

— ¡Basta!

Y salía de la residencia dando un portazo.

Mientras tanto seguían desfilando médicos por el dormitorio donde yacía la jefa espiritual de la Nación. Su estado empeoraba día a día. El 2 de noviembre, día de Todos los Difuntos, se internó en el Policlínico Presidente Perón, de Avellanda. Una verdadera multitud, conocedora del hecho, se agrupó a la entrada de dicho nosocomio. Se

interrumpió el tránsito de las avenidas y calles de acceso. Mujeres, ancianas, jóvenes y niñas, de humilde condición; delegaciones de empleada y obreras, montaban guardia en las cercanías del instituto.

Se hizo un silencio impresionante al paso de la ambulancia, de color gris, que condujo a la señora de Perón al Hospital. En su mayoría las mujeres lloraban, y arrojaron muchos ramos de flores a la ambulancia que lentamente se introdujo en el recinto del Hospital, y pronto se perdió de vista para todos.

Los enfermos que pudieron levantarse, colmaban los corredores de la institución esperando el paso de la ilustre enferma. El hecho de que nadie aplaudiera se justificaba por lo grave de la situación, pero evidentemnte para quien había estado acostumbrado a escuchar las atronadoras salvas de aplausos que celebraban la llegada de Evita a todos los actos públicos, el extraño silencio que reinaba sobre los numerosos grupos de personas que presenciaron su internación, debe haberles causado un efecto impresionante.

Al día siguiente de su internación, Evita fué sometida a una delicadísima intervención quirúrgica. La practicó el doctor Ricardo Finochietto, y fué presenciada por el doctor Pack, eminente cancerólogo norteamericano. La operación fué sumamente difícil, y se procedió en ella a extirpar todos los órganos que habían sido afectados de lleno por una neoplasia de matriz, con ramificaciones ya demasiado vastas para que pudiera esperarse un feliz desenlace.

La operación duró cerca de cuatro horas. El doctor Pack, que estuvo junto al lecho de la enferma durante las horas subsiguientes a la terrible intervención, manifestó en varias oportunidades, al ser consultado, que la operada había quedado extraordinariamente débil. Se le administraron nuevas transfusiones.

Grupos de personas de humilde condición, aunque no

se había anunciado oficialmente la operación por radiotelefonía, ni por los diarios, aguardaban pacientemente junto a las rejas del hospital.

Las noticias que recibieron fueron confusas. Las enfermeras tenían prohibido hablar. Los médicos también.

Sin embargo, el silencio resultaba trágico y de mal augurio.

Recién dos o tres días después se dijo que la señora de Perón había sido operada de una enfermedad sin importancia, y no se dió mayor trascendencia al asunto.

El 11 de noviembre, día de las elecciones presidenciales, Evita, ya algo restablecida, hizo efectivo su voto, en el lecho del hospital. La fotografía de la Jefa Espiritual cumpliendo su deber cívico se publicó en todos los diarios y revistas del país, y en muchas del extranjero.

A los periodistas que lo interrogaban, en las entrevistas armadas oficialmente como lo fueran las que se celebraron en los años del gobierno de Perón, el Presidente informó que Evita estaba mucho mejor, y que en muy en breve retornaría a su intensa labor en favor de los humildes. Contenmporáneamente se publicó en un diario francés, un interesante comentario en el que se preguntaba: "*¿Es que todavía quedan humildes en la República Argentina?*"

Porque, evidentemente, coincidiendo con todas las informaciones acerca de convenios de trabajo ventajosísimos, sobre creación de nuevos asilos, y fomento de toda suerte de medidas en favor de la clase desvalida y trabajadora, no se explicaba el ingenioso periodista francés, qué necesidad había de que Evita volviera al sacrificio y a la labor, ya que no podían ser tantos los humildes que quedaban en la Argentina...

En los primeros días de diciembre, el general Perón sacó a Evita a pasear en un automóvil que él mismo con-

dujo. A su paso se sucedían las manifestaciones de alegría de parte de los adictos al régimen. Empleados públicos y obreros de las distintas dependencias del Estado jalonaron el paso de ese coche, vivando a la pareja presidencial.

Paralelamente, en todos los templos de Buenos Aires y del interior del país comenzaron a rezarse oficios por el pronto restablecimiento de la señora de Perón. A toda hora del día y de la noche, se habló por radio del restablcimiento de la señora de Perón. Hubo acróbatas que acometieron las empresas más estrafalarias y absurdas, para pedir el restablecimiento de la señora de Perón. Había gente que venía de Misiones empujando carretillas cargadas de piedras, y pedestristas que decidían dar millares de vueltas a la Plaza de la República, para lograr el rápido restablecimiento. Se iba a Luján a pie, y se venía de Rosario en bicicleta, todo con el mismo fin. Mujeres fanatizadas, con el rostro demacrado, permanecían de rodillas noches enteras en el zaguán de la Secretaría de Trabajo y Previsión impetrando por la salud de la señora, y en toda la ciudad se había infundido un clima de tristeza y de congoja, a la espera de que la señora recuperara rápidamente la salud. De pronto se tenía casi la seguridad de que estaba bien, y se convertía en un delito de leso gobierno el insinuar en cualquier repartición o dependencia nacionales que la señora, en realidad, estaba muy enferma...

—¡Evita está mejor que nunca! —se respondía, con el mismo tono con que pocos años después había de decirse en muchísimos sitios:

—¡El General está más fuerte que nunca!

Para impetrar el pronto restablecimiento se paralizó varias veces el trabajo en todo el país, y se suspendieron en muchas ocasiones los espectáculos públicos. La Confederación General del Trabajo ofreció en ese sentido una misa, bajo la lluvia.

[A partir de principios del mes de julio de ese mismo año, trascendieron las informaciones acerca de la recaída y agravamiento del estado de Evita, y recrudecieron entonces las manifestaciones de fe popular, y las dolorosas expresiones de gremios, sindicatos, y toda clase de entidades que parecían tratar de obligar a la Divina Providencia a salvar la vida de la Jefa Espiritual de la Nación. Se tenía, realmente la sensación de que irremediablemente iba a morir.

El 4 de junio, sin embargo, había asistido a la ceremonia del juramento de Perón. La realidad es que fué atada con un aparato especial en el automóvil que la llevó al Congreso.]

En esas circunstancias, y casi públicamente, Perón hizo gala de una desconsideración incomprensible. Al descender del automóvil le reprochó sus flaquezas, y un quejido. Perón quería mostrarla íntegra, sana, fuerte, sonriente. Necesitaba de la salud de Evita, como necesitaba de su vida, para sus propios fines demagógicos.

Hallándose posteriosmente en la residencia presidencial de la Avenida Alvear, Evita oía desde su dormitorio que el general Perón hurgaba en sus muebles en las otras habitaciones, tomando de sus gavetas frascos de perfume y joyas, que subrepticiamente se llevaba a la residencia de San Vicente.

—Siéntanlo... —decía Evita en voz baja a los que estaban con ella—. ¡Siéntanlo! Piensa que a río revuelto, ganancia de pescadores...

—Callate... —respondía Perón, que la había escuchado—. Son cosas que llevo para la tiendita...

Uno de los *hobbies* del ex dictador, estaba vinculado con una cantidad de piezas de seda y telas finísimas traídas por Evita de Europa. Perón había mandado hacer a su carpintero un soporte similar a los que utilizan las tiendas para colocar las piezas de tela enrollada. Había montado con ese soporte, un par de armarios, en un rincón de la residencia de San Vicente, una especie de tienda de juguete, a la que daba nombre un cartel especialmente pintado que rezaba: "Tiendita Perón". ¡Extraño capricho infantil del General!

En su lecho de dolor, Evita solía decir:

—Muchos me han criticado..., pero yo tenía dos caminos para elegir... O ser una dama de la aristocracia o la defensora de los pobres...

Perón estaba sumamente impaciente. Se quedaba muy poco junto a su mujer. Sólo lo indispensable. Le molestaba mucho el olor propio de la enfermedad, y con cierto disimulo se acercaba a la nariz un pañuelo impregnado en alguno de los finos perfumes de Evita.

Evita advertía ese efecto. Experimentaba un profundo dolor moral al comprenderlo. Esos gestos de Perón le mostraban la clara medida de su desafecto, de su desconsideración. Se daba cuenta con evidencia absoluta de que ella había sido solo un ser instrumental en manos del dictador.

Los dolores, prolongados y agudos producidos por la enfermedad, le hacían quejarse muy frecuentemente.

Perón la escuchaba sumamente disgustado. No tenía paciencia con ella. Le reprochaba. Evita lloraba histéricamente.

De pronto, cuando había gente presente, la esposa del presidente, exclamaba:

—Viejito... Vení... Arreglame las almohadas...

Perón se acercaba para hacerlo, y con el mismo gesto con el que había tirado de las dos puntas superiores de la almohada, se retiraba de la habitación, rumbo al cuarto de baño para lavarse y desinfectarse inmediatamente. Tenía terror al contagio. Es una característica que recordarán

siempre los testigos presenciales de aquellas jornadas horribles.

—¿Ven? ¿Ven?

Evita quería señalar esos detalles a todos los presentes. Quería que todos supieran cómo la trataba.

[Una semana antes del 26 de julio, Evita estaba prácticamente en coma. En la habitación estaban todos los miembros de la familia Duarte, sumamente acongojados, y llorando. Juancito Duarte estaba arrodillado, reclinado en el lecho. El general Perón estaba de pie, silencioso, con los brazos cruzados.

De pronto Evita experimentó la reacción misteriosa que es frecuente en esos casos. Lanzando un gran grito, tiró los cobertores de su lecho, y se puso de pie sobre el mismo, a duras penas, tambaleando.

Todos sus familiares huyeron a la otra habitación, casi al instante, para evitar que ella viese que estaban llorando. Consideraban que de ese modo le certificarían que ya no había esperanzas de salvación.

Evita paseó los ojos desencajados por la habitación, y de pronto los fijó en su marido.] Después cayó nuevamente sobre su lecho, y arrebujándose en las sábanas, exclamó con voz glacial:

—Todos me lloraban menos vos.

Sobre las mejillas del general Perón no había corrido una lágrima.

Una noche se sintió descompuestísima. Se levantó y casi arrastrándose llegó a la habitación del general Perón. Este, despertándose fastidiado, llamó a su valet y le dijo:

—Haceme el favor de llevar a la señora a la otra pieza...

El valet lloró de rabia.

Durante la enfermedad de Evita, Perón durmió nosmalmente su siesta hasta las cuatro de la tarde, y después,

una vez levantado, se consagraba a jugar con sus perritos caniches, a ver películas en privado, dentro de la residencia.

Procuraba estar con ella lo menos posible.

Refiriéndose a su asco y a su repugnancia por los olores, y en general por todas las cosas penosas, doña Juana Duarte, madre de Evita, dijo repetidas veces:

—Si él tuviera que aguantar a los humildes como los aguantó mi hija Eva, no duraría un mes en la Secretaría de Trabajo y Previsión... Se convertiría en un chancho oligarca... ¡Lo es!

Y en otra oportunidad, la misma doña Juana, presenciando uno de esos gestos de contrariedad de Perón, ante el lecho de su mujer, producido tal vez por una queja o por un lamento de la enferma, exclamó con voz hirviente de rabia:

—Algún día lo veré ahorcado...

Por razones especiales de higiene, las sábanas de Evita se quitaban de su lecho y se quemaban. Con tal motivo, Evita tuvo en su lecho de muerte sábanas de inferior calidad, las mismas probablemente que tantas veces la Fundación Eva Perón envió a los cuatro puntos cardinales para atender a las necesidades de los menesterosos.

Cuando su hermana Blanca le traía dulces o golosinas, Evita solía decirle:

—Traeme de a poco, vieja..., para que no me pongan cosas en los dulces... Quiero morir en paz con Dios...

Refiriéndose asimismo a su muerte, y a su deseo de llevar a la tumba la paz de su alma, Evita dijo muchas veces que quería morir divorciada de Perón, porque ya no quería ser su esposa...

—Quiero el divorcio... —exclamaba en muchas ocasiones, a todos los que la visitaban.

Sus dolores iban en aumento. Fué necesario efectuarle el corte de un nervio para impedirlos. A pesar de los estu-

pefacientes que se le administraban, conservaba bastante lucidez.

—Soy demasiado chiquita para sufrir tanto dolor — dijo una vez.

En los últimos días de su enfermedad, Perón sólo entraba en la habitación con una careta quirúrgica puesta, siempre a los fines de evitar el contagio.

—¡Sacate uno poco la máscara, querido! —le dijo dos días antes de morir—. Quiere verte un poco todavía...

....

El día 26 de julio, por la tarde, recibió la Extremaunción de manos del padre Benítez, que había sido su confesor. Asistieron a la ceremonia dos sacerdotes franciscanos. Estaba lúcida. Su rostro, palidísimo y agostado, tenía sin embargo, cierta misteriosa serenidad. Su mirada era bondadosa y dulce, y estaba en calma: No sentía dolores. Justamente a las 20 y 25 de esa noche, murió.

La noticia circuló inmediatamente por todo Buenos Aires, y en contados minutos se supo en todo el país. Los diarios tiraron ediciones especiales. Se paralizaron todas las actividades. Se interrumpieron las transmisiones radiotelefónicas. Las estaciones propalaban programas sin avisos, en los que sólo se oían músicas solemnes y graves.

El duelo tuvo repercusión internacional. Las agencias noticiosas informaron inmediatamente al extranjero acerca del duelo más extraordinario que se haya celebrado en América.

Se interrumpieron los servicios de transporte. Las campanas de las iglesias tocaron largamente a duelo.

Durante más de dos semanas el pueblo argentino, en alguna parte, por vocación y por fanatismo tremendo, y otra, por pura obligación burocrática, se entregó no a las condiciones de los duelos normales, sino a un verdadero delirio necrológico. Se llevó el cadáver, con su ataúd, al Ministerio

de Trabajo y Previsión, por donde desfilaron caravanas interminables de personas enlutadas, que en filas de a cuatro en fondo, esperaban horas para entrar, y poder mirar por última vez el rostro de la ilustre desaparecida.

Los funcionarios y empleados públicos se pusieron prácticamente, por obligación, ya que ello fué estrictamente controlado por jefes, ordenanzas y delegados de los sindicatos, corbatas negras y brazaletes de luto. Se rezaron misas de requiem en todos los templos. Se emprendieron peregrinaciones por el descanso inmortal de Evita. Se comenzó a hacer carne en la gente la idea de que Evita había ido al cielo, y que en el cielo, en la luna, para ser más precisos, "un numeroso grupo de peronistas reunidos en la calle Corrientes, habían visto claramente el perfil de la señora sobre el disco argénteo, durante largo rato, poco después de la hora 20 y 25, en que pasó a la inmortalidad".

Del Ministerio de Trabajo y Previsión, el cadáver de Evita fué trasladado a las dependencias del Congreso Nacional, donde fué objeto de larga veneración, y posteriormente fué llevado a la sede central de la Confederación General del Trabajo, donde el ataúd estuvo expuesto durante quince días.

Frente al cadáver de la ilustre muerta, desfilaron interminables caravanas de personas, entre las que se contaban empleados y altos funcionarios, muchos de los cuales debieron ir obligados por los respectivos jefes de las reparticiones, so pena de inmediata exoneración. Los vendedores de café, de caramelos y los bares de las cercanías, proveyeron copiosas cantidades de mercaderías para alimentar y entretener a la masa del público que desfilaba lenta y acongojadamente ante el ataúd.

Se produjo un proceso rapidísimo de resecamiento del cadáver que se achicó extraordinariamente en el ataúd.

Doña Juana Duarte, al tener noticia de que la Confe-

deración General del Trabajo, después de los quince días de exposición se disponía a pasear el cadáver por todo el país, y llevarlo probablemente por mar hasta las islas más australes, hizo escuchar su protesta.

—Usted será la madre de Eva Duarte —dijo el camarada Espejo, que por aquel entonces era el secretario general de la entidad—. Y habrá tenido sus derechos sobre ella. Pero Evita le pertenece íntegramente al pueblo. . .

No obstante, los esfuerzos de doña Juana y de Juancito Duarte lograron sacar el cadáver del fárrago de expresiones populares de duelo, y se hizo así un impresionante funeral, que culminó con la colocación de sus restos en la sede de la C. G. T.

Ese funeral asumió también características asiáticas. El féretro fué tirado por hombres y mujeres (compañeros y compañeras trabajadores) y no se trabajó en todo el país. Camiones y camiones de ofrendas florales desfilaron en el imponente cortejo, y se filmó una película en tecnicolor de extraordinaria duración, que inmediatamente se mandó a revelar a los Estados Unidos.

Se recibieron condolencias oficiales de todo el mundo, encabezadas por una nota de pésame del Vaticano. Se habló inmediatamente del destino ulterior de la ilustre desaparecida. Hubo algún eclesiástico que encabezando a un grupo de católicos peronistas, sugirió la canonización de la Jefa Espiritual de la Nación.

Tal iniciativa, inexplicablemente para un inmenso núcleo de fanáticos, no prosperó, y al tenerse noticia de que la Iglesia Católica consideraba con suma prudencia los procesos de canonización antes de asegurar que alguno de sus fieles se encontraba realmente en el Cielo, gozando de la eterna beatitud, se suscitaron serios resquemores en el seno de la grey peronista. En libros, revistas, publicaciones, folletos, películas cinematográficas y audiciones radiotelóni-

cas; en discursos, notas, comentarios y oraciones fúnebres, Evita fué comparada con las mujeres más grandes del mundo. Más aún: muchos la consideraron la más grande, allende toda comparación posible.

A pocos días de morir, se comenzaron a descubrir bustos en todas las reparticiones públicas, en las casas de comercio, en cada piso de cada uno de los ministerios, en las entradas de las estaciones ferroviarias, en los andenes, en las plazas. . . Hubo pocos lugares frecuentados por el público donde no se inaugurara un busto. Las casas de comercio exhibían en sus vidrieras grandes retratos de Eva Perón cruzados por cintas negras.

Inspectores especialmente designados por las organizaciones peronistas controlaban calle por calle el cumplimiento riguroso del duelo, y los comercios donde no se exhibían esas fotos cruzadas con bandas de luto, tarde o temprano eran multados o arrestados sus propietarios por causas fútiles, o definitivamente clausurados.

Poco después de la inhumación de los restos de Evita comenzó una nueva serie de manifestaciones de duelo. Las filas interminables de personas que habían acudido a ver si era posible besar el ataúd de la extinta, comenzaron a concurrir en masa a presentar al general Perón sus saludos y su pésame. Durante días y días, desfilaron por la Casa de Gobierno, los atribulados admiradores. Para todos tenía Perón la misma semisonrisa resignada; y a todos contestaba con el mismo agradecimiento, los grandes y entrecortados supiros, los lagrimeos, y las expresiones del más profundo e inconsolable dolor.

Los diarios publicaron centenares de fotografías de Perón recibiendo el pésame de familias del Gran Buenos Aires, de obreros, obreras, de niños, de lisiados, de peregrinos que habían llegado de las más distantes poblaciones del país para traer al presidente la expresión de su pena

y su quebranto. Hasta que un día, tajantemente, como había ocurrido en otras ocasiones con motivo de alguna otra enojosa sucesión de actos oficiales, se cortó toda información, y se dió todo el mundo por enterado de que había concluído el duelo.

[Poco a poco fueron desapareciendo de los pechos de los empleados nacionales, las corbatas de luto; lentamente fueron volviendo las radioemisoras argentinas al ritmo alegre y brillante de las audiciones suspendidas; las banderas a media asta desaparecieron de las mismas, y todos los habitantes de la República volvieron a sus ocupaciones habituales, dando por definitivamente terminada esa prolongadísima exteriorización del dolor colectivo, con que la República, en parte por profunda admiración, y en parte por obligación y por miedo, despidió la figura de la esposa del general Perón, en quien se plasmó uno de los destinos más extraños de América.]

INDICE DE ILUSTRACIONES